

HISTORIA DE COSTA RICA

# El descubrimiento y la conquista

POR

RICARDO FERNANDEZ GUARDIA



SAN JOSE
IMPRENTA DE AVELINO ALSINA
1905



# HISTORIA DE COSTA RICA

Con anterioridad al año 1883, fecha de las primeras publicaciones de los señores D. León Fernández y D. Manuel M. de Peralta, y salvo algunas páginas de los historiadores de Indias, no existía casi nada. Un velo impenetrable ocultaba los hechos de los primeros tiempos, representados apenas por unos cuantos errores y anacronismos. Al esfuerzo, talento y perseverancia de estos dos hombres laboriosos y abnegados debemos la exhumación de la verdad perdida. Otros han venido después á colaborar en su obra, entre los que merecen citarse con elogio el señor obispo Thiel y D. Cleto González Víquez. De los trabajos de todos ellos he tomado los elementos de que se compone esta obra.

## II

En la época del descubrimiento y de la conquista de Costa Rica, es decir, durante el siglo XVI, el país estaba habitado por

cinco razas que hablaban diversas lenguas, diferían en muchas de sus costumbres, practicaban distintas religiones y vivían en estado de guerra casi continuo: los corobicíes, los borucas ó bruncas, los caribes, los chorotegas y los nahuas.

Acerca de los corobicíes, que el señor Peralta llama «misteriosa nación», [1] muy poco sabemos. El obispo Thiel los clasifica entre los nahuas, pero á mi juicio incurre en una equivocación. [2] Fernández de Oviedo dice: «E son los indios (los corobicíes) de otra lengua apartada de todas las que se han dicho en esta historia». [3] Gómara concuerda en este punto con Oviedo al enumerar las lenguas de Nicaragua: «Corobicí que loan mucho, Chorotega que es la natural y antigua, Chondal es grosero

---

1 Manuel M. de Peralta, *Etnología Centro-Americana*, p. XI. Madrid, 1893.

2 Bernardo Augusto Thiel, *Revista de Costa Rica en el siglo XIX*, págs. 11 y 13.

3 Oviedo, *Historia de las Indias*, lib. XLII, cap. XII.

y serrano, Orotina que dice Mama, por lo que nosotros Mexicano que es principal». [1]

Los corobicíes habitaban en la provincia de Guanacaste, entre los ríos Tenorio y Corobicí. El señor Peralta insinúa que estos indios y los votos, que vivían en las márgenes meridionales de San Juan, pudieran ser la misma gente. [2] La suposición es muy plausible; de lo contrario sería preciso admitir la existencia de una sexta raza: la de estos votos. Los guatusos de hoy, que según las mayores probabilidades descienden de los corobicíes y de los votos, hablan una lengua totalmente distinta del mangue y del nahua, y consta en documentos del siglo XVI que los votos eran tributarios del rey güetar Garabito y estaban gobernados por una cacica, cuyo marido era un verdadero príncipe consorte á la moderna, sin ninguna autoridad en el gobierno.

---

1 GÓMARA, cap. CCVI.

2 PERALTA, *obra citada*, p. XVIII.

Mientras no se hagan estudios más profundos sobre las razas indígenas de Costa Rica es muy difícil asegurar nada acerca de los corobicíes, pero cabe muy bien suponer que fueran restos de un pueblo establecido en nuestro territorio con anterioridad á las invasiones de los bruncas, caribes, chorotegas y nahuas. La hermosura de su lengua, loada por los indios según Gómara, es indicio de una civilización muy antigua. El hecho de ser los votos tributarios de los güetares de occidente prueba que fueron conquistados por éstos.

Los borucas ó bruncas, á cuya raza pertenecían también los quepos y los cotos, habitaban sobre el océano Pacífico y se extendían desde las riberas del río Pirrís, por las llanuras de Térraba y Boruca, hasta Chiriquí. Vinieron posiblemente del interior de Colombia hacia el año 1000. [1] Eran muy belicosos, en particular los cotos que vivían en fortalezas inexpugna-

---

1 B. A. Thiel, *obra citada*, p. 12.

bles.[1] Distinguíanse por su limpieza y hermosura, su carácter franco y generoso, cualidades raras entre los indios. Poseían oro en mucha cantidad, procedente de los ríos y de los despojos de las tribus caribes de la costa de la bahía del Almirante, á las cuales hacían cruda guerra. Gustaban de adornarse con brazaletes y otros objetos de oro, de que se han sacado preciosos ejemplares de sus sepulturas apenas exploradas. Eran muy amantes de la agricultura y cosechaban en abundancia maíz, frijoles, plátanos, frutas y algodón. Entre los cotos las mujéres eran las encargadas de labrar los campos y también acompañaban á sus maridos en la guerra, por lo cual tenían fama de amazonas.[2] Los viejos hilaban. Estos indios no eran antropófagos, pero sacrificaban sin piedad á los prisioneros; las mujeres y los niños eran reducidos á esclavitud y sacrificados igual-

1 V. p. 180.

2 V. págs. 182 y 183.

mente á la muerte de su amo. Muy diestros en todos los ejercicios de la guerra, era ésta su ocupación favorita y se distinguían de las demás razas en que no se emborrachaban.

Los caribes, que el señor obispo Thiel divide en güetares ó huetares y viceitas, [1] dominaban la mayor parte del país. Procedían del Brasil, según fundadas probabilidades, de donde pasaron á Venezuela, esparciéndose después por todas las costas del mar de las Antillas y sus islas. [2] Los güetares vivían en las altillanuras centrales en que hoy están las ciudades de Cartago, San José, Heredia y Alajuela y se extendían por las vertientes de ambos océanos hasta proximidad de sus costas. Por el Pacífico tenían asientos en los valles de Pacaca, Tabarcia, Garabito y Chomes. Por el Atlántico ocupaban los de Ujarraz, Orosí, Tucurrique, Turrialba, Ati-

---

1 THIEL, *obra citada*, p. 12.

2 IBÍDEM.

rro, Tuís, Moravia, Chirripó, Matina y las llanuras situadas á la margen izquierda del río Pacuare ó Suerre hasta cerca del San Juan.

Formaban los huetares dos naciones, señoreada cada una por un príncipe.[1] Los dominios del uno comenzaban en el río Virilla extendiéndose al poniente hasta las montañas de la Herradura y Tilarán, confines de los chorotegas; los del otro tenían principio en este mismo río y alcanzaban hasta más allá de Chirripó por el levante. Ambas naciones estaban fraccionadas en numerosas parcialidades regidas por caciques feudatarios, á extremo de que cada familia se gobernaba á parte, pero todos acataban la autoridad superior del príncipe. Vivían muy diseminados, sin constituir una sola agrupación que excediera de tres ó cuatro palenques ó familias.

1 En la época de la conquista estos dos príncipes se llamaban Garabito y Correque. El primero reinaba al occidente y el segundo al oriente. Ambos vivían rodeados de una corte de señores que los seguía por doquiera que iban.

Los güetares eran un pueblo belicoso, astuto y muy amante de su libertad. Los objetos arqueológicos que de él se conservan revelan bastante cultura. El cabildo de Garci Muñoz lo describe así en 1562: «La gente es rica, bien dispuesta é sin sacrificios en sus personas; imitan en la ropa, traje y en la contratación á los del Pirú; son hermosos de rostro, agudos y sagaces é que imprimen en ellos nuestra lengua española, é mediante Dios imprimirá esta nuestra ley é profesión cristiana. Traen sobre sí, todos en común, oro por vía de dijes». [1] No comían carne humana, aunque sacrificaban individuos de otras razas á sus ídolos ó á los manes de sus deudos. [2] La borrachera constituía su mayor placer con el baile. Criaban animales domésticos, entre otros dantas, cuya carne era muy estimada entre ellos, y puercos de monte.

---

1 LEÓN FERNÁNDEZ, *Colección de documentos para la historia de Costa Rica*, t. III, p. 15.

2 V. págs. 176 y 185.

Muy hábiles en el arte de labrar el oro, ocultaban sus joyas que tenían en mucho aprecio.

Por desgracia el idioma güetar se ha perdido y de él sólo nos quedan algunas palabras y nombres geográficos que tienen afinidad con los dialectos de Talamanca, los cuales pertenecen al grupo de las lenguas caribes. [1] El señor obispo Thiel supone que la inmigración de estos indios debe de haberse verificado hacia el año 1400. [2]

La otra rama de los caribes, comprendida por el señor Thiel bajo la denominación general de viceitas, ocupaba los territorios de Talamanca y las costas del Atlántico desde el río Matina hasta las tierras de los guaymíes, situadas frente á la isla del Escudo de Veragua. Los habitantes del pueblo de Cariay, [3] descubierto por Cristóbal Colón en 1502, eran por consiguiente caribes. Más tarde fueron llamados tariacas,

---

1 THIEL, *obra citada*, p. 12

2 IBÍDEM.

3 El puerto de Limón.

nombre que tiene mucha analogía con el de Cariay.

Los chorotegas ó mangues ocupaban la península de Nicoya y las islas y márgenes del golfo hasta la punta de la Herradura. Estaban divididos en señoríos feudatarios, bajo el dominio soberano del gran cacique de Nicoya. Sus asientos principales los tenían en Zapandí,[1] Diriá,[2] Namiapí,[3] Orosí,[4] Papagayo,[5] Cangén,[6] Paro, Chomes,[7] Orotina,[8] Churuteca[9] y Nicoya, que era el mayor y la residencia del príncipe. Estos indios procedían de Chiapas y vinieron posiblemente hacia el siglo XIV.[10] Ocupaban asimismo extensos territorios en Honduras, El Salvador y al sur de Nicaragua.

---

1 Tempisque.
2 Bolsón.
3 La bahía de Culebra.
4 Santa Rosa.
5 La bahía de Salinas.
6 Cangel.
7 Guasimal.
8 Abangares.
9 La costa desde Caldera hasta la Herradura.
10 THIEL, *obra citada*, p. 12.

Gracias al historiador Gonzalo Fernández de Oviedo, que visitó el golfo de Nicoya en 1529, poseemos valiosos datos acerca de estos indios. [1] De todos los pueblos establecidos en nuestro territorio era este el más numeroso y civilizado. Vivían los chorotegas en agrupaciones de alguna importancia, dotadas de templos y mercados. En sólo el pueblo de Nicoya hizo bautizar Gil González Dávila el año 1522 más de seis mil ánimas. Tenían una moneda que consistía en granos de cacao. Eran de buena estatura, esforzados, bien parecidos y de tez más clara que la generalidad de los indios americanos. [1]

Hombres y mujeres tenían por costumbre tatuarse y cada señor marcaba sus súbditos con un signo particular. La divisa de los nicoyanos era un tigre. Se horadaban las orejas y el labio inferior para adornar-

---

1 OVIEDO, *Historia de las Indias.*—LEÓN FERNÁNDEZ, *Historia de Costa Rica*, págs. 40 á 59 y 556 á 568.

1 «Más blancos que loros» (mulatos), dice Oviedo.

se con huesos ó botones de oro. Los hombres iban vestidos á la mejicana con enagüillas y camisas pintadas y sin mangas. Rapábanse la mitad delantera de la cabeza, conservando una coleta por detrás de oreja á oreja; pero los guerreros que habían vencido á un enemigo en singular batalla gozaban del privilegio de llevar toda la cabeza rasurada, salvo una coronilla de pelo en lo alto que terminaba en una especie de borla. «Las mujeres de Nicoya son las más hermosas que yo he visto en aquellas partes» escribe Oviedo [1] Por todo vestido usaban éstas un mandilejo de tres palmos colgado de la cintura, y se peinaban partiéndose el cabello por mitad de la cabeza, con dos trenzas que les caían sobre las orejas.

En sus fiestas adornábanse los hombres con hermosos plumajes, joyas de oro y lindos collares de conchas y piedrecitas de diversas clases labradas con mucho arte,

---

1 *Historia de las Indias*, lib. XLII, cap. XI.

de que pueden verse numerosos ejemplares en nuestro Museo Nacional. Sus armas consistían en flechas, lanzas, hachas y cachiporras de piedra, esculpidas éstas con verdadera maestría.

Como todos los indios de origen mejicano comían carne humana, que era considerada entre ellos como manjar santo. Adoraban diversos dioses y al sol como á divinidad superior, á semejanza de los peruanos. En la época de las cosechas hacían grandes fiestas con cantos, bailes, borracheras y sacrificios en honor del ídolo correspondiente. Escribían por medio de jeroglíficos en libros de pergamino con tinta roja y negra, en los que pintaban asimismo planos de sus heredades y mapas. Su lengua era el mangue.

Sus principales cultivos consistían en maíz, algodón, frijoles, zapotes, nísperos y otras frutas. Los zapotes y los nísperos eran monopolio de los chorotegas, así como el cacao de los nahuas, sirviendo estos productos de base del comercio entre ambos

pueblos; pero tan sólo los caciques y señores hacían uso del cacao, que era tenido por bebida exquisita y noble. También cultivaban el tabaco y solían fumarlo.

Tejían primorosas telas de algodón, tiñéndolas de muchos colores, especialmente con brasil y púrpura de caracol. Eran alfareros consumados, en particular los de la isla de Chira. Oviedo relata que llevó á Santo Domingo algunas muestras de loza «que se podían dar á un príncipe por su lindeza». Pescaban perlas en las islas del golfo de Nicoya y grandes conchas de que hacían palas para sus labranzas y canaletes para las canoas.

Generalmente los chorotegas se casaban con una sola mujer, pero los señores tenían varias. Las que pasaban por el lecho del príncipe eran muy solicitadas después, porque esto se consideraba como una gran honra para ellas. Regíanse por leyes sabias, cuyo recuerdo no había perdido aún á principios del siglo XVIII. Un compañero del famoso corsario Dampier refiere que

entre ellos no existía pena alguna para el regicidio ni el parricidio, porque juzgaban que no había ninguno capaz de cometer semejantes crímenes. El ladrón era condenado á servir en calidad de esclavo á su víctima, hasta indemnizarla del daño recibido. [1]

Desde que estuvo entre ellos Gil González Dávila en 1522, los nicoyanos tomaron muy á lo serio su papel de cristianos y el cacique ó príncipe, que se llamaba Nambi, no permitía que á sus súbditos los llamasen indios sino cristianos; nunca se sublevaron y fueron siempre fieles y sumisos con los españoles; lo que no impidió que éstos los trataran de manera harto injusta y cruel, como se verá en el curso de esta historia, y destruyeran casi por completo este pueblo inteligente y valeroso.

Los nahuas ó aztecas llegaron, según opinión del obispo Thiel, cincuenta años

---

1 William Funnell, *Voyage to the South Sea*, etc., págs. 131 y 132.

más tarde que los chorotegas. [1] Muy numerosos en Nicaragua, particularmente en el istmo de Rivas, sólo tenían en Costa Rica dos pequeñas colonias: una en Bagaces y otra en Talamanca en el valle de Duy ó Dluy. Y bien pudiera ser que esta última, descubierta en 1564 por Vázquez de Coronado, no fuese sino un rezago de los 400 chichimecas que llevó allí Rodrigo de Contreras en 1540. Sin embargo, esto no pasa de ser una congetura.

Las costumbres de los antiguos mejicanos son demasiado conocidas para que haya necesidad de describirlas aquí de nuevo. A pesar de ser los dos pueblos de origen mejicano, los nahuas y los chorotegas se diferenciaban en la lengua, la religión y muchos de sus hábitos. Los nahuas trajeron la semilla del cacao, que era el fruto más preciado entre los indios.

Conforme á los cálculos del señor Thiel la población de Costa Rica en la época del

---

1 THIEL, *obra citada*, p. 12.

descubrimiento y la conquista[1] ascendía á 27,200 habitantes, distribuidos de la manera siguiente: corobicíes y votos 900, borucas, quepos y cotos 1,000, caribes 11,700 (güetares 3,500 y viceitas 8,200), chorotegas 13,200 y aztecas ó nahuas 400.

Para sojuzgar este puñado de indios los españoles tuvieron que hacer extraordinarios esfuerzos y nunca lo pudieron conseguir del todo. La resistencia de los talamancas fué verdaderamente épica; ni la blandura de los misioneros, entre los que hubo verdaderos apóstoles, ni la fuerza de las armas pudieron triunfar de su indómito amor á la libertad que subsiste todavía.[2]

---

1 THIEL, *obra citada*, p. 13.

2 Fray Francisco Vázquez en su *Crónica de Guatemala*, lib. II, cap. XIII, escribe: «... la provincia de Costa Rica, donde los indios son tan bárbaros y guerreros y que con más valor que otra ninguna nación en las Indias se había defendido y rechazado á los españoles y conquistadores».

## III

La costa del continente americano descubierta por Cristóbal Colón en 1502, es decir, el litoral comprendido entre el cabo de Honduras y el puerto de Retrete ó de Escribanos, se llamó durante muchos años Veragua, aunque este nombre sólo correspondía en propiedad á un pueblo situado en territorio panameño á 25 leguas al este de la bahía de Aburená [1] y en el cual, según era fama, se hacían los espejos de oro que se colgaban del cuello los habitantes de aquellos parajes. Las grandes ilusiones que se forjó Colón acerca de las riqueza de este lugar le dieron mucha notoriedad, y esta fué la razón del predominio del nombre de Veragua.

Colón, en virtud de su derecho, reclamaba para sí los territorios descubiertos por él, pero la corona tenía motivos poderosos para no dárselos y de aquí nació el famoso liti-

1 Laguna de Chiriquí.

gio entre los herederos del almirante y el rey de España que, iniciado el año 1508, no vino á terminar sino en 1536, mediante un fallo arbitral que concedía al nieto del descubridor un estado de 25 leguas en cuadro y el título de duque de Veragua. En estas 25 leguas fué englobada una pequeña parte de nuestro territorio que después volvió á poder de la corona en 1556.

El nombre de Costa Rica no aparece en ningún documento oficial antes del año de 1539. Fué sin duda la designación popular dada en Panamá á nuestro territorio para diferenciarlo del ducado. La leyenda, muy válida entre nosotros, que atribuye al almirante la invención de este nombre, no descansa sobre ningún fundamento y debe tenerse como absurda. Hacia la misma época apareció también el de Cartago ó Nueva Cartago, que ha conservado nuestra vieja metrópoli. Ambos nombres se aplicaban indiferentemente á este país y con mucha frecuencia los dos juntos, persistiendo también el de Veragua, á pesar de la pena de

cien azotes pregonada por Diego Gutiérrez contra los que lo empleasen;[1] y no fué sino en 1573 y 1574 que la corona española consagró definitivamente el nombre de Costa Rica, á la vez que establecía los límites de la provincia, «ques desde el mar del Norte hasta el del Sur en latitud, y en longitud desde los confines de Nicaragua, par la parte de Nicoya, derecho á los valles de Chiriquí, hasta la provincia de Veragua, por la parte del sur; y por la del norte desde las bocas del Desaguadero, ques á las partes de Nicaragua, todo lo que corre la tierra hasta la provincia de Veragua».[1] En virtud de esta real cédula nuestro límite por el Pacífico se fijó en el río Chiriquí Viejo y por el Atlántico en el Chiriquí ó Calobébora y la isla del Escudo de Veragua. Estos serían hoy los extremos de nuestro territorio hacia Panamá, si hubiésemos tenido la fuerza necesaria para repeler las invasiones de un vecino poderoso.

---

1 V. p. 127.

1 León Fernández, *Documentos*, t. v, p. 68.

La península y el golfo de Nicoya pertenecieron al principio á la gobernación de Nicaragua, así como la villa de Bruselas, fundada en 1524 por Francisco Fernández de Córdoba, y toda nuestra costa del Pacífico hasta Chiriquí. Algunos años después Nicoya fué erigida en alcaldía mayor independiente, partiendo límites con Costa Rica en el río del Salto. El San Juan nos dividía de Nicaragua lo mismo que en la actualidad.

Creada la audiencia de Panamá en 1538, el territorio de Costa Rica fué puesto debajo de su jurisdicción que se extendía desde Nicaragua hasta el estrecho de Magallanes. En 1543 suprimió el rey esta audiencia y Costa Rica vino á formar parte de la de los Confines, que abarcaba las provincias de Tabasco, Chiapas, Soconusco, Yucatán, Cozumel, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Veragua y Panamá. La audiencia de los Confines residió en la ciudad de Gracias á Dios en Honduras hasta 1549 que fué trasladada á la de Guatema-

la. En 1565 volvió de nuevo la audiencia á Panamá, pero con su jurisdicción limitada á las provincias de Veragua, Nicaragua y Honduras. Por último, el 3 de marzo de 1570 quedó definitivamente establecida en Guatemala, donde estuvo hasta 1821. En su jurisdicción se comprendieron las provincias que ahora constituyen las cinco repúblicas de la América Central y las de Chiapas, Verapaz y Soconusco.

## IV

Al juzgar los hechos de los españoles en el curso del descubrimiento y de la conquista de Costa Rica he procurado mostrarme imparcial y justo. Los americanos que han escrito sobre historia de América lo han sido rara vez, los europeos mucho menos y aun los españoles de la época mostraron excesiva severidad para con los conquistadores.

Cierto es que éstos cometieron muchos crímenes y crueldades, pero estas culpas no fueron de España ni siquiera del tiempo. Aquellos hombres obraron así por la sola

razón de que eran hombres. ¿Qué más hicieron en América los españoles del siglo XVI que en la India los ingleses, en Africa los franceses, alemanes y belgas, y en su propio territorio y en Filipinas los norteamericanos del XIX y principios del XX? ¿Hay acaso en toda la historia de la conquista española hombre comparable al teniente de Stanley que adquirió una esclava y la hizo matar y comer por unos negros antropófagos? ¿Y qué diré del funcionario francés que en el Congo celebró recientemente la fiesta del 14 de julio volando á un negro con un cartucho de dinamita?

Como estos hechos se pueden citar otros muchos. Los europeos están conquistando el Africa á sangre y fuego. Roban, matan y torturan á los negros con una crueldad casi sin precedentes. ¡Qué hermosas páginas impregnadas de sublime indignación podría escribir en estos momentos un nuevo padre Las Casas! Pero no lo hay; porque sólo á España le fué dado ser en todo grande.

# CAPITULO I

**Descubrimiento de la costa atlántica de Costa Rica por Cristóbal Colón. El pueblo de Cariay y la isla Quiribrí. Carácter y calidades de los habitantes. La bahía de Zorobaró. Veragua.**

---

Diez años habían trascurrido ya desde la noche del 12 de octubre de 1492, en que la isla Guanahaní surgió del mar de las Tinieblas como una aparición; diez años fecundos en nuevos descubrimientos: Haití, Cuba, Puerto Rico, Jamaica, la Martinica, Trinidad y muchas otras de las Antillas aparecieron sucesivamente ante las carabelas del audaz navegante; y por fin, el 1º de agosto de 1498, rasgado el último velo encubridor del misterio, brota á su vez en la inmensidad del Atlántico el continente americano, que saluda á Colón con una de sus maravillas: las bocas del Orinoco.

El grande hombre ignoraba sin embargo que había hallado un nuevo mundo y creyó siempre

que aquellas extrañas tierras eran los centinelas avanzados del Asia; pero con una intuición propia de su genio, supuso que debía de existir por entre ellas un paso para el océano índico y lo señaló á la altura del istmo de Panamá, no descubierto aún. En aquel punto esperaba hallar un estrecho, y buscarlo fué el móvil de su cuarto y último viaje.

Salió de Cádiz el 11 de mayo de 1502, llevando en su compañía á su hermano D. Bartolomé, á su hijo D. Fernando, niño de trece años, y ciento cuarenta hombres repartidos en los navíos *Capitana*, *Santiago de Palos*, *Gallega* y *Vizcaína*. La escuadra se dirigió primero á la plaza fuerte lusitana de Arcilla, en la costa de Marruecos, que se hallaba sitiada por los moros y que Colón quería socorrer de paso. Halló levantado el cerco y siguiendo su viaje favorecido por el viento, fué á echar anclas en la Gran Canaria, cuatro días después de su salida de la fortaleza. Hizo después escalas en Santa Lucía y Martinica, y por las malas condiciones marineras de la *Gallega*, se fué en busca de otra nave á la isla Española, á pesar de la prohibición formal que se le había hecho de aportar allí por causa de las revueltas ocurridas en la colonia, que trajeron la prisión del almirante y de sus hermanos, á quienes remitió á España con grillos el comendador Bobadilla en 1500. El

20 de junio llegó frente á Santo Domingo, á la sazón gobernada por fray Nicolás de Ovando, y se detuvo á una legua de tierra. El gobernador se negó en absoluto á satisfacer las peticiones de Colón, y no sólo le prohibió que desembarcase, conforme á las órdenes dadas por los reyes, sino que también se opuso al cambio ó compra del buque que necesitaba. Envióle entonces á rogar el almirante que tan sólo le permitiera refugiarse en el puerto mientras pasaba una gran tempestad que, según sus cálculos, se iba acercando; pero no tuvo mejor éxito. El gobernador creyó sin duda que esto no era más que un pretexto, porque el tiempo estaba hermoso y tranquilo.

No quedaba más recurso que desplegar las velas; pero antes de partir, acudió de nuevo Colón á fray Nicolás de Ovando, ya no para pedirle favores ni condescendencias, sino para hacer un gran servicio á sus reyes y á sus propios enemigos. Sabedor de que una flota compuesta de treinta naves y cargada de riquezas estaba á punto de salir para España al mando de Francisco de Bobadilla, envióle á decir que la demorase ocho días mientras pasaba la tormenta. Los marinos no tuvieron bastantes burlas para Colón; los más benévolos lo motejaron de adivino y de profeta y la flota se hizo á la vela, pereciendo casi por completo á la vista de los habitantes de la isla, víctima de un

ciclón de las Antillas que el almirante pudo prever gracias á su genio extraordinario. Murieron en la catástrofe Bobadilla, Roldán y muchos otros enemigos de Colón y las olas se tragaron cien mil pesos, suma enorme para aquellos tiempos, y el fabuloso grano de oro de 3,600 castellanos, [1] que fué asombro de cuantos lo vieron.

Colón buscó amparo en Puerto Hermoso, al occidente de la isla. Fué después al de Yaquimo y prosiguió su viaje el 14 de julio, asediado por calmas, poderosas corrientes, que lo llevaron cerca de Cuba y de Jamaica, y violentos chubascos en que estuvo muchas veces á punto de perderse. «Otras tormentas se han visto — escribe á los Reyes Católicos, [2] — mas no durar tanto ni con tanto espanto». Los navíos llegaron á un estado deplorable; entrábales el agua por muchas partes; los huracanes habían destrozado las velas y faltaban ya muchas anclas y botes. La marinería estaba muy enferma de fatiga y el desaliento en todos los corazones; pero el grande ánimo de Colón oponía invencible resistencia á las iras de la naturaleza desatadas contra sus pequeñas carabelas.

---

1 El valor de este grano de oro puede calcularse en más de 40.000 colones de nuestra moneda.

2 NAVARRETE, tomo I, p. 296. *Carta de Cristóbal Colón á los Reyes Católicos, de la Jamaica, á 7 de julio de 1503.*

Postrado por crueles padecimientos, agobiado por el peso de los años, el ilustre marino no se rendía. Tendido bajo una camarilla que mandó construir sobre la cubierta de la *Capitana*, porque los agudos dolores del reumatismo no le permitían moverse, indicaba desde allí la ruta que habían de seguir las naves.

El 30 de julio descubrió la isla Guanaja, próxima al golfo de Honduras. Allí apresó una gran canoa de ocho pies de ancho y tan larga como una galera, que venía del oeste. Esta embarcación, cubierta con un toldo de esteras de palma, impenetrable á la lluvia, estaba llena de mercaderías: mantas de algodón muy labradas, camisas sin mangas, hachuelas y patenas de cobre, cascabeles, cacao, crisoles para fundir metales y espadas de madera con navajas de pedernal, [1] embutidas en canales. Tripulaban la canoa veinticinco hombres y algunas mujeres, que al subir á la *Capitana* se cubrieron honestamente con sus mantas de algodón. El almirante devolvió la libertad á todos, menos á un viejo para que le sirviese de guía. Interrogado éste acerca de los lugares donde se encontraba oro, señaló el ocaso. En agosto descubrió el continente setentrional americano y fué á echar anclas á la punta Cajinas ó cabo de

1 LAS CASAS, *Historia de las Indias*, t. III, p. 109.

Honduras, donde se dijo misa en tierra el 14, con asistencia del adelantado D. Bartolomé. Continuó su viaje al este, muy cerca de la costa para buscar el estrecho, luchando con la mar embravecida. Dobló el 12 de septiembre el cabo á que puso el nombre de Gracias á Dios, porque desde allí mejoró el tiempo. En este lugar quedóse el viejo de la Guanaja.

El 17 de septiembre perdió una lancha de la *Vizcaína* en la boca del río del Desastre, así llamado por este motivo, y continuando su exploración sin apartarse nunca de la costa, vino á echar anclas entre una isleta llamada Quiribrí y el pueblo de Cariay en la tierra firme. De acuerdo con las distancias consignadas en el derrotero del escribano Diego de Porras, compañero del almirante, es indudable que Cariay se hallaba en territorio de Costa Rica;[1] y se ha demostrado que la situación de este lugar corresponde á la del puerto de Limón.[2] La isleta Quiribrí se conoce hoy con el nombre de la Uvita.

Colón fondeó en Cariay á mediodía del 25 de septiembre de 1502 y dispuso permanecer en esta ensenada algunos días para reparar los barcos y

---

1 León Fernández, *Historia de Costa Rica*. p. 524 y 525.

2 Bernardo Augusto Thiel, obispo de Costa Rica, *Suplemento á* La Gaceta Nº 118, del 18 de noviembre de 1900.

dar un poco de respiro á sus compañeros que estaban muy enfermos y extenuados, á causa de tantas y tan rudas fatigas. La hermosura de la tierra cubierta de espléndidos bosques, de altas y verdes montañas y frescos ríos; la amenidad de la isla Quiribrí, que el almirante llamó La Huerta, porque según fray Bartolomé de Las Casas parecía un vergel deleitable; el aspecto de los naturales que andaban vestidos y con águilas de oro al cuello, los muchos animales raros que allí vieron, fueron otros tantos motivos de admiración para los descubridores.

Al divisar las naves juntáronse los de Cariay en la ribera de un río que pasaba junto á su pueblo, [1] en ademán hostil, armados de arcos, flechas, macanas y agudas varas de palmera. El almirante mandó acercar algunos botes á tierra, pero sin que nadie desembarcase hasta que se tranquilizaran los naturales. Convencidos éstos de que no trataban de agredirlos, mudaron de actitud, y haciendo señales á los españoles para que viniesen á la playa, desplegaban al viento sus mantas

---

1 El río Limón ó Cieneguita al que los indígenas daban el nombre de Cariarí ó sea río de Cariay. Los indios de Talamanca lo llaman Quereidí, y Querey al puerto. BERNARDO AUGUSTO THIEL, *Suplemento á* LA GACETA Nº 118 del 18 de noviembre de 1900.

El P. Las Casas y D. Fernando Colón hablan de un gran río. El río Limón es pequeño, aunque navegable en su desembocadura; además hay trazas de que las aguas del Banano corrieron alguna vez por su cauce.

de algodón, á guisa de banderas, para convidarlos á entrar en tratos de comercio. Por último, viendo que sus provocaciones no surtían efecto, echáronse los más atrevidos al agua y á nado fueron á los botes con sus mercaderías, donde los obsequiaban con baratijas los tripulantes, sin tomarles nada en cambio por orden expresa de Colón, cuyo objeto era infundirles la creencia de que él ni los suyos eran hombres codiciosos. Por su parte los indios mostraban cada vez mayores deseos de entablar relaciones comerciales con los extranjeros.

El miércoles 28 de septiembre, habiéndose arrimado nuevamente los botes á tierra, llegóse á ellos un viejo de aspecto respetable, llevando en la mano una bandera puesta al extremo de una vara. Acompañábanlo dos niñas de once y ocho años, [1] muy ataviadas y con joyas de oro al cuello, á las que hizo entrar en uno de los botes, dando á entender después á los españoles con gestos que podían desembarcar sin miedo; y tanto insistió en ello que al fin se resolvieron los marinos á salir para hacer aguada. Al pisar la tierra hallaron un lío muy bien hecho con todos los objetos que habían dado á los de Cariay en los días anteriores. El P. Las Casas, siempre tan

1 Antiguamente las indias de las vertientes del Atlántico solían casarse á la edad de seis ó siete años. León Fernández, *Historia de Costa Rica*, p. 623.

favorable á los indios, piensa que obraron así por altivez y honrado escrúpulo; pero D. Fernando Colón, testigo presencial, y probablemente con él todos los demás, atribuyeron el hecho á temor de hechicerías, á las que según parece eran muy dadas las gentes de Cariay, que lanzaban ciertos polvos al aire y hacían sahumerios olorosos al acercarse á los extranjeros. Pero es lo más probable que estas demostraciones fueran tan sólo de respeto, á juzgar por lo que hacían en Méjico los indígenas con Hernán Cortés y sus soldados. [1]

Durante todo el tiempo que los españoles permanecieron en tierra, los indios no se movían manteniéndose á distancia para demostrarles sus intenciones pacíficas. Una vez que regresaron á los botes con el agua y se preparaban á volver á las naves, se acercó de nuevo el viejo de la bandera con unos mozos [2] que también tenían guanines [3] al cuello, é hizo señas de que se los llevasen á bordo junto con las dos muchachas. Hiciéronlo así los españoles, después de repetidas instancias del viejo. El almirante los recibió con muchos

---

1 Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, edición de 1796, t. 1, p. 172.

2 D. Fernando Colón, *Historia del Almirante de las Indias D. Cristóbal Colón*.

3 Joyas de oro bajo.

agasajos, hizo que les dieran de comer y mandó vestir á las mocitas, cuya gran desenvoltura é impavidez delante de aquellos hombres para ellas tan extraños, causó la mayor sorpresa á todos y fué motivo para que Colón les aplicase el más denigrante de los calificativos que pueden darse á una mujer. [1] En seguida dispuso que las llevasen á tierra, como una muestra de honestidad. En la playa hallaron los que las conducían cincuenta indios que parecieron alegrarse mucho de ver á las muchachas y á los mozos sanos y salvos. Con ellos estaba el viejo y á él le fueron entregados. Más tarde, habiendo ido otra vez los botes á tierra, encontraron á los mismos indios, siempre con las mocitas, las cuales devolvieron á los españoles todo lo que les habían dado á bordo, haciendo otro tanto los demás que con ellas habían ido.

Al siguiente día desembarcó don Bartolomé Colón para tomar informes de la tierra. Salieron á recibirle hasta el bote dos señores principales, y con muestras de respeto, tomándolo cada uno por un brazo, hiciéronlo sentar en la hierba. Empezó D. Bartolomé á interrogarlos, haciendo que un escribano anotase sus respuestas; mas todo fué ver los indios el papel y la pluma y asustarse muchí-

---

1 Navarrete, *carta citada*.

simo. Echaron á correr casi todos, suponiendo sin duda que se trataba de malas artes.

Reparados los navíos y provistos de todo lo que habían menester, determinó el almirante continuar su viaje; pero antes dispuso que volviese á tierra D. Bartolomé en compañía de algunos soldados á recorrer los pueblos para tener idea del país y de sus habitantes. El 2 de octubre visitó el adelantado los palenques vecinos y en uno de ellos muy espacioso, de madera y cubierto de cañas, vió con sorpresa que tenían los indios sepulturas y dentro de algunas, cuerpos embalsamados, envueltos en mantas de algodón y con adornos de oro y sartas de cuentas. Tapando los sepulcros había tablas con esculturas que representaban hombres y animales.

Estas y otras habilidades de los de Cariay hicieron que el almirante formase muy buena opinión de estos indios, por lo que resolvió llevar alguno consigo para que le sirviese de guía en aquella costa. De orden suya fueron capturados siete, de los cuales se dejó dos que parecían principales y puso á los demás en libertad, después de halagarlos con dádivas y caricias, procurando hacerles comprender que los que quedaban no iban presos, sino tan sólo en calidad de guías. Pero los indios, ya porque no entendieran el intento de Colón ó no se conformasen con él, se presentaron

en gran número en la playa á la mañana siguiente, cargados de guanines, mantas, camisas de algodón y demás cosas con que solían comerciar, y enviaron á cuatro de ellos á la *Capitana* á tratar del rescate de los presos; pero el almirante que cada vez admiraba más la cordura de estas gentes, se acabó de afirmar en su propósito de llevarse los guías, y no dejándose ablandar por ruegos ni ofertas, despidió á los emisarios con buenas razones y algunas bujerías que les hizo dar en pago de dos puercos de la tierra que le llevaron de regalo. De manera que cuando salió de Cariay quedaron los indios muy alborotados por el plagio de sus compañeros y éste fué quizás el origen de ese odio implacable que en lo sucesivo mostraron siempre los naturales de aquella costa por los españoles.

De acuerdo con los datos que han venido hasta nosotros acerca de los indios de Cariay, puede decirse que habían alcanzado una cultura comparable á la de los habitantes de las costas orientales de Méjico. «Eran de muy buenas disposiciones, muy agudos, deseosos de ver, extrañaban mucho cualquier cosa que les mostraban», dice Diego de Porras; «la mejor gente... que habían hasta allí hallado», escribe fray Bartolomé de Las Casas; los de «más razón» asegura don Fernando Colón.

Tenían estos indios los cabellos largos y trenzados, puestos en torno de la cabeza; las mujeres

cortos. Cultivaban y sabían tejer el algodón de que hacían mantas y camisas sin mangas que eran su vestido. Según Diego de Porras las mujeres usaban pañizuelos de mastate. Conocían el modo de trabajar el oro en forma de aguilillas que se colgaban del cuello, y también la madera á juzgar por la casa de enterramiento y las tablas que cubrían los sepulcros, cuyas esculturas revelan que los rudimentos del arte no les eran extraños. Asimismo embalsamaban los cuerpos [1] y poseían otras habilidades que no especifican los historiadores; pero á este respecto el mismo Colón escribe: «De otras artes me dijeron y más excelentes... Allí dicen que hay grandes mineros de cobre: hachas de ello, otras cosas labradas, fundidas, soldadas hube, y fraguas con todo su aparejo de platero y los crisoles. Allí van vestidos; y en aquella provincia vide sábanas de algodón, labradas de muy sotiles labores; otras pintadas muy sotilmente á colores con pinceles.» [2]

En cuanto al cargo de hechiceros no es remoto que lo mereciesen, si se considera que también

---

1 Con resina de caraña. Léase sobre las artes y costumbres de nuestros indios de la costa atlántica, el memorial que en 1610 dirige al rey fray Agustín de Ceballos. Concuerda perfectamente con los relatos de Colón, de su hijo don Fernando y del P. Las Casas. León Fernández, *Colección de documentos para la historia de Costa Rica*, t. v, p. 156.

2 Navarrete, *carta citada*.

los españoles daban crédito á semejantes patrañas, suponiéndose ellos mismos hechizados, como lo refiere el almirante en su famosa carta de la Jamaica. [1] Lo que sí parece raro es la facilidad con que los indios de Cariay entraron en relaciones con los descubridores, que debieron aparecer á sus ojos como seres extraordinarios, aunque esto puede explicarse por el hábito que indudablemente tenían de comerciar con extranjeros. Es sabido que los navegantes mejicanos se arriesgaban en sus grandes canoas por las costas de la América Central. [2] La que apresó Colón en la Guanaja venía probablemente de Yucatán. Las espadas de madera con navajas de pedernal eran de procedencia azteca, pues no usaban otras los guerreros de aquella nación. [3] De los sahumerios empleados como forma de respeto, no se encuentra en lo sucesivo ninguna huella entre los indios de Costa Rica, y es lícito suponer que los de Cariay la tomaran de los mercaderes de Anáhuac. Sus tratos con ellos explicarían también el envío de las muchachas y de los mozos engalanados, á

---

1 «Cuando yo andaba por aquella mar en fatiga, en algunos se puso heregía que estábamos enfechizados, que hoy día están en ello».

2 Brasseur de Bourbourg, *Histoire des nations civilisées du Mexique et de l'Amérique Centrale*, t. III, p. 432.—León Fernández, *obra citada*, t. V, p. 243.

3 Bernal Díaz del Castillo, edición de 1796, t. I, p. 275 y II p. 97.

juzgar por las costumbres licenciosas de los mejicanos, especialmente de los que habitaban la costa atlántica de aquel país. [1]

Después de permanecer diez días en Cariay, zarpó el almirante el 5 de octubre en busca de Zorobaró, uno de los lugares que le había nombrado el viejo de la Guanaja como abundantes en oro. Al día siguiente descubrió esta espléndida bahía que ha conservado su nombre. [2] La brevedad de la navegación es prueba evidente de que Cariay se hallaba en territorio de Costa Rica, sobre todo si se toma en cuenta que Colón, durante esta parte de su cuarto viaje, nunca navegó de noche por temor de pasar delante del estrecho sin verlo. [3]

Entraron los navíos por los angostos canales que separan las islas como si fuesen por calles, tocando las jarcias en las ramas de los árboles, «cosa muy fresca y hermosa», exclama el padre Las Casas. Echadas las anclas despachó Colón sus buques á una isla donde estaban veinte canoas talladas en troncos de árboles. En la playa aparecieron los indios desnudos y con espejos ó

---

1 Ibídem, t. iv, p. 512. En 1564 Vázquez de Coronado encontró una colonia de indios mejicanos en el valle de Coaza.

2 Bahía del Almirante ó de Zorobaró.

3 «Nunca de la costa de esta tierra se apartó un día, é todas las noches venía á surgir con tierra.» Diego de Porras, *Relación del viaje é de la tierra agora nuevamente descubierta por el Almirante D. Cristóbal Colón.*

patenas de oro fino al cuello y algunos con águilas de guanín. [1] No mostraron ningún temor y á petición de los guías de Cariay se apresuraron á trocar sus joyas por baratijas de Castilla. Hubo espejo que pesó diez ducados y se obtuvo á cambio de tres cascabeles. Dijeron los indios que el oro lo traían de tierra firme donde abundaba en un lugar cercano. Los españoles, que sin duda echaron en olvido la falta de codicia al ver el oro de buena calidad, se fueron á la costa al siguiente día, 7 de octubre, y encontraron en ella muchas canoas llenas de indios que se negaron resueltamente á efectuar el ventajoso trueque de los espejos. Por este delito fueron presos dos y llevados á presencia de Colón que los hizo interrogar por los guías de Cariay acerca del sitio de donde sacaban el oro. Respondieron que á una ó dos jornadas de allí, en lugares que nombraron, había mucho de aquel metal. El espejo del uno pesó catorce ducados y veintidós el águila del otro.

Según Diego de Porras las mujeres de Zorobaró usaban un pañizuelo como las de Cariay; pero los

---

1 Las águilas y otras joyas en figura de animales que usaban los indios eran casi siempre de oro bajo ó guanín, por la gran cantidad de cobre que empleaban como liga al fundirlas; no así los espejos ó patenas que labraban batiéndolos. León Fernández, *obra citada*, t. v, p. 158. Memorial de fray Agustín de Ceballos, 1610.

hombres iban totalmente desnudos, con el cuerpo pintado de blanco y negro y la cara de rojo.

De la bahía de Zorobaró fué Colón á la de Aburená, [1] en todo semejante á la primera. Continuando su viaje vió una isla que llamaron el Escudo, [2] situada á quince leguas de Aburená y se detuvo en el río Guaiga, [3] donde fondeó el 28 de octubre, enviando alguna gente en los botes á tierra, que halló á los indios en actitud muy hostil, armados de varas y tocando trompetas y un tambor, metidos muchos de ellos en el agua hasta la cintura y haciendo gestos de amenaza. Con todo, lograron los españoles aplacarlos, concluyendo los indios por acercarse á los botes para trocar sus espejos. Llevaron dieciséis que valían ciento cincuenta ducados; pero en seguida dieron muestras de hallarse muy arrepentidos del cambio; y por esto fué sin duda que al volver á la mañana siguiente los españoles á tierra, hallaron á los naturales otra vez en actitud belicosa y amparados á unas defensas que durante la noche construyeron en la playa con ramas. Por mucho que llamaron á los que en ellas se veían no quisie-

---

1 Laguna de Chiriquí.

2 Derrotero de Diego de Porras.

3 Río Chiriquí ó Calobébora. MANUEL M. DE PERALTA, *Límites de Costa Rica y Colombia*, p. 4.

ron salir; antes bien les contestaban con ademanes que se volviesen á los navíos. Al cabo de un rato, viendo que los botes no se alejaban, se echaron fuera de las ramadas, tocando trompetas y tambor y haciendo gestos de amenaza dentro del agua. Irritados los españoles por tanta audacia, hirieron á uno en un brazo con una ballesta y dispararon una lombarda, lo que bastó á ponerlos en fuga. Saltaron entonces cuatro hombres á la playa y se pusieron á llamar á los fugitivos, que al fin regresaron deponiendo antes las armas. Dieron solamente tres espejos, siempre á cambio de los consabidos cascabeles, pues según ellos mismos lo declararon, no habían venido á comerciar sino á combatir.

De Guaiga pasó Colón á Catiba, donde fué á echar anclas á orillas de un gran río. Los indios, muy alarmados, se congregaron al son de tambores y trompetas; pero más tarde llegó á los barcos una canoa tripulada por dos de ellos, que sin mostrar temor subieron á bordo de la *Capitana* y por consejo de los de Cariay regalaron sus espejos de oro al almirante, que les dió á su vez algunas baratijas. Luego que regresaron estos dos á tierra, vinieron tres más y se deshicieron igualmente de sus espejos. Hechas así las amistades, fueron á tierra los españoles y hallaron gran número de indios con su cacique, quien para dar el ejemplo fué el primero en cambiar su patena de oro.

Se dirigió después el almirante á Cobraba pero no se detuvo porque el viento era muy favorable. Pasó por varios pueblos donde aseguraban los indios que había mucho oro; el último se llamaba Veragua y en él dijeron que se hacían los espejos. Pasó por Cubiga, donde según los guías de Cariay terminaba la tierra del oro que tenía su principio en Zorobaró. Continuando siempre por la costa llegó hasta el puerto del Retrete, hoy de Escribanos, que había sido descubierto dos años antes, en 1500, por Rodrigo de Bastidas, viniendo en opuesta dirección á la que llevaba el almirante; y porque ya no se veían muestras de oro, determinó regresar hacia Veragua. En el río de este nombre no pudo hacer entrar sus carabelas, motivo por el cual se fué al Yebra ó Belén, en cuya desembocadura fundó la colonia de Santa María de Belén en territorio de Panamá, pero tuvo que abandonarla muy pronto por falta de víveres y la fiereza de los naturales. Este fué el primero de los numerosos descalabros que sufrieron los españoles en las costas de Veragua.

Colón dió una importancia desmedida á este último descubrimiento. Los espejos de oro de los habitantes de Zorobaró y Veragua, las ricas minas de este lugar, exploradas por su hermano D. Bartolomé, las ponderaciones de los indios, le hicieron creer que se trataba nada menos que del

Aurea Chersonesus de los antiguos, llamada hoy península de Malaca; porque murió persuadido de que las tierras halladas por él pertenecían al Asia. «Yo tengo en más esta negociación y minas con esta escala y señorío, que todo lo otro que está hecho en Indias», escribe á los Reyes Católicos; y añade: «De una (cosa) oso decir, porque hay tantos testigos, y es que yo vide en esta tierra de Veragua mayor señal de oro en dos días primeros que en la Española en cuatro años».

Desde entonces fué una de sus mayores preocupaciones la de que no le arrebatasen esta Veragua de sus ensueños de oro; y con un celo digno de mejor causa, procuró guardar hasta su muerte el secreto de la posición de aquella tierra en el mundo.

## CAPITULO II

**Diego de Nicuesa en Veragua. Infortunios de este bizarro capitán. La isla del Escudo.**

---

Colón llegó á España de regreso de su último viaje el 7 de noviembre de 1504. Poco tiempo después murió la Reina Católica que tanto lo había favorecido y en cuya benevolencia fundaba legítimas esperanzas de obtener el cumplimiento de las obligaciones contraídas con él por la corona cuando se lanzó en su temeraria empresa. Contra lo que se ha dicho, el rey D. Fernando no lo recibió mal; pero este monarca era demasiado hábil político para no comprender el riesgo que correrían andando el tiempo los vitales intereses de la nación española, por motivo de los grandes privilegios concedidos al almirante, entre los cuales se contaba el establecimiento de un virreinato hereditario á una enorme distancia de la metrópoli. En sana justicia al descubridor se le debía

dar lo suyo, pero hay que convenir en que de parte del rey militaban poderosas razones de estado para eludir el cumplimiento de lo prometido. D. Fernando bien deseaba conciliar los opuestos intereses de la monarquía y del almirante, dándole una compensación, pero éste no quiso ceder un ápice de sus derechos, y en estas luchas le sorprendió la muerte en un mesón de Valladolid el 20 de mayo de 1506.

Entretanto la gran fama de la riqueza de Veragua había cundido, propagada por el mismo Colón y sus compañeros, entre los cuales había marinos demasiado expertos para que el secreto de la situación de aquella tierra maravillosa pudiera permanecer oculto, y menos aún cuando aventureros atrevidos, siguiendo las huellas del almirante, habían recorrido las costas del continente y llegado á lugares tan vecinos de Veragua como el golfo del Darién y el puerto del Retrete.

La muerte del inmortal navegante encendió en muchos corazones el deseo de aprovecharse de su descubrimiento, y así fué que á pesar del pleito movido por D. Diego Colón, hijo y heredero del gran marino, ante los tribunales de justicia y en demanda de la que á él le denegaba la corona, el rey concedió la gobernación de Veragua á Diego de Nicuesa, noble y galante caballero baezano avecindado en la Española, que se había criado en

la casa de don Enrique Enríquez, tío del Rey Católico. El P. Las Casas refiere que Nicuesa llegó á la isla con el comendador mayor fray Nicolás de Ovando;[1] Fernández de Oviedo dice que con el almirante, en el segundo ó tercero de sus viajes. Hombre de mucho prestigio en la colonia, fué escogido por los vecinos para ir á la corte en calidad de procurador para solicitar que se les encomendasen los indios á perpetuidad. Nicuesa aprovechó la ocasión para pedir lo de Veragua, y muy poderosas debieron de ser las influencias de que dispuso para que se le prefiriese en negocio tan disputado y de tamaña importancia. A ello contribuirían no poco su elevada alcurnia, sus dotes de cortesano, su tacto exquisito y su mucha gentileza, porque según Las Casas «era uno de los dotados de gracias y perfecciones humanas que podía haber en Castilla». Gran jinete, hábil justador, muy valeroso, maestro en la vihuela, Nicuesa, aunque pequeño de cuerpo, era muy bien parecido y hombre de un vigor extraordinario. Lícito era por tanto esperar que empresa confiada á tan buenas manos, habría de tener el más feliz resultado.

1 Fray Nicolás de Ovando, antes de tomar el hábito de Alcántara, se llamaba Diego de Nicuesa. Años después recuperó su nombre, con licencia del rey y del papa. Esta coincidencia de nombre y apellido me hace creer que el Diego de Nicuesa de que aquí se trata era su pariente y que con él debió de llegar á la Española.

Al propio tiempo que se daba á Diego de Nicuesa la gobernación de Veragua, un protegido del obispo D. Juan Rodríguez de Fonseca, obtenía otra en el continente, limítrofe de la primera, á la que se puso el nombre de Nueva Andalucía. El agraciado se llamaba Alonso de Ojeda, por muchos conceptos digno rival de Nicuesa, aventajándolo en experiencia, pues había navegado mucho y descubierto en 1499 una buena parte de la costa de Sur América en unión del famoso piloto Juan de la Cosa. El rey señaló por límites de la gobernación de Ojeda, desde la mitad del golfo de Urabá ó del Darién, hasta el cabo de la Vela, debiendo comenzar la de Nicuesa en esa misma mitad del golfo y extenderse hasta el cabo de Gracias á Dios.[1] La isla de Jamaica fué dada en común á ambos gobernadores para que les sirviese de base de operaciones.

Nicuesa, que se había enriquecido en la Española, armó á su costa cuatro navíos grandes y dos bergantines que proveyó con su largueza habitual de todo lo necesario para la expedición. Llegó á

---

1 Las Casas, Herrera y Navarrete dan como límite de la gobernación de Nicuesa el cabo de Gracias á Dios; pero D. León Fernández (*Historia de Costa Rica*, p. 528) opina que llegaba hasta el Río Grande, al poniente del cabo Camarón en Honduras. Don Manuel M. de Peralta (*Exposé des droits territoriaux de la République de Costa-Rica*, p. 5) dice que la reina Dª Juana no fijó ningún límite á esta gobernación en su cédula de 9 de junio de 1508.

Santo Domingo en 1509, habiendo capturado de paso en una de las islas Caribes más de cien indios que vendió como esclavos de acuerdo con la facultad que le había dado el rey. Tuvo en la colonia graves disputas con Ojeda acerca de la posesión del Darién, y ambos rivales estuvieron por este motivo á punto de irse á las manos. Por otra parte, el almirante D. Diego Colón, que estaba muy irritado por las concesiones de Jamaica y de Veragua, tierras que consideraba con justicia como suyas, le suscitó, por medio de su alcalde mayor Marcos de Aguilar, grandes dificultades, poniéndole cortapisas y azuzando la jauría de acreedores que se había creado Nicuesa en Santo Domingo, á causa de los enormes gastos que necesitó la expedición. Pero todo esto no fué obstáculo para que muchos acudieran á ponerse bajo su bandera, atraídos por su liberalidad y su gracia, á extremo de que le fué necesario comprar otro navío. Nombró capitán general de la armada á Lope de Olano, uno de los que se habían alzado contra Colón con Roldán, y el 20 ó 22 de noviembre de 1509 se hizo á la vela, llevando setecientos hombres y cinco caballos. Fué á tomar tierra á Cartagena, donde encontró á las gentes de Ojeda, que habían llegado allí pocos días antes y le refirieron el tremendo descalabro infligido á su jefe y á Juan de la Cosa por los indios de Calamar.

Ojeda estaba oculto, temeroso de que su rival se aprovechase de su desgracia para cobrar antiguos agravios. Pero el noble y generoso Nicuesa, deponiendo todo rencor, lo hizo llamar y le ofreció su ayuda. Juntos ambos capitanes, vengaron de manera despiadada y terrible la muerte de Juan de la Cosa y de cien españoles más, que habían perecido víctimas de las flechas envenenadas.

De Cartagena prosiguió Nicuesa su viaje costeando y seguido de cerca por los dos bergantines y á distancia por los navíos de gran porte. Llegó á la costa de Veragua y en ella comenzaron los infortunios que lo han hecho célebre en la historia de América. Asediado por una borrasca y no hallando puerto seguro en que guarecerse, se hizo mar afuera llegada la noche, creyendo que Lope de Olando lo seguiría con los bergantines que estaban bajo su mando; pero al amanecer ya no los vió.

Temiendo Nicuesa que hubiese ocurrido una desgracia al capitán general, volvió á la costa en su busca y fué á echar anclas en un gran río, momentáneamente crecido por efecto de las lluvias. Bajaron de pronto las aguas y la carabela encalló, haciéndola pedazos la corriente. Nicuesa y sus compañeros pudieron salvar la vida con indecible trabajo para quedar perdidos en una playa desierta, sin víveres, sin ropas, y sin armas. En tan

aflictiva situación el esforzado capitán no se desalienta y resuelve continuar por tierra hacia la dorada Veragua, con la esperanza de encontrar allí sus barcos. Sosteniéndose apenas con raíces y mariscos, iban arrastrándose por la orilla del mar los infelices náufragos, extenuados de fatiga y de hambre. En un bote que escapó de la catástrofe y que tripulado por cuatro marineros los seguía costeando, pasaban los ríos. Cuatro indios armados habrían sido bastantes para dar en tierra con todos; pero tuvieron la suerte de que no los atacaran, contentándose con matar un paje de un flechazo. Llegaron al fin á una punta [1] desde la cual se divisaba una gran bahía, y por ahorrar camino acordaron pasar en el bote á lo que creyeron ser el extremo opuesto. A la mañana siguiente notaron espantados que el bote había desaparecido con los marineros, espanto que se trocó en desesperación cuando adquirieron el convencimiento de que se hallaban en una isla y para colmo de males desierta.

Este fué el horrible despertar de aquellos desgraciados que tanto habían soñado con el oro de Veragua. Desnudos y á la intemperie, muertos de hambre, vagaban por las playas solitarias de la isla, en busca de un caracol con que prolongar

---

1 La punta de Chiriquí ó cabo Valiente.

un día más el martirio, y los pocos alientos que les quedaban les servían tan sólo para maldecir á los traidores: Lope de Olano y los marineros.

Al cabo de mucho tiempo, muertos ya los más, moribundos los pocos que quedaban y perdida toda esperanza de socorro, divisaron con inmensa alegría una vela en el horizonte. Era uno de los bergantines de Lope de Olano. En él se hallaban los cuatro marineros desertores, que dieron satisfactoria explicación de su fuga. Convencidos de que Nicuesa marchaba con rumbo opuesto al que habían seguido los navíos después de la tormenta, resolvieron partirse en su busca, á excusas del jefe, y efectivamente los hallaron en el río de Belén.

Como se ha visto, Diego de Nicuesa recorrió á pie, en 1510, una parte de la antigua costa atlántica de Costa Rica; es decir, desde el río Chiriquí hasta el cabo Valiente. La isla en que pasó tantas amarguras, perteneció también á nuestra patria, ya sea la del Escudo de Veragua, según se ha creído hasta hoy, ó la llamada Cayo de Agua, en la laguna de Chiriquí, como lo supone el autor de este libro. [1]

---

1 Para sostener esta opinión me fundo en las siguientes razones:

1ª En la parte de costa recorrida por Nicuesa no hay más que una bahía que merezca el calificativo de grande: la laguna de Chiriquí (bahía del Almirante).

Haremos ahora una breve reseña de los últimos infortunios del valiente Nicuesa. Pasada la tempestad que lo había separado de la carabela, Lope de Olano, sin preocuparse de lo que había sido de su jefe, regresó para buscar los navíos. Hallólos

---

2ª Para que Nicuesa pudiera ver esta bahía tuvo que llegar por fuerza hasta el cabo Valiente.

3ª Desde aquel cabo y mirando hacia la laguna de Chiriquí es materialmente imposible que nadie pueda tomar la isla del Escudo por el otro extremo de la boca de la bahía, porque en este caso dicha isla, situada como á 40 kilómetros de distancia, queda á espaldas del espectador y no es visible por la configuración de la costa.

4ª La isla en que estuvo Nicuesa se hallaba deshabitada, y consta en un documento de 1560 (Manuel M. de Peralta, *Costa Rica, Nicaragua y Panamá*, p. 174) que en la del Escudo había «dos caciques principales con mucha gente».

5ª El historiador Jerónimo Benzoni, que visitó los lugares en 1544, dice que la isla en que estuvo Nicuesa es una de las de la bahía del Almirante. *Dell' Historie del Mondo Nuovo*, lib. I, p. 45. Venetia, 1572.

En cambio la posición del cayo de Agua concuerda admirablemente con la de la isla de Nicuesa. Esta isleta está situada á unos 12 kilómetros y en frente de la punta de Chiriquí. Cualquiera que la mire desde ese lugar, puede tomarla con mucha facilidad por el extremo opuesto de la boca de la bahía, porque las demás islas quedan ocultas tras ella. Su cercanía al cabo Valiente explica muy bien la resolución que tomó Nicuesa de pasar en el bote, que tuvo que ir y venir varias veces para el transporte de toda la gente. El P. Las Casas (t. III, p. 332 y 333) dice: «Llegaron un día de su peregrinación á la punta de una ensenada ó abra grande, que hacía la mar, y por ahorrar camino acordaron pasar en la barca su poco á poco á la otra punta». Oviedo escribe (libro XXVIII, capítulo II) «...con que les dió algún aliento y esfuerzo para pasar en la barca en tres ó quatro viajes á una isleta pequeña». Ahora bien, esta maniobra habría sido imposible tratándose de la isla del Escudo, que se halla, como se ha dicho, á 40 kilómetros del cabo Valiente. A mi juicio el error nació de la confusión que se hizo en aquel tiempo de la isla del Escudo descubierta por el almirante (véase p. 17) con esta otra en que estuvo Nicuesa.

anclados en el río Chagres, en muy malas condiciones, y creyendo que Nicuesa era muerto, ó tal vez fingiendo que lo creía, asumió el mando de la expedición. Hizo que la armada se trasladase al río de Belén, donde fué necesario desbaratar los barcos mayores, y en aquel sitio, teatro del fracaso de la colonia del almirante, fundó un pueblo y en él lo encontraron los cuatro marineros del bote que iban á pedir socorro.

Llegó Nicuesa á Belén en el bergantín y su primer impulso fué castigar á Olano con el rigor que merecía; pero al fin pudo más en él su natural bondadoso y le perdonó la vida, condenándolo á ser remitido á España para que allí lo juzgasen. De los setecientos hombres que con él se habían embarcado en Santo Domingo, sólo quedaban ya trescientos, extenuados por el hambre, las enfermedades y la fatiga. La nueva colonia de Belén no tuvo mejor suerte que la de Cristóbal Colón, y la falta de comida y las continuas hostilidades de los indios obligaron por fin á Nicuesa á buscar tierra más hospitalaria. Embarcóse en los dos bergantines y una carabela construida durante su ausencia por Lope de Olano, y dejando una parte de su gente en Belén, á las órdenes de Alonso Núñez, se trasladó á Portobelo por consejo de un marinero genovés que había estado allí con el almirante en su último viaje; pero los indios no

lo dejaron desembarcar. Se fué entonces hasta el puerto llamado de Bastimentos por Colón y por él Nombre de Dios, donde construyó un fuerte para resistir los repetidos ataques de los naturales, empeñados en defender su libertad.

El hambre, que ya se había hecho compañera inseparable de Nicuesa, hizo aquí nuevos y terribles estragos. Los indios devastaron toda la comarca y la brillante expedición se quedó reducida á sesenta hombres, verdaderos cadáveres ambulantes. Así las cosas, llega á Nombre de Dios un navío con Rodrigo de Colmenares, á quien había dejado Nicuesa en Santo Domingo para que viniese tras él con víveres. Colmenares aportó á la colonia de Santa María del Antigua del Darién, fundada por las gentes de Ojeda en territorio de la gobernación de Nicuesa, y allí supo la ausencia de aquel caudillo que se había embarcado para la Española en busca de socorro, dando de plazo á los suyos cincuenta días para que lo aguardasen, después de los cuales quedarían en libertad de abandonar la tierra. Contáronle también que la colonia se hallaba muy dividida por las rivalidades del bachiller Martín Fernández de Enciso y de Vasco Núñez de Balboa, que se disputaban el mando, y entonces propuso á los vecinos que llamasen á Nicuesa para restablecer la paz. Aceptada esta solución, salió Colmenares en busca de

su jefe. Nicuesa se entusiasma á tal punto con este cambio favorable de la suerte, que olvida su ordinaria prudencia y llega hasta decir que á los que habían sacado oro de aquellas tierras de su gobernación se los haría devolver. ¡Quitarles el oro! ¡Antes se hubiesen dejado arrancar las entrañas!

Sabidas estas amenazas por los vecinos del Darién, se niegan á recibir al gobernador de su elección por consejo del ambicioso Vasco Núñez de Balboa, y hasta intentan matarlo. El desventurado Nicuesa suplica arrepentido que no lo rechacen, y algunos se conduelen, interviniendo en su favor el mismo Vasco Núñez; pero todo es en vano: el oro corre peligro. Nicuesa tuvo que salir para la Española en un navío inservible, el 1º de marzo de 1511, con un puñado de fieles amigos; y el mar guarda aún el secreto de su trágico fin, pues nunca se supo más de este noble caballero, digno de mejor suerte.

# CAPITULO III

**La gobernación de Castilla del Oro. El famoso Pedrarias. Descubrimiento de la costa occidental de Costa Rica y de los golfos Dulce y de Nicoya.**

---

Refieren las historias las proezas de Alonso de Ojeda que rayan en lo fabuloso, pero que no fueron bastantes á vencer la mala ventura ligada á sus pasos. Sus compañeros lo aguardaron en vano, y mientras él peregrinaba por Cuba y Jamaica, establecieron, como se ha dicho, una colonia en el istmo de Panamá, guiados por Vasco Núñez de Balboa, que acabó por alzarse con el mando de Santa María del Antigua del Darién. Su rival Martín Fernández de Enciso se fué á la corte y presentó un arsenal de quejas contra él, que fueron atendidas por don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos, á la sazón omnipotente en los asuntos de Indias y enemigo declarado de todos los audaces que no aguarda-

ban á recibir mercedes de sus manos para lanzarse en arriesgadas aventuras, y fueron sin embargo los obreros de más provecho en la edificación del poderío español en América.

Los descalabros de Nicuesa y de Ojeda, y más aún las noticias de las grandes riquezas de Tierra Firme, donde era fama que se pescaba el oro con redes, decidieron á la corona á enviar á sus expensas una poderosa expedición para sojuzgar las nuevas tierras descubiertas. A la vez que se hacían los preparativos necesarios, el infatigable Vasco Núñez se cubría de gloria descubriendo el océano Pacífico, el 25 de septiembre de 1513; y es lícito suponer que si esta nueva estupenda hubiese llegado antes á España, las cosas habrían tomado distinto giro; pero estaba escrito que Vasco Núñez también sería desgraciado.

Para el buen éxito de la expedición proyectada, fué resuelto confiarla á un hombre de prestigio. Entre los diversos candidatos que se disputaban el honor de mandarla, escogió el Rey Católico, por empeños del obispo de Burgos, á un hidalgo de Segovia, hermano del primer conde de Puñonrostro, que desde niño estaba al servicio de la casa real. Llamábase Pero Arias de Avila. Hombre de sesenta años, pero de gran energía y experiencia, había guerreado en Africa contra los moros y asistido al sitio y rendición de Granada

con el grado de coronel. Gran cortesano, muy fastuoso en el vestir[1], brillante en los torneos, dábanle por estas circunstancias los nombres del galán y el justador. Su matrimonio con doña Isabel de Bobadilla, sobrina de la condesa de Moya, grande amiga de Isabel la Católica, ponía á su disposición valiosas influencias en la corte.

El rey, que gastó en alistar la empresa una suma para aquellos tiempos muy considerable, meditaba al propio tiempo el envío de un ejército á Nápoles contra los franceses, al mando del Gran Capitán, y con este motivo muchos jóvenes de la flor de la nobleza española se habían alistado bajo su prestigiada bandera; pero como D. Fernando mudó á última hora de parecer, se acogieron á la de Pedrarias, que los recibió de preferencia, aunque no todos hallaron cabida en la flota, quedándose además como diez mil voluntarios en Sevilla, que se habían reunido en aquella ciudad para venir al nuevo mundo.

Pedrarias fué nombrado el 27 de julio de 1513 gobernador y capitán general de Castilla del Oro, que hasta entonces se había llamado Tierra Firme. Este nuevo nombre era simbólico y traducía las gran-

---

1 El pueblo de Costa Rica designa todavía con la frase de *á la pedrada*, cierta manera airosa de llevar el sombrero. Antiguamente debió de decirse *á la Pedrarias*.

des esperanzas que se fundaban en las hiperbólicas riquezas del Darién. De la gobernación de Castilla del Oro, que debía comenzar al este del puerto del Retrete y extenderse en la misma dirección, se excluyó á Veragua que seguía en litigio con el almirante D. Diego Colón. Salió Pedrarias de Sanlúcar el 12 de abril de 1514, llevando quince navíos, mil quinientos hombres, todos hidalgos de buena cepa, y un obispo nombrado para Tierra Firme. Tuvo algunos contratiempos en la mar; tocó en la Gomera y después en Santa Marta, donde echó alguna gente á tierra para saquear los pueblos de los indios; pero éstos se defendieron bravamente, haciendo mucho daño con sus flechas envenenadas. Fué de allí á la isla Fuerte y llegó al Darién el 30 de junio. En el acto mandó aviso de su arribo á Vasco Núñez de Balboa, que estaba en la colonia de Santa María y de seguro no aguardaba visita tan importuna; pero supo disimular su despecho y recibió muy bien á su sucesor, á pesar de que con los 450 hombres aguerridos y aclimatados que tenía, hubiera podido resistirle con ventaja.

La primera disposición de Pedrarias fué mandar al licenciado Espinosa, su alcalde mayor, que residenciase á Vasco Núñez, á quien condenó á pagar algunos miles de pesos por los agravios inferidos á Martín Fernández de Enciso y á otros.

Núñez de Balboa, que tenía dinero, pagó, dándose por bien librado. En seguida comenzaron á salir expediciones por todas partes, que robaban y asesinaban á los indios sin piedad. La conquista se hacía á fuego y sangre por los tenientes de Pedrarias, que merece plenamente el apodo de *Furor Dómini* que le da el P. Las Casas. Sin embargo, los infelices indios no se dejaban degollar sin resistencia. Las derrotas de Gonzalo de Badajoz en Paris, del capitán Vallejo en el río de las Redes, y de Alonso Becerra, que fué muerto en Cariguana con sus 180 hombres, demuestran el valor con que defendían su libertad; pero más que el esfuerzo de los indios, el hambre se encargó de castigar la crueldad y la codicia de los españoles. Los víveres traídos de España pronto se agotaron y el país destruído no suministraba ya ningunos. Por las calles del Darién se vieron vagar nobles caballeros, vestidos de seda y de brocado, implorando la caridad de un pedazo de pan; y como no había quien se los diera, morían miserablemente.

De pronto llegó una nueva que metió mucho ruido en la colonia. Los emisarios enviados por Vasco Núñez á España para que diesen cuenta de su grandioso descubrimiento del Pacífico, llegaron á la corte con un presente de perlas para el rey y ponderaciones maravillosas acerca de las riquezas de los países nuevamente descubiertos.

Vasco Núñez dejó entonces de ser tirano y usurpador para convertirse en un héroe digno de recompensa, y el rey lo gratificó con el título de adelantado de Coyba y Panamá. A Pedrarias le supo muy mal este encumbramiento de Balboa, á quien por celos aborrecía; pero el obispo fray Juan de Quevedo intervino entonces para reconciliarlos, ayudado en esto por Dª Isabel de Bobadilla, cuya amistad había sabido granjearse Vasco Núñez. Pedrarias entró ó hizo como que entraba en las miras del obispo y de su mujer, consintiendo en hacer las paces con su rival, paces que fueron selladas con una alianza de familia. Se convino en que el descubridor del Pacífico recibiría la mano de Dª María de Peñalosa, una de las dos hijas del gobernador que habían quedado en España. El obispo hizo el desposorio, y Vasco Núñez, convertido en yerno de Pedrarias, se fué á las islas de las Perlas á fabricar unos barcos para ir á descubrir en el mar del Sur.

Entretanto, el emperador Carlos V había llegado á España, y atendiendo al fin á las numerosas quejas presentadas contra Pedrarias por el historiador Fernández de Oviedo y algunos otros, acordó reemplazarlo con un caballero cordobés llamado Lope de Sosa. El rumor del próximo cambio llegó al Darién, y sabido por Vasco Núñez, parece que dijo éste á sus íntimos que se

fuesen cuanto antes á descubrir, porque tal vez ya no lo podrían hacer más tarde. Lleváronle el chisme desfigurado á Pedrarias, dándole á entender que Balboa pretendía sublevarse; ó más bien quiso el gobernador aprovecharse de la oportunidad para satisfacer el encono que dormitaba en su alma perversa contra su yerno, al cual escribió una carta haciéndole cargos y llamándolo á su presencia.

Vasco Núñez, que tenía en aquel momento cuatro navíos preparados y 300 hombres bajo su mando, pudo muy bien levantar anclas y sustraerse así á las iras de Pedrarias. Pero como era inocente, obedeció la orden del que lo llamaba hijo, creyendo disipar con la verdad de sus palabras las calumnias dirigidas contra él. Menos confianza tuvo ya al verse prisionero de su amigo Francisco Pizarro, futuro conquistador del Perú. El sanguinario Pedrarias lo hizo juzgar por su favorito Espinosa, quien exhumó contra él multitud de culpas olvidadas ya, entre ellas la muerte de Diego de Nicuesa; y por último lo condenó á ser decapitado á pesar de sus reiteradas protestas de inocencia. El fallo injusto y cruel se cumplió en Acla, donde fueron degollados como carneros Vasco Núñez y cuatro de los suyos; y mientras se perpetraba el crimen, Pedrarias, oculto en una choza, á doce pasos del lugar de la eje-

cución, miraba por entre las cañas que servían de paredes, aquel espectáculo que llenaba de felicidad su corazón de fiera.

Los tenientes de Pedrarias habían explorado desde 1516 y 1517 las vertientes del Pacífico hacia el oeste, y Bartolomé Hurtado, enviado por Espinosa, llegó en dos canoas hasta sesenta leguas adelante de Natá, descubriendo así parte de nuestra costa occidental. La expedición fué fructuosa y provocó el deseo de ir más allá; sin embargo, para esto hacían falta navíos y esta necesidad fué tal vez una de las causas del asesinato de Vasco Núñez. Muerto el descubridor de la mar del Sur, el inconveniente desapareció y Pedrarias dispuso que el licenciado Gaspar de Espinosa continuase sus exploraciones, sirviéndose del barco *San Cristóbal* y de la fusta *Santa María de Buena Esperanza*, construídos por el desventurado Balboa.

Fundada Panamá el 15 de agosto de 1519, salió poco después Espinosa con 115 hombres en los dos navíos mencionados y dos canoas grandes, llevando por piloto mayor á Juan de Castañeda, marino de gran reputación. Por causa de mal tiempo tuvo que arribar á Burica, y como las embarcaciones estaban muy cargadas de españoles é indios, determinó quedarse allí con parte de la gente, en tanto que Juan de Castañeda y

Hernán Ponce de León continuaban el descubrimiento por mar con cuarenta hombres.

De Burica pasaron los navíos al golfo de Osa, hoy golfo Dulce, y á la comarca de los Cuchiras, pero Hernán Ponce no se atrevió á desembarcar por la fiera actitud de estos indios. Siguiendo adelante, fueron á parar los descubridores á un golfito al cual llamaron San Vicente, [1] situado dentro de otro muy grande y lleno de islas. Los naturales no mostraron aquí mejor disposición y numerosos guerreros, montados en canoas, rodearon los barcos en actitud belicosa, en tanto que en la playa aparecían muchos más tocando trompetas y haciendo gestos de amenaza. Con el disparo de dos cañonazos se pusieron todos en fuga. Sin embargo, Castañeda y Ponce de León resolvieron regresar, después de haber apresado tres ó cuatro indios, yendo á reunirse con Espinosa, que fundó la villa de Natá durante esta exploración.

Así fué descubierto en 1519 el golfo de Nicoya por Juan Castañeda y Hernán Ponce de León, tenientes de Pedrarias Dávila.

---

1 Antiguo puerto de Caldera. León Fernández, *Documentos para la historia de Costa Rica*, tomo 1, p. 95.

## CAPITULO IV

**Expedición de Gil González Dávila á las costas del Pacífico y á la península de Nicoya.**

---

El descubrimiento del océano Pacífico ó mar del Sur había hecho converger las miradas de los aventureros españoles hacia este nuevo campo abierto á su audacia y á sus impacientes ambiciones. Muchos en el Darién, al ver preso á Vasco Núñez de Balboa, tuvieron por seguro que no saldría vivo de las garras de Pedrarias y se prepararon á recoger su herencia. Con este fin pasó á España desde Tierra Firme Andrés Niño, piloto de mucha fama, con dineros propios y ajenos, á solicitar una licencia para ir á descubrir en el Pacífico; pero si bien la corona estaba deseosa de acrecentar sus ricos dominios de ultramar y acogía con beneplácito á los que arriesgando vida y haberes se lanzaban en descubrimientos y conquistas, como los solicitantes eran

muchos, por fuerza los elegidos habían de ser pocos, pesando en esto, como en todo lo humano, el favor y la privanza.

Andrés Niño comprendió que por sí solo no alcanzaría nada y que le era preciso interesar en sus proyectos á una persona de influencia y valimiento. Hallábase á la sazón en la corte un caballero de Avila, llamado Gil González, contador de la isla Española, muy de la casa del obispo de Burgos y protegido suyo. Con él se entendió el piloto y por su medio obtuvo fácilmente lo que deseaba, firmando el 18 de junio de 1519 un contrato con el rey para ir á descubrir hasta mil leguas por las costas del Pacífico, hacia el poniente. Gil González de Avila fué nombrado capitán general de la armada y puso en el negocio 358,941 maravedís, Andrés Niño 1.058,078, Cristóbal de Haro 551.814, contribuyendo la corona por su parte con 1.800,000.

En la mañana del 13 de septiembre del mismo año salió de Sanlúcar la expedición, compuesta de tres navíos muy bien aprovisionados, con 150 hombres á su bordo, entre los cuales había carpinteros, aserradores y calafates por si era necesario construir barcos en el mar del Sur, y todo el hierro, jarcia y estopa para este objeto. En la Española se detuvo Gil González algún tiempo, para comprar las cosas que aun le hacían falta,

entre otras treintaicinco yeguas, dos carretas y una yunta de bueyes para el transporte del cargamento al través del istmo. A principios de enero se hizo á la vela y llegó doce días después al puerto de Acla, fundado por Pedrarias. Durante el viaje, por causa de una borrasca, tuvo que echar al agua quince de las yeguas que compró en la Española.

Gil González, sin cuidarse de Pedrarias, emprendió en el acto la descarga de sus naves, creyendo que ya estaría el gobierno en manos de Lope de Sosa; y bien se comprende cual sería su apuro al saber que de éste no se tenían noticias. Para enmendar el yerro, se apresuró á escribir al Darién, excusándose con Pedrarias de no haber ido directamente allí, por serle mucho más fácil el transporte de la carga desde el puerto de Acla, que era el paso más estrecho que en aquella época se conocía entre ambos mares. El gobernador le contestó con mucho desabrimiento, manifestándole la extrañeza que le causaba el que se hubiera atrevido á desembarcar con tanta gente sin pedirle antes su venia. Alarmado Gil González por el mal cariz que tomaba el asunto, acordó que saliese inmediatamente Andrés Niño para el Darién con las cédulas en que el rey ordenaba á Pedrarias que le prestase ayuda y le diera los navíos construídos por Vasco Núñez de Balboa. Pero el terrible gobernador no era hombre para amedren-

tarse por tan poca cosa y replicó que los barcos no habían sido de Vasco Núñez sino de trescientos españoles que le ayudaron á construirlos, y que por consiguiente no podía entregarlos. De nuevo insistió Andrés Niño, alegando daños y perjuicios, mas no fué mejor el resultado y tuvo que volverse al puerto de Acla muy mohino. Para colmo de males llega Lope de Sosa y muere á bordo de su navío en el Darién.

Este golpe aciago de la suerte acabó de atribular á Gil González, que tuvo que resolverse á dar un paso cruelmente penoso para su orgullo. Fué en persona á ver á Pedrarias y le pidió los navíos, en virtud de órdenes terminantes del rey; pero esta humillación fué inútil, porque el gobernador hizo de él tanto caso como de Andrés Niño. En tales circunstancias, teniendo que luchar con un hombre como Pedrarias, cualquiera otro se hubiera declarado vencido; pero la energía de Gil González era indomable y tomó una resolución que muchos calificaron de locura: la de construir barcos en el Pacífico; «obra—dice el P. Las Casas—que el rey acometerla con mucho mayor número de gente y facultad y aparejo no osara». Sin embargo, no faltaron quienes la creyeran posible, entre éstos el tesorero Alonso de la Puente y el contador Diego Márquez, que dieron á Gil González recursos pecuniarios.

El lugar escogido para la construcción fué el río de las Balsas, que desemboca en el golfo de San Miguel. Allí se cortó y aserró la madera con indecible trabajo, y fué preciso abrir un camino de catorce leguas de largo, por entre bosques y sierras, desde Acla hasta el astillero. Hecho esto, se dió principio al transporte de la carga con las quince bestias moribundas que pudieron resistir la travesía. Las dificultades que tuvo que vencer Gil González para llevar á cabo esta empresa, son verdaderamente épicas. El trayecto quedó sembrado de cadáveres de hombres y animales; el clima, el hambre, la aspereza terrible de la tierra, fueron obstáculos que sólo pudo salvar la constancia admirable y la energía de bronce del capitán, que al propio tiempo tenía que luchar con la abierta hostilidad de Pedrarias, que por todos los medios procuraba impedirle la realización de sus proyectos. Convencido Gil González de que era necesario quitarlo del camino, buscó la manera de seducirlo, y con este objeto le compró un negro volteador en trescientos pesos, precio que se consideró exorbitante. La avaricia no era el menor de los defectos de Pedrarias; este buen negocio sirvió para que amainase un tanto la persecución, y hasta convino en facilitar algunos indios de servicio para que ayudasen á pasar el cargamento.

Llegó por fin el día en que se terminaron cuatro barcos en el río de las Balsas. De los 150 hombres que de España vinieron en la armada, muchos habían perecido ya, víctimas de la insalubridad del clima y del inaudito trabajo. Cuando las naves bogaron hacia la mar, los que sobrevivieron casi no daban crédito á la maravilla realizada por sus manos, y se forjaban la ilusión de que era llegado el término de sus fatigas. No obstante, el destino cruel les reservaba aún muchos días de prueba. Al llegar los navíos á las islas de las Perlas, se perdieron por su mala construcción. ¡Cuán profundo debió de ser ante desgracia tan grande el dolor de aquellos valientes luchadores! ¡De nada habían servido las existencias sacrificadas; de nada los trabajos casi sobrehumanos; de nada la constancia y energía! En este trance tan duro es cuando más se debe admirar la grandeza del alma de Gil González. Sin desalentarse por un momento, vuelve á la carga con renovados bríos. Acomete por segunda vez la magna empresa y logra reconstruir cuatro barcos en las islas, con los cuales se hace á la vela el 21 de enero de 1522, después de dos años de batallar sin descanso. Antes de partir se fué á Panamá á solicitar de Pedrarias que le diese alguna gente, porque era muy poca la que tenía. El gobernador le salió con evasivas y nada pudo obtener.

Gil González navegó sin tropiezo cien leguas al occidente; pero la adversidad iba siempre con él. Notan de pronto los marinos que todas las vasijas del agua están inútiles y los navíos carcomidos por la broma. En estas condiciones no quedaba más recurso que poner el rumbo á tierra y así se hizo, llegando la armada á la costa de Chiriquí. Se sacó la carga para poder reparar los barcos, y el que estaba en mejor estado se fué á Panamá á traer la brea que hacía falta mientras se fabricaban las nuevas vasijas; pero como las provisiones iban escaseando, determinó Gil González que se quedase Andrés Niño en aquel sitio en espera de la brea, debiendo seguir él mismo por tierra con parte de la gente. Fué resuelto, además, que una vez que estuviesen listos los navíos, continuarían navegando al oeste por la costa, para ir á esperarlo en el mejor puerto que hallasen.

El capitán general emprendió la jornada con cien hombres, internándose á veces hasta más de diez leguas de la costa. A su paso bautizó muchos indios é hizo abundante cosecha de oro. En la relación de su tesorero Andrés de Cereceda puede verse el itinerario de esta marcha extraordinaria [1]. Estuvo en Burica y golfo Dulce y pa-

---

1 León Fernández, *Historia de Costa Rica*, págs. 32 á 37.

só por las tierras de los caciques Boto, Coto, [1] Guaicara y Durucaca; [2] pero á causa de haber atravesado muchos ríos sudoroso, le sobrevino un reumatismo muy agudo que lo imposibilitó para seguir andando. Gil González hizo que lo pusiesen en una hamaca y continuó su viaje, hasta que por motivo de las fuertes lluvias y de la intensidad de los dolores, tuvo que detenerse en casa de un cacique principal, que vivía en una isla formada por dos brazos del Río Grande de Térraba.

La casa de este cacique era muy espaciosa y alta en forma de tienda de campaña y estaba edificada sobre postes. El techo era de hojas de bijagua. En el centro se construyó una cámara para el capitán enfermo. Los soldados se acomodaron en las casas del pueblo. Allí estuvieron quince días, al cabo de los cuales, siempre por las grandes lluvias, se salió el río de madre anegando toda la llanura. La inundación fué tal que dentro de la casa del cacique llegaba el agua hasta á los pechos de los hombres. Por temor de ahogarse, los soldados pidieron licencia á Gil González para guarecerse en los árboles y el capitán, que no podía moverse, se quedó con unos pocos fieles en su cámara. Creció más la inundación, y una no-

1 Hacia la sierra, al norte de punta Burica. Ibídem.

2 Durucaca ó Turucaca, en los llanos de Térraba y Boruca. Ibídem.

che, á eso de las doce, se vino de pronto la casa del cacique al suelo, derribando la cámara interior. Habrían perecido todos los que ella estaban, á no ser que por gran suerte permaneció encendida una lámpara colocada delante de una imagen de la Virgen, lo que les permitió guiarse para romper con una hacha la techumbre y salir de aquella ruina. Gil González quedó montado con sus muletas sobre los restos de la cámara. De allí lo sacaron sus compañeros en hombros y con el auxilio de los que estaban en los árboles, que llegaron á los gritos, lo pusieron en una hamaca que se colgó entre dos árboles. En esta posición estuvo dos días bajo una lluvia torrencial.

Pasada la inundación, mandó construir el capitán unos ranchos en los árboles, por temor de que se repitiese, y fué buena precaución, porque por dos veces hubo que refugiarse en ellos. En este desastre se perdieron las provisiones, muchas ropas y armas, y fué preciso hacer más tarde adargas de algodón bastado para reponer las rodelas. Por estos motivos acordó Gil González volverse á la costa, pero no pudiendo verificarlo por tierra, por el pésimo estado en que se hallaba el suelo después de la inundación, hizo construir balsas y en ellas se embarcó con su gente y los indios de servicio, que serían por todo unas quinientas personas. Algunas de estas balsas llega-

ron á la mar de noche y fueron arrastradas por la corriente hasta dos leguas de la costa. Logró salvarlas el capitán enviando buenos nadadores en otras balsas pequeñas, que les dieron auxilio y sacaron á tierra cuando ya sus tripulantes se daban por muertos.

Continuando su marcha, siempre al oeste, pasó por los pueblos de los caciques Carobareque, [1] Cochira, [2] Cob, [3] Huetare [4] y Chorotega que vivía en las márgenes del golfo de San Vicente ó bahía de Caldera, donde encontró los barcos de Andrés Niño que acababan de fondear. A causa del malísimo estado de su salud, resolvió seguir por agua y dar el mando de la expedición que venía por tierra á un teniente. Pero como al saberlo, los soldados manifestaran tristeza y disgusto, mudó de parecer quedándose con ellos. Andrés Niño se fué á descubrir con dos navíos; los otros dos se quedaron en San Vicente con los 40,000 castellanos que ya tenía reunidos Gil González, quien con los mismos hombres y cuatro caballos que sacó de la armada continuó por tierra, visi-

---

1 Cerca del río Barú probablemente. IBÍDEM.

2 Hacia el río Naranjo, donde estuvo el pueblo de Quepo. IBÍDEM.

3 Hacia el río Tusubres. IBÍDEM.

4 Los indios huetares ocupaban las sierras de Turrubales. IBÍDEM.

tando la provincia de Orotina, [1] desde la cual anduvo doce leguas alrededor del golfo por los pueblos de Avancari [2] y Cotorí. [3] De aquí regresó á Orotina y continuó á Chome, [4] Pocosí [5] y Cangén, [6] y por último llegó á Nicoya, cuyo cacique le regaló catorce mil castellanos de oro, bautizándose él, sus mujeres y más de seis mil de sus súbditos.

En este lugar permaneció Gil González diez días, muy festejado por el cacique, que á la hora de la despedida le regaló seis ídolos de oro de un palmo y más de altura, diciéndole que se los llevase, puesto que ya él no creía en ellos, y le pidió además que le dejase alguno de los suyos para que lo instruyese en las cosas de la religión católica; pero el capitán no se atrevió á hacerlo.

De Nicoya fué á Sabandí, [7] después á Corobicí [8] y reconoció á seis leguas de este pueblo los lava-

---

1 Orotina ocupaba la costa entre los ríos Aranjuez y Chomes (Guasimal). IBÍDEM.

2 Avancari es el Abangares de hoy.

3 Cotorí es algún lugar entre los ríos Abangares y Chomes (Guasimal). IBÍDEM.

4 Los indios Chomes ocupaban los orígenes del río Chomes. IBÍDEM.

5 Probablemente al norte de Pan de Azúcar, en la península de Nicoya. IBÍDEM.

6 Cerca de Lepanto. IBÍDEM.

7 Sabandí, Sapancí, Cipancí, es el nombre indígena del río Tempisque. IBÍDEM. Este pueblo estaba situado á tres leguas de la boca del río, aguas arriba.

8 Pueblo situado en un afluente del río de las Piedras, que aun conserva este nombre.

deros de oro de Chira, [1] de los cuales se sacaron con una batea, en tres horas, 10 pesos y 4 tomines de oro bajo. Volvió á Corobicí y luego se fué á Diriá; [2] después á Namiapí [3] y de este pueblo pasó á Orosí, [4] de aquí á Papagayo, [5] donde tuvo noticias de un cacique muy poderoso, llamado Nicaragua, que vivía en la faja de territorio comprendida entre el mar y el lago de Granada, hoy departamento de Rivas.

Gil González resolvió ir allá. Muchos indios principales que lo acompañaban trataron de disuadirlo de acometer esta empresa que juzgaban muy peligrosa y aun algunos de los suyos hicieron lo mismo; pero el esforzado capitán no quiso oír estos consejos de la prudencia. «Yo iba determinado de no volver atrás—escribe al rey—hasta hallar quien me estorbase por fuerza de armas de ir adelante». [6] Un día antes de llegar al pueblo despachó en calidad de mensajeros seis indios principales de los que consigo llevaba y algunos intérpretes para que anunciasen á Nicaragua lo mismo que

---

1 No debe confundirse este lugar con la isla del mismo nombre.

2 El cacique Diriá ocupaba probablemente el terreno entre Belén y Bolsón, siendo de notar que el afluente del Tempisque, que pasa por allí, conserva aún el nombre de Diriá. Ibídem.

3 Probablemente en la costa de la bahía de Culebra. Ibídem.

4 Al norte de la bahía de Culebra; conserva el nombre un volcán.

5 En la costa comprendida entre la bahía de Salinas y San Juan del Sur.

6 Manuel M. de Peralta, *Costa Rica, Nicaragua y Panamá*, p. 10.

solía decir á los demás caciques: [1] que él, Gil González Dávila, «era un capitán que el gran rey de los cristianos enviaba por aquellas partes á decir á todos los caciques ó señores dellas que supiesen que en el cielo, más arriba del sol, hay un señor que hizo todas las cosas y los hombres, y que los que esto creen y lo tienen por señor y son cristianos, que cuando mueren se van arriba donde él está, y los que no son cristianos van á un fuego que está debajo de la tierra». [2] Mandóle á decir también que á todos los caciques que dejaba atrás les había hecho saber lo mismo y que ya todos lo creían así, eran cristianos y vasallos del gran rey de Castilla; que se proponía hacer otro tanto con todos los señores que habitaban hacia el poniente; que no tuviese miedo y se quedara en su pueblo con sus súbditos, donde le iría á decir otras cosas muy grandes acerca de su Dios; pero que si no estaba dispuesto á escucharlas ni á ser vasallo de su rey, que se saliese al campo de guerra.

En la tarde del día en que partieron los emisarios ocurrió un accidente desgraciado: se incendió la pólvora que estaban probando los espingarderos, sufriendo serias quemaduras tres de ellos,

---

1 Gil González llevó consigo en esta expedición, para que le sirviesen de intérpretes, los indios apresados en 1519 en el golfo de Nicoya por Juan de Castañeda y Hernán Ponce de León. V. p. 41.

2 M. M. DE PERALTA. *obra citada*, p 10.

por lo que hubo que dejarlos en el lugar al cuidado de un solo hombre. Este contratiempo tan grave, en vísperas de la batalla que se temía, acabó de desalentar á los soldados, que ya estaban con gran cuidado por los relatos de los indios acerca del mucho poderío de Nicaragua; pero el capitán los arengó y pudo devolverles con la energía de su palabra el ánimo perdido.

A una legua del famoso pueblo, González Dávila halló á cuatro principales que le dijeron que su señor lo esperaba de paz, y con tan buena nueva continuó su marcha, siendo muy bien recibido por Nicaragua, que le hizo un regalo de 15,000 castellanos de oro. El capitán dióle á su vez un vestido de seda, una gorra de grana y bujerías de Castilla.

El pueblo de Nicaragua estaba asentado á las márgenes del gran lago, que los indígenas llamaban Cozabolca. Los españoles contemplaron con admiración aquella mar de agua dulce. Los indios dijeron que no se comunicaba con la otra salada; pero los pilotos afirmaron á su capitán que debía de salir al Atlántico, y en esto no se equivocaban. Gil González tomó posesión de la mar Dulce, á nombre del rey de España, entrando á caballo en sus aguas, espada en mano.

Dos días después de su llegada al pueblo de Nicaragua, se bautizó este cacique con todas sus mujeres y súbditos que pasaron de 9,000 almas.

Al cabo de una semana se trasladó Gil González á la provincia de Nochari, situada seis leguas adelante, donde halló seis pueblos de 2,000 vecinos cada uno, cuyos señores le dieron 33,434 castellanos de oro, esclavos y provisiones. El capellán de la expedición don Diego de Agüero los bautizó asimismo á todos.

Muchos caciques vecinos vinieron á visitar al capitán, entre ellos uno llamado Diriagen, que hizo una entrada sensacional á la cabeza de 500 indios, cada uno de los cuales traía una pava ó dos en las manos; detrás de éstos marchaban diez hombres con pendones; seguíanlos diecisiete mujeres, cubiertas de patenas de oro de pies á cabeza; luego venía el cacique con sus principales, acompañado de cinco trompeteros. Traían, además, doscientas hachas de oro bajo, que en unión de las patenas pesaron 18,000 castellanos. Detuviéronse ante la casa donde se hospedaba Gil González, y después de tocar un rato las trompetas, entraron Diriagen y los demás señores con las mujeres y el oro. Hízoles preguntar el capitán á qué venían, y respondieron que querían ver aquellas extrañas gentes con barbas, que andaban montadas sobre unas alimañas. Por medio de los intérpretes se les dijo lo acostumbrado acerca de Dios y del rey de Castilla; pero cuando les preguntaron si querían bautizarse dijeron que volverían dentro de tres días.

Este Diriagen, que era astuto, sólo había querido cerciorarse del número de los extranjeros, y al ver que eran tan pocos resolvió exterminarlos. Así fué que el sábado 17 de abril, día señalado por él para venir á bautizarse, cayó de improviso sobre los españoles, á la cabeza de tres ó cuatro mil guerreros, y de seguro los habría muerto á todos si un indio del pueblo no les hubiese dado el alarma cuando ya sólo estaban á un tiro de ballesta. Gil González montó de prisa en uno de los caballos que quedaban, porque el mejor se lo había llevado el capellán, y ordenó su gente en la plaza, trabándose rudo combate en que la victoria estuvo por mucho rato indecisa; pero al fin cedieron los indios y abandonaron el pueblo, perseguidos por los españoles. En su ardor el capitán se adelantó demasiado y estuvo á punto de ser víctima de su arrojo.

A pesar de la victoria obtenida, los soldados, que habían avanzado hasta allí contra su voluntad, comenzaron á murmurar contra la osadía de su capitán y manifestaron que no querían seguir adelante en tan corto número, pues no eran más que sesenta hombres válidos. Gil González tuvo que ceder y ordenó la retirada. Nicaragua quiso aprovecharse de la oportunidad para atacar á su vez á los españoles y quitarles el oro. La expedición pasó por su pueblo á las once del día en muy

buen orden; pero cuando estuvo fuera, se acercaron muchos indios á decir á los que llevaban las cargas que las soltaran y huyesen. Al principio el capitán, por no romper las hostilidades, llevó la cosa con paciencia; mas luego tuvo que mandar á los ballesteros que tirasen y algunos indios fueron heridos. Inmediatamente comenzaron á salir multitud de guerreros del pueblo, con aturdidora gritería. Gil González ordenó entonces á Andrés de Cereceda que se adelantara á toda prisa con las cargas, mientras él formaba la retaguardia con los otros tres jinetes, diez ballesteros y cuatro peones armados de espingardas. El combate duró hasta la puesta del sol, batiéndose siempre los españoles en retirada; sin embargo, los indios pidieron la paz al ver la ineficacia de sus ataques, y el capitán convino en otorgarla. Nicaragua trató de justificarse echando la culpa de la agresión á un cacique llamado Coatega.

En este largo combate no perdió Gil González un solo hombre, y el único herido fué su caballo. Muchos de los indios de servicio se fugaron, perdiéndose gran cantidad de ropas, pero el oro se salvó todo. Recogióse la expedición á un cerro, y á media noche, aprovechando la luna, continuó la retirada. Anduvo Gil González día y noche, casi sin descanso, hasta llegar al golfo de San Vicente donde lo estaba esperando Andrés Niño,

que había fondeado allí una semana antes, de regreso de su viaje de exploración, en el cual descubrió la bahía de Fonseca en Honduras y el golfo de Tehuantepec, término de su viaje.

Por hallarse en mal estado el mayor de los navíos, hubo que dejarlo en San Vicente y los descubridores se fueron en los otros tres y en canoas de indios hasta Panamá, llegando el 25 de junio de 1523. Fundido el oro regalado por los caciques de Costa Rica y de Nicaragua, resultó que valía 112,524 castellanos, [1] la mayor parte de baja ley. Una vez apartado el real quinto, Gil González envió á decir á Pedrarias con Alonso de la Puente que le facilitase algunos pertrechos de guerra para volver á castigar á los caciques de Nicaragua. El gobernador le contestó que estaba dispuesto á complacerlo, siempre que lo hiciese en calidad de teniente suyo y en su nombre. «De lo cual yo no quedé poco corrido—escribe Gil González al rey,—porque me pareció que siendo yo capitán de V. M., en cuyo nombre se lo pedía, que era conocida bajeza aceptarlo; sin la diferencia que de su linaje al mío hay». Muy noble debía de ser el bizarro capitán cuando con tanto desdén trataba el linaje de Pedrarias; aunque también hay que decir

---

1 Es muy difícil fijar el valor exacto de esta suma. Sin embargó, puede calcularse en 1.323,36 colones de nuestra moneda.

que los Arias Dávila eran tenidos por judaizantes.

La gran cantidad de oro, fruto de aquella expedición en que se bautizaron más de treintaidós mil almas, despertó la codicia del gobernador, si es que alguna vez estuvo dormida; y buscando la manera de apoderarse del tesoro, comenzó á estorbar á Gil González el viaje por todos los medios á su alcance. Este compró una carabela en Nombre de Dios y en cuanto lo supo Pedrarias lo hizo requerir por medio de sus oficiales para que no pusiese la parte del rey en una sola embarcación, con pretexto de que corría peligro. Gil González le contestó que mucho mayor había de correrlo en sus manos, y sin aguardar nuevas razones se fué furtivamente á Nombre de Dios. Al saberlo Pedrarias corrió tras él, ó mejor dicho tras el dinero, á toda priesa, pero el capitán tuvo aviso de su llegada dos horas antes y se hizo á la vela con el tesoro.

Gil González Dávila merece lugar prominente en la galería de los grandes aventureros españoles. La construcción de sus navíos, su marcha de 224 leguas con un puñado de hombres por entre numerosas tribus guerreras, su lucha contra los obstáculos de la naturaleza, más parecen fábulas que obras humanas. Sin embargo, su nombre no brilla en las historias como lo merece, tal vez por no

estar asociado á esos grandes crímenes que han dado al de otros tanta fama. Gran cazador de oro, pero humano, supo llegar á sus fines sin cometer exacciones ni crueldades.

# CAPITULO V

**Fundación de la villa de Bruselas en Orotina. Sus visicitudes. Expedición de Andrés Garabito. Entrada de Martín Estete á Suerre.**

---

Desde que Pedrarias vió regresar á Gil González con el tesoro y tuvo noticia de los ricos países recorridos por él, formó el proyecto de arrebatárselos, alegando prioridad en el descubrimiento por la expedición de Gaspar de Espinosa en 1519. No tuvo empacho en comunicar sus intenciones al mismo Gil González, añadiendo que unos barcos que tenía listos para una exploración hacia el oriente, los iba á enviar al oeste. González Dávila protestó y le dijo que aquellas gentes eran ya cristianas; pero este argumento era de muy poco peso para Pedrarias, que lo mismo degollaba infieles que cristianos cuando así convenía á sus intereses.

La fuga de Gil González añadió el deseo de la venganza á los que Pedrarias tenía de despojarlo.

El capitán Herrera, enviado por él, fué á la Española en busca de soldados y caballos para una expedición destinada á Nicaragua; pero viendo el gobernador que se tardaba y temeroso de que otra vez se le adelantase Gil González, armó una escuadrilla al mando de Francisco Fernández de Córdoba, con dineros que le prestaron el maestrescuela D. Fernando de Luque, Francisco Pizarro y Diego de Almagro. Formaron parte de esta expedición los capitanes Gabriel de Rojas, Sosa, Francisco Campañón, Andrés Garabito y Hernando de Soto, el mismo que fué después uno de los conquistadores del Perú, gobernador de Cuba, adelantado de la Florida y descubridor del Misisipí.

En el asiento de Orotina [1] fundó Fernández de Córdoba la villa de Bruselas, [2] muy á principios

---

1 Véase esta obra, p. 52.

2 Don León Fernández sitúa la villa de Bruselas en la costa del golfo de Nicoya (*Documentos para la historia de Costa Rica*, tomo II, pág. 72); D. Manuel M. de Peralta la coloca en la vecindad del puerto de Puntarenas (*Costa Rica, Nicaragua y Panamá*, pág. 721); otros autores en la culata del golfo de Nicoya. Personalmente me inclino á la opinión del señor Peralta, en apoyo de la cual pueden citarse las declaraciones de los testigos Cristóbal Daza y Juan Tello (Interrogatorio de Pedrarias Dávila, *Archivo General de Indias de Sevilla*, E. 48, C. 4, L. 1 III), que fueron á Nicaragua por tierra desde Natá con Benito Hurtado y Hernando de Soto, cuando la rebeldía de Francisco Fernández de Córdoba. Ambos declaran que al pasar vieron despoblada la villa de Bruselas. Ahora bien, si esta villa hubiera estado situada á la margen meridional del golfo, no la habrían podido ver, puesto que caminaban por la orilla setentrional.

de 1524, y repartió entre sus moradores los indios güetares, los de Nicoya y Chira. El capitán Ruy Díaz fué el encargado de poblarla y Andrés Garabito quedó en ella por teniente. Fernández de Córdoba continuó hacia Nicaragua y en el mismo año de 1524 echó los fundamentos de las ciudades de León y de Granada.

Por su lado Gil González no se había dormido sobre sus laureles. Desde la Española envió á la corte al tesorero Andrés de Cereceda con el oro del quinto real y un extenso relato de sus descubrimientos. Mientras regresaba el emisario, preparó una nueva expedición á Nicaragua, pero esta vez por la vía de Honduras, tanto por no volver á caer en las garras de Pedrarias, como para buscar el desaguadero de la mar Dulce ó lago de Nicaragua y el Estrecho Dudoso, así llamado porque se suponía la existencia de una comunicación entre ambos océanos, á la altura de Honduras y Nicaragua.

Cereceda fué bien recibido en España y obtuvo los poderes que pedía su capitán para llevar adelante las empresas comenzadas. Una vez que estuvo de regreso en la Española, se hizo á la vela Gil González en una pequeña escuadra, con 300 hombres y 50 caballos. Llegó á la costa de Honduras, de donde fué á golfo Dulce en Guatemala, fundando allí en 1524 la ciudad de San Gil de

Buenavista. Marchó luego hasta el valle de Olancho, y sabida por Francisco Fernández de Córdoba su presencia en este lugar, envió contra él á Hernando de Soto, que fué desbaratado por Gil González; pero no sintiéndose este caudillo bastante fuerte para desalojar de Nicaragua á las gentes de Pedrarias, se retiró después de su victoria á Puerto Caballos.

Como si esto no fuera bastante apareció en la liza un tercer competidor: Hernán Cortés, que después de la gran conquista de Méjico buscaba también el Estrecho Dudoso, para lo cual había enviado dos expediciones, una al mando de don Pedro de Alvarado por mar, y otra por tierra á las órdenes de Cristóbal de Olid. Este ilustre capitán sorprendió á Gil González y lo hizo prisionero; pero en seguida, y como tantos otros en la conquista de América, se declaró rebelde contra su jefe. Cortés, en cuanto lo supo, despachó á Honduras una tercera fuerza por agua, capitaneada por su deudo Francisco de Las Casas, el cual cayó también en poder del caudillo rebelde. Olid, que era el valor personificado, cometió el error de despreciar á sus prisioneros, que ambos eran hombres muy esforzados, dejándolos comunicarse con sus gentes. Conjuráronse los dos contra él, y una noche que conversaba con ellos muy descuidado, Francisco de Las Casas, levantándo-

se de pronto y agarrándolo por las barbas, le asestó una puñalada con un cuchillo de escribanía y Gil González dióle á su vez varias heridas con una arma que arrebató á un soldado de la guardia. Cristóbal de Olid huye todo maltrecho y logra esconderse; pero luego fué descubierto y Las Casas le hizo cortar la cabeza. En seguida regresó á Méjico llevando preso á Gil González, al que remitieron á España con grillos para ser juzgado allá. Murió este famoso aventurero en Avila, el 21 de abril de 1526, poco después de su llegada á la Península.

La villa de Bruselas estaba destinada á desaparecer pronto. Sabedora la audiencia de Santo Domingo de los graves disturbios ocurridos en Honduras entre Fernández de Córdoba, Gil González, Olid y Francisco de Las Casas, acordó que fuese á poner orden el fiscal Pedro Moreno, con particulares instrucciones para que se dejase la gobernación de Nicaragua á Gil González. Fernández de Córdoba, que tenía mucha gente y se hallaba bien fortificado en Granada, juzgó llegado el momento de sacudir la autoridad de Pedrarias y de alzarse con el mando de la rica provincia. Con este fin reunió una junta para proponer á los vecinos que la gobernación de Nicaragua dependiese directamente de la audiencia de Santo Domingo. Casi todos asintieron á sus

deseos, pero los capitanes Hernando de Soto y Francisco Campañón se declararon con energía en favor de Pedrarias. Fernández de Córdoba redujo á prisión por este motivo á Soto, encerrándolo en la fortaleza de Granada, de donde lo sacó su amigo Campañón, auxiliado por doce hombres resueltos, yéndose todos juntos por tierra á Panamá. Esto sucedía en 1525.

Hernando de Soto, pasando indecibles penalidades, logró llegar á Panamá é impuso á su jefe de los acontecimientos de Nicaragua. Pedrarias, que á la sazón tenía más de setenta años y se hallaba enfermo de gota, se sobrepone á la vejez y á la dolencia, reune á toda prisa cuantos elementos de guerra están á su disposición y se embarca para Natá á principios de 1526, donde acaba de hacer sus preparativos. Benito Hurtado y Hernando de Soto fueron por tierra con parte de la gente y Pedrarias por mar hasta la isla de Chira, de la cual tomó posesión con mucha solemnidad el 16 de marzo de 1526. [1] Allí supo que la villa de Bruselas había sido despoblada por orden de Fernández de Córdoba, con objeto de tener más gente para defender su fortaleza de Granada.

Fernández de Córdoba flaqueó en su rebeldía contra Pedrarias, y teniendo éste noticia de que

---

1 Manuel M. de Peralta, *Costa Rica, Nicaragua y Panamá*, p. 707.

trataba de fugarse, dispuso que se adelantase el veedor Martín Estete con órdenes secretas para prenderle, saliendo él mismo en pos de su emisario por la vía de Nicoya, á donde vinieron á reunírsele Hurtado y Hernando de Soto. De camino supo que Estete había conseguido encerrar al teniente rebelde, sin alboroto, en su propia fortaleza de Granada. Apenas estuvo en esta ciudad, Pedrarias mandó á su alcalde mayor Diego de Molina que residenciase á Fernández de Córdoba. Entretanto recibe aviso de que Pedro de Alvarado se hallaba en la Chorotega Malalacá,[1] y en el acto se traslada á León con su prisionero, arma todos los soldados disponibles y los manda á las órdenes de Hernán Ponce de León, Andrés Garabito y Francisco Campañón contra el bizarro capitán de Cortés, para contener sus avances sobre Nicaragua.

Cortés y Alvarado, que según parece tenían secretas inteligencias con Fernández de Córdoba, hubieron de volverse á Méjico que andaba muy revuelto en ausencia del conquistador, y Pedrarias; libre ya de los temores que le inspiraba la vecindad de tan temibles rivales, pudo satisfacer tranquilamente su venganza, haciendo degollar á Fernández de Córdoba.

---

1 Choluteca.

La villa de Bruselas fué repoblada en 1526 por el capitán Gonzalo de Badajoz, de orden de Pedrarias, y se repartieron nuevamente los indios comarcanos entre los vecinos; pero esta segunda tentativa no debía tener mejor éxito que la primera. Pedrarias fué reemplazado en la gobernación de Castilla del Oro por Pedro de los Ríos, razón por la cual tuvo que volverse á Panamá en 1527. Vacante de esta manera la de Nicaragua, pretendió apropiársela Diego López de Salcedo, gobernador de Honduras. Pedro de los Ríos como heredero de los derechos de Pedrarias la reclamó para sí y se fué á Bruselas, cuyos vecinos lo reconocieron; pero como Salcedo se hallaba ya obedecido en León, se vió obligado á regresar inmediatamente á Panamá. En castigo de sus culpas, la villa de Bruselas fué destruída por segunda y última vez, en virtud de un mandato de Salcedo. El capitán Garabito ejecutó la sentencia con alguna infantería y sesenta jinetes. Más tarde, siendo ya Pedrarias gobernador de Nicaragua, surgió una disputa entre él y Pedro de los Ríos, gobernador de Castilla del Oro, acerca de la posesión de Bruselas. Por real cédula de 21 de abril de 1529 se declaró que pertenecía á la gobernación de Nicaragua.

Aquí termina la breve historia de la villa de Bruselas, primera población fundada por los espa-

ñoles en territorio de Costa Rica. Los indios ribereños del golfo de Nicoya, repartidos entre sus vecinos, fueron tratados bárbaramente. A la fuerza se les sacaba de sus tierras para irlos á vender como esclavos en Panamá, el Perú y otras partes, después de marcarlos con un hierro candente, [1] cuando no los mataban de fatiga empleándolos como bestias de carga. Los choroteganos, que al principio se sometieron, rebeláronse á causa de estas crueldades y muchos indios de otras tribus y de la isla de Chira se fueron á vivir con ellos, huyendo de los españoles, [2] porque después de la destrucción de Bruselas fueron repartidos de nuevo entre los habitantes de las ciudades de León y Granada, reservándose Pedrarias las mejores encomiendas de Nicoya. Los indios de este pueblo, que desde el principio mostraron gran sumisión y fidelidad á los conquistadores, no por esto salieron mejor librados. Al contrario, no hubo exacción ni tropelía de que no fueran víctimas; porque como se hallaban en el camino de Nicaragua, los viajeros que entraban les exigían víveres y cargadores, y los que se iban los arrebataban de sus hogares para venderlos en lejanas tierrras.

---

1 Manuel M. de Peralta, *Costa Rica, Nicaragua y Panamá*, p. 64.

2 Relación de Nicaragua por Francisco de Castañeda. *Archivo de Indias de Sevilla*, E. 52, C. 1, L. 3/18.

Ni López de Salcedo ni Pedro de los Ríos vieron satisfechas sus ambiciones. Cuando todos consideraban á Pedrarias definitivamente caído, el rey lo nombró gobernador de Nicaragua en junio de 1527, y lo fué hasta su muerte ocurrida en León el 6 de marzo de 1531, á pesar de todas las atrocidades cometidas por este azote de la humanidad, que se gozaba en ver despedazar indios por perros amaestrados. [1]

Durante su gobierno, sin que sea posible precisar la fecha por falta de documentos, Pedrarias envió una expedición á territorio de Costa Rica á las órdenes del capitán Andrés Garabito. Faltan en absoluto los detalles de esta correría, de la cual no quedan más huellas que la alusión que á ella hace el P. Estrada Rávago en una carta [2] y el siguiente párrafo del geógrafo López de Velasco: [3] «El primero que entró en esta provincia (Costa Rica) fué el capitán Garabito con poder de Pedrarias Dávila, gobernador de Panamá». La carta de Estrada Rávago nos hace saber que al cacique Garabito se le daba este nombre en memoria del primer conquistador español que estuvo en su territorio. El capitán Garabito murió

1 Oviedo, lib. XLII, cap. XI.
2 León Fernández, *Documentos para la historia de Costa Rica*. t. III, p. I.
3 Juan López de Velasco, *Geografía y Descripción de las Indias*. p. 330.

repentinamente en León de Nicaragua durante una fiesta de cañas.

En 1529 Pedrarias hizo explorar el desaguadero de la laguna de Granada. Desde que Gil González Dávila la había descubierto, reinaba el deseo vehemente de hallar la comunicación que suponían todos debía de tener con el Atlántico. Francisco Fernández de Córdoba, en 1525, mandó construir con este designio un bergantín en el que fué á explorar el lago el capitán Ruy Díaz. Este descubrió el desaguadero pero no pudo ir más allá del primer raudal. Fernández de Córdoba insistió en su propósito enviando una segunda expedición á las órdenes de Hernando de Soto; pero este caudillo tampoco pasó del pueblo de Voto, situado en la vecindad del raudal del Toro y en territorio de Costa Rica.

Pedrarias, que si bien era maestro en el arte de asesinar, robar y esclavizar indios, cometer usurpaciones y cortar cabezas, nunca hizo gran cosa de provecho, resolvió esta vez intentarlo enviando á Martín Estete á explorar el desaguadero el año 1529. Estete se detuvo igualmente en Voto, pero dejando allí la embarcación continuó por tierra á la margen derecha del río, hasta llegar á la provincia de Suerre, [1] no lejos del Atlántico.

---

1 Según D. Manuel M. de Peralta (*Costa Rica, Nicaragua y Panamá,*

Allí los indios le presentaron tal resistencia que tuvo que emprender la retirada, salvándose de un desastre gracias á la pericia y valentía de los excelentes capitanes que le acompañaban, especialmente de Gabriel de Rojas. [1] Durante esta expedición de indios dieron noticia de otro lago y algunos soldados españoles lo divisaron desde unas alturas. Este lago era el Atlántico, pero los naturales de Nicaragua no lo sabían. [2]

---

p. 756, nota 1), la provincia de Suerre se extendía á la derecha del río Sarapiquí y del río San Juan hasta el río Pacuare.

1 OVIEDO, lib. XLII. cap. IV.—PERALTA, *obra citada*, p. 723.

2 OVIEDO, *ubi supra*. Véase el capítulo VII de esta obra.

# CAPITULO VI

**Expedición de Felipe Gutiérrez á las costas orientales de Costa Rica. El ducado de Veragua.**

---

Desde el tremendo descalabro de Diego de Nicuesa en 1510, no se había hecho ninguna nueva tentativa de colonización en Veragua, por lo menos en la parte así llamada del territorio de Costa Rica. El ruidoso pleito iniciado por D. Diego Colón contra la corona continuaba siempre, sostenido por sus herederos, y Dª María de Toledo, virreina de las Indias y viuda de don Diego, queriendo sacar algún provecho de país tan famoso por sus riquezas, pero que hasta aquel momento tan sólo había proporcionado litigios y desazones á la familia de Colón, resolvió mandar allí un gobernador. El consejo de Indias convino en ello, siempre que el nombramiento lo hiciera el rey, aunque con reserva expresa de los derechos del almirante D. Luis, hijo de D. Diego. Arreglado

así el asunto, la virreina confió su sintereses á un clérigo llamado Juan de Sosa, que había vuelto á España del Perú con ocho ó diez mil pesos que le tocaron del tesoro de Atahualpa. Felipe Gutiérrez, caballero y cortesano madrileño, hijo del tesorero real Alonso Gutiérrez, recibió el mando de la expedición y el título de gobernador de Veragua el 24 de diciembre de 1534. Se le señalaron por límites, desde la gobernación de Castilla del Oro hasta el cabo de Gracias á Dios.

Gutiérrez y Juan de Sosa salieron de Sanlúcar en julio de 1535 y llegaron á la isla Española, donde se proveyeron de caballos. De allí continuaron su viaje con cuatrocientos hombres en dos navíos muy hermosos y un galeón. El piloto mayor de la armada se extravió y fueron á parar á la punta Cajinas ó cabo de Honduras. Reconocida la equivocación volvieron en busca de Veragua. Los tres navíos se separaron, pero luego fueron á reunirse en la isla del Escudo, á donde primero llegó el del gobernador, después el galeón y por último el de Juan de Sosa.

Este había despachado una pequeña embarcación á tierra firme, que regresó al cabo de una semana con hamacas, ollas y otros objetos encontrados en las casas de los indios, lo que á todos hizo creer que se hallaban en Veragua; sin embargo, el piloto, que lo era un tal Liaño, sos-

tenía que no. Para salir de dudas fueron despachadas otras embarcaciones que llegaron á unas islas que supusieron serían las de Zorobaró y que en efecto lo eran; pero con todo, el piloto seguía en sus trece, sosteniendo que debían continuar al oriente. Felipe Gutiérrez, vacilante aún, dispuso que fuesen Juan de Sosa, dos pilotos y varios capitanes á reconocer nuevamente las islas. En una de ellas pudieron apresar á un indio, al cual interrogaron conforme á una memoria que les había dado un criado viejo de la virreina, compañero de Colón en su viaje á Veragua. A medida que le iban diciendo los nombres de los lugares consignados en ella, el indio los señalaba; pero el piloto no se daba á partido, diciendo que el indio no era más que un embustero.

Claro está que entre la palabra de un indio y la de un piloto español no podía caber la duda, y la armada siguió navegando hasta llegar á las islas de Secativa, situadas más allá de Nombre de Dios. El piloto no tuvo ya más recurso que confesar su error y los navíos se devolvieron, llegando por fin á la costa de Veragua.

Felipe Gutiérrez fundó una ciudad llamada la Concepción, á orillas de un río que se cree fuera el Belén ó el de Veragua, en territorio de Panamá. Desde los primeros días cayó sobre ella la desgracia. Una inundación destruyó los víveres

de Juan de Sosa y el hambre comenzó á hacerse sentir muy pronto. Gutiérrez, que tenía provisiones, contestaba con ultrajes á los soldados que le pedían no los dejase perecer de necesidad, diciéndoles que se fuesen á buscar que comer. Lleváronse entonces á cabo algunas correrías al interior del país, pero fueron rechazadas con bravura por los naturales, y los españoles volvieron con las manos vacías y acobardados. Los capitanes Carrillo Gutiérrez, Alonso de Pisa, Pedro de Encinasola, Cristóbal Enríquez y otros, enviados por distintos rumbos, sufrieron sangrientos descalabros, justa venganza de los indios por los malos tratamientos que les hacían.

Llegó el hambre á ser tanta, que al regreso de una de estas expediciones dos soldados se comieron á un indio muerto que hallaron en el camino. Más tarde estos mismos hombres, asociados con otros, mataron á un Hernán Dianes, sevillano, que venía enfermo, y también se lo comieron, haciendo lo mismo después con otro infeliz llamado Alonso González, natural de Ronda, del cual se disputaron los sesos y el hígado. En honor de Felipe Gutiérrez hay que decir que castigó como lo merecían estos crímenes inauditos.

La terrible situación en que se hallaba, condujo á este desventurado capitán á cometer un acto de cobardía. Aprovechando la llegada de un bar-

co, procedente de Nombre de Dios, se embarcó en él con unos pocos, fugándose sin cuidarse de la mayor parte de sus compañeros, que dejó abandonados en aquellas playas tan hostiles, en que perecieron casi todos de hambre ó matados por los indios. De los 600 hombres de esta expedición, apenas salieron cuarenta con vida.

Felipe Gutiérrez llegó á Panamá en 1536 y de allí se fué al Perú, donde pereció decapitado por Gonzalo Pizarro, con quien no quiso hacer causa común en su rebeldía. La inmensidad de su desastre hizo mucho ruido en la corte, donde la memoria de los de Colón y Diego de Nicuesa no se había perdido aún. Veragua era siempre la tierra del oro, pero también la del hambre y de la muerte.

Desvanecidas así muchas de las ilusiones que hizo concebir el entusiasmo del gran almirante por el último de sus descubrimientos, sus herederos y el rey acordaron entrar en arreglos y poner término al gran litigio sobre la posesión de Veragua. El arbitraje fué el medio escogido y dictó el fallo el cardenal obispo de Sigüenza, fray García de Loayza, presidente del consejo de Indias y confesor de Carlos V. En virtud de esta sentencia D. Luis Colón obtuvo el título de duque de Veragua con un estado de veinticinco leguas en cuadro, que debía extenderse al oeste, desde el río de Belén inclusive y al sur de este mismo río,

abarcando así una parte del antiguo territorio de Costa Rica. El árbitro pronunció su fallo el 7 de julio de 1536.

No consta que la medida del territorio se llevase á efecto, á pesar de haberlo ordenado el rey; pero esto no fué obstáculo para que D. Luis Colón intentase tomar efectiva posesión de su ducado, enviando en 1546 una fuerza de ciento treinta hombres al mando del capitán Cristóbal de Peña, que fueron hechos pedazos por los indios. Tan sólo escaparon del desastre quince ó veinte de los expedicionarios, perdiendo la vida en esta aventura don Francisco Colón, nieto del inmortal descubridor y hermano del duque. Al año siguiente envió éste una nueva expedición capitaneada por Juan Fernández de Rebolledo, que no fué más dichoso que Peña.

Es de creerse que el descendiente de Colón, descorazonado al fin por tan repetidos descalabros, perdiese sus últimas ilusiones respecto de Veragua y que por esto se resolviera á ceder á la corona sus veinticinco leguas en cuadro, así como algunos otros de los privilegios que aun conservaba, á cambio de una renta anual de 7,000 ducados. Este arreglo se firmó el 2 de diciembre de 1556 y fué en verdad el único resultado práctico de los ensueños de oro de Cristóbal Colón, trasmitidos á su posteridad.

# CAPITULO VII

**Descubrimiento del Desaguadero ó río de San Juan por los capitanes Alonso Calero y Diego Machuca de Zuazo.**

---

Después de la expedición de Martín Estete al Desaguadero en 1529 se hicieron algunas otras tentativas infructuosas para descubrir la comunicación con el mar del Norte, cuya gran importancia reconocían todos en Nicaragua. Por otra parte, los que en España tenían á su cargo el manejo de las cosas de América mostraban tan vivo interés en el asunto, que el rey ordenó que el descubrimiento se hiciese á sus expensas. Pero Rodrigo de Contreras, sucesor de Pedrarias en la gobernación de Nicaragua y marido de Dª María de Peñalosa, mujer que fué de Vasco Núñez de Balboa con el océano de por medio, era demasiado buen discípulo de su suegro para no aguar-

dar que otros sacasen las castañas del fuego, á reserva de comérselas él más tarde. [1]

El vigoroso espíritu de iniciativa que caracterizaba á los españoles de aquella época vino á remediar la inercia del gobernador. Los capitanes Alonso Calero y Diego Machuca de Zuazo resolvieron acometer la atrevida empresa con ayuda de algunos vecinos de Nicaragua. Lograron reunir bastante gente, abundantes provisiones, cuarenta caballos y cincuenta puercos, y en compañía de varios clérigos embarcáronse en dos bergantines ó fustas, una barca grande y cuatro canoas, saliendo el 7 de abril de 1539 de las isletas vecinas de la ciudad de Granada, para ir á fondear á la última de ellas.

Juzgando el capitán Calero que era peligroso atravesar la laguna con las embarcaciones tan cargadas como iban, reunió un consejo y en él fué acordado dejar en aquella isla la mitad del cargamento y que Machuca de Zuazo trasportase la otra á la de la Ceiba en las fustas y las canoas, que luego debían regresar para llevársela. Así se

---

1 Debe decirse sin embargo que Contreras manifestó deseos de emprender esta jornada, pero tropezó con la oposición violenta de fray Bartolomé de las Casas, que conociendo al hombre temblaba por la suerte de los indios. Con todo, si este gobernador hubiera tenido la firme intención de llevar adelante sus proyectos, no se lo habría estorbado la voz de un pobre fraile, así fuera éste el P. Las Casas.

hizo, y cuando las embarcaciones estuvieron de vuelta Calero partió á su vez, y llegado que hubo á la Ceiba hizo embarcar de nuevo toda la gente y las provisiones y se fué á pernoctar á una punta situada á cuatro leguas de allí. A la mañana siguiente continuó la expedición de su viaje procurando no alejarse de la costa; mas por causa de un viento muy fuerte que sopló por la proa, se deshizo lo andado y fué necesario echar anclas. Los que iban en la barca con los caballos comenzaron de pronto á gritar que estaba abierta y se hundían. Ordenó entonces Calero que se arrimase toda la escuadrilla á tierra, distante una ó dos leguas de allí. Pudieron alcanzarla á la tarde, y al siguiente día echaron los caballos á la costa. Reconocida la barca, resultó hallarse en buen estado.

Para evitar nuevos contratiempos de esta clase, se convino en que Machuca continuaría la marcha por tierra con los caballos y Calero por agua. Este fué á surgir en una punta, situada junto á un gran río. El capitán Machuca llegó más tarde y en aquel lugar establecieron el real. Para facilitar el paso se echó una soga al través del río, y de esta manera llegaron sin novedad á la orilla opuesta, los soldados en canoas y los caballos á nado. De aquí se fué Calero á las islas de Mayalí, desde las cuales mandó avisó á Machuca

para que lo esperase en el puerto del mismo nombre, situado en la costa de tierra firme; pero como ya este capitán iba adelante de aquel lugar, la reunión se efectuó en unas isletas despobladas, á dos leguas de Mayalí. Embarcados de nuevo los caballos y la gente, pasó la noche la escuadrilla en estas isletas. Después de navegar dos días llegó á otras dos situadas á mano izquierda de las de Solentiname y cerca de la costa. [1]

Mandó Calero á Machuca que sacase á tierra los indios las mujeres y la carga que venía sobre cubierta y se fuera con veinte hombres á las islas de Solentiname á buscar un guía. En la misma noche logró apresar este capitán á un indio que resultó ser muy conocedor del río y de los idiomas de sus ribereños. Al día siguiente continuó la expedición su viaje hasta llegar al punto donde empieza el Desaguadero, descubierto en 1525 por el capitán Ruy Díaz. [2]

El 1º de mayo comenzaron á bajar el río, yendo Calero adelante en una canoa pequeña con dos gentiles hombres. Vieron dos islas, un río grande que venía del mediodía [3] y algunos esteros pequeños. Como notaran que la corriente se hacía

---

1 Las islas Balsillas.

2 Véase p. 72.

3 El río Medio Queso.

más rápida detuviéronse, y el capitán Calero se adelantó en su canoa para indagar la causa. En un recodo alcanzó á ver á unos indios que se hallaban pescando en un raudal. Inmediatamente volvió atrás sin ser descubierto, y en otra canoa más grande, tripulada por diez hombres, se fué de nuevo, habiendo ordenado antes al veedor Alonso Ramírez que saliese tras él con otros diez soldados. Sorprendió á los indios, que eran cuatro, de los cuales pudo coger á tres. Se tomaron además dos canoas en que había una red grande de mallas y seis pescados que pesaron dos arrobas cada uno, «la cosa más hermosa que podía verse en parte ninguna». [1]

Al siguiente día fueron á surgir las embarcaciones á un ancón. Los indios prisioneros dijeron que su pueblo era Abito y estaba situado á la banda del norte; que el Desaguadero tenía cinco raudales, y que pasado aquel en que se hallaban [2] había otro llamado la Casa del Diablo. [3] Por estos motivos Calero rogó á Machuca que se adelantase con veinte hombres á examinar el curso del río. Hízolo así este capitán, y después de pa-

1 PERALTA, *obra citada*, p. 732.—LEÓN FERNÁNDEZ, *Historia de Costa Rica*, p. 63.

2 Raudal del Toro.

3 Raudal del Castillo.

sar por el raudal del Diablo, llegó hasta otro situado más abajo, que hoy se llama raudal de Machuca en memoria suya. Al cabo de dos días regresó diciendo que consideraba difícil el paso de las embarcaciones por allí. Damián Rodríguez, que había salido con otros veinte hombres en busca del pueblo de Abito, aguas arriba del río Sábalos del Norte, volvió también después de cuatro días sin haber podido hallarlo.

El capitán Calero tomó entonces cuatro canoas y acompañado del P. Morales y de cuarenta hombres navegó dos días por el Desaguadero abajo y fué á pasar la noche del segundo cerca del pueblo de Pocosol, en el río de este nombre. [1] Sorprendiólo al amanecer, y en una isla formada por dicho río y otro que venía de Voto, [2] descubrió un buhío; mas con motivo del mucho ruido que hicieron las canoas, sólo se pudo coger un indio y algunas mujeres que dijeron que un cacique llamado Torí había destruído un mes antes un pueblo vecino, en el cual sólo quedaban ya el caci-

---

1 El río Pocosol á que aquí se hace referencia no es el mismo que en la actualidad lleva este nombre, sino el San Carlos ó Cutrís, según opinión de D. León Fernández, *Historia de Costa Rica*, pág. 64.

2 Botos ó Votos es el nombre de los indios que ocupaban la cordillera austral de Costa Rica, desde el río de Barva hasta el río de Orosí, llamada sierra de Tilarán. Su nombre se conserva aún en el volcán de los Votos ó de Poás. LEÓN FERNÁNDEZ, *obra citada*, p. 64.

que y cuatro viejas, habiendo sido muertos ó robados los demás habitantes.

Calero se fué por el río de Pocosol arriba en busca de este cacique desgraciado, y encontrándolo regresó con él. Refirióle el indio que diez lunas antes había llegado á su pueblo el cacique Voto con cuatro canoas, montadas por numerosos guerreros, y le mató gran cantidad de gentes, quitándole muchas mujeres y niños; que hacía un mes lo había atacado Torí, asesinando y apresando al resto de sus súbditos, á extremo de que ya sólo le quedaban aquellas cuatro viejas.

Interrogado acerca de las condiciones del río, dijo que de aquel sitio en que se hallaban [1] hasta Torí [2] no existía ningún raudal, pero que de este último pueblo á Suerre hallarían mucha corriente y piedras. Sabido esto, el capitán Calero se volvió al lugar donde esperaban las embarcaciones, llegando al cabo de cinco días, por causa de otros tantos raudales que hubo que pasar con grandes dificultades. Ya de regreso en el real envió á Machuca de Zuazo con bastante gente en una canoa á descubrir por el río Sábalos del Norte, explorado ya sin éxito por Damián Ro-

---

1 El río de San Carlos.

2 Según D. León Fernández (*Historia de Costa Rica*, pág. 65) este pueblo de Torí se hallaba situado más abajo del río Sarapiquí.

dríguez y junto al cual se había establecido el campo. Machuca anduvo dos días aguas arriba, desembarcó y fué á parar, después de medio día de marcha, á los maizales de un pueblo; pero no siguió adelante por no alarmar á los indios, conforme á las instrucciones dadas por Calero.

Habiendo encontrando Machuca á su regreso sesenta hombres con algunos caballos, que lo esperaban para emprender una nueva expedición por el mismo río, se puso nuevamente en camino sin pérdida de tiempo. Calero le dió quince días de término para volver. Al cabo de once llegaron cinco emisarios de Machuca con veinte indios cargados de maíz y una carta de su jefe en que daba muy buenas noticias de la tierra, especialmente de un pueblo llamado Yarí. Calero le contestó con los mismos que se fuese á ese último lugar y que él iría á esperarlo á Torí con la escuadrilla. Machuca, en cumplimiento de esta orden, continuó su marcha por tierra, alejándose de la margen izquierda del San Juan ó Desaguadero hasta llegar al río Yarí, [1] que desemboca junto al cabo Gracias á Dios. En este largo viaje la expedición padeció grandes quebrantos y crueles hambres, por lo que fué necesario comerse los caballos. No obstante pudo

1 Río Segovia, Yarí, Yare, Coco ó Wanks.

volver Machuca á Granada con la poca gente que no murió de necesidad y fatiga.

Después de la partida de Machuca, Alonso Calero levantó el real, que estuvo en la boca del río Sábalos del Norte desde el 2 de mayo hasta el 8 de junio, en que acabaron de pasar el raudal del Toro las embarcaciones. En el del Castillo estuvo á punto de ahogarse el capitán. La canoa en que se hallaba sondeando el río fué á dar contra una peña y se volcó, perdiéndose todas las espadas y rodelas. Calero no sabía nadar, pero lo salvó un indio llevándolo á una peña donde fué recogido por otra canoa. En los raudales siguientes no hubo novedad de importancia, y la escuadrilla llegó completa al río Pocosol, donde estuvo diez días en espera de Machuca.

Pero como éste no parecía y los víveres se iban haciendo muy escasos, hubo necesidad de seguir adelante. Pasó la expedición frente á la boca del río Sarapiquí ó Zaquiribí, donde los guías dijeron que había un pueblo importante. Calero dispuso que fuera Hernán Márquez en dos canoas y con veinte hembres á saquearlo; pero éste no pudo realizar su intento; los indios lo sintieron y abandonaron el pueblo después de quemarlo. Día y medio después de su salida de Pocosol llegó la escuadrilla cerca del pueblo de Torí y se detuvo á un cuarto de legua. A la noche salió sigilosamente

el mismo Hernán Márquez para sorprenderlo, y esta vez tuvo mejor fortuna, porque logró efectuarlo á la madrugada. Fueron muchos los prisioneros y el botín alcanzó á 170 castellanos de oro.

Como por aquellos lugares no se encontraban víveres, Calero siguió adelante en busca de Suerre, por consejo que le dió un mercader indio apresado en Torí, el cual le dijo que en aquella comarca había numerosas poblaciones, abundandancia de comida y mucho oro. De pronto surgió el Atlántico ante los ojos de los exploradores, pero todos creyeron que era otro lago como el de Nicaragua, porque así lo afirmaban unánimemente los indios. En el paso de la barra hubo serias dificultades; sin embargo, no ocurrió accidente de importancia á las embarcaciones. En seguida dispuso Calero deshacer la barca que había servido para el transporte de los caballos, con el fin de construir una fragata para explorar los ríos. Entretanto se hacía, mandó á Hernán Márquez que se fuese en la fusta *San Juan*, la más pequeña de las dos, á reconocer la costa hacia el norte, por si el capitán Machuca había logrado salir á ella.

Márquez navegó durante diez días, pero habiéndose extraviado el piloto, tuvo que regresar acosado por el hambre y la sed. Después de un descanso de cuatro días, Calero le mandó de nuevo

que saliera hacia Guaymura, [1] porque los indios decían que por allí desembocaba un río llamado Yarí. En este segundo viaje Hernán Márquez pudo llegar á este río, guiado por un indio. Se metió aguas arriba en una canoa, dejando la fusta en la boca, y al cabo de tres jornadas llegó á un rancho donde estaba un indio que se le había fugado á Machuca, el cual le dijo que este capitán se hallaba á tres días de camino de aquel lugar. Pero sucedió que aquella misma noche desertaron siete de los once soldados que acompañaban á Márquez y ya éste no se atrevió á continuar, regresando á la desembocadura del Yarí, donde lo esperaba la fusta. Emprendió la vuelta y á los cinco días de navegación se encontró en el mar con Alonso Calero que había salido tras él en la otra fusta y la fragata, y ambos se fueron al río Yarí en el que entraron con los barcos. Después de navegar cinco días aguas arriba se detuvieron y Calero ordenó á Márquez que con diez soldados y los guías fuese á buscar al capitán perdido. Márquez descubrió la huella de Machuca, siguióla un día, pero luego regresó. Durante esta expedición los indios le mataron cuatro hombres.

Muy irritado Calero por la poca perseverancia de su teniente, eligió diez de sus mejores solda-

---

1 Honduras.

dos y mandóles seguir inmediatamente el rastro de Machuca. Díjoles que iba á volver con los navíos á la desembocadura del río, pero que les dejaba una canoa para que fuesen á reunirse con él. Llegado á la mar se fué en la fragata con los otros diez soldados á buscar comida á un río donde le dijeron que había población. El primer día fué á fondear á unas isletas; el segundo le acomete una recia tormenta que le vuelca la fragata, poniéndole la quilla al viento. De milagro se salvaron los veintidós españoles y los indios que la tripulaban, agarrándose de la quilla. Calero, como se ha dicho, no sabía nadar y estaba además muy enfermo de fiebres palúdicas. En tan desesperada situación permanecieron los náufragos más de una hora, siendo juguete de las olas, sin esperanza de salvarse, hasta que unos hidalgos valerosos comenzaron á decir: «Procuremos salvar al capitán». A lo que respondió Calero: «¿Cómo me podéis salvar vosotros, que yo no sé nadar?» Y los mismos replicaron: «En una escotilla os llevaremos». «Si eso se puede hacer—exclamó el bizarro caudillo,—salvaos vosotros, que estos indios me salvarán á mí». Razón tenía Calero en querer confiar su vida á la destreza los indios. Arrimaron algunos de éstos una escotilla á la fragata, el jefe se echó de pechos sobre ella y aquellos excelentes nadadores lo saca-

ron á tierra, á donde llegó primero que todos. Los demás españoles salieron también, asidos de los remos y tablas que encontraron á mano. Tan sólo tres, por miedo de echarse al agua, quedáronse en la quilla con los guías y los intérpretes.

A la mañana siguiente, los que estaban en tierra ya no vieron la fragata; pero más tarde la encontraron sobre unas peñas, sin que faltase ninguno de los que en ella habían quedado, salvo los guías que aprovecharon la coyuntura para fugarse echándose á nado. Con mucho trabajo consiguieron ponerla á flote, y aprovechando algunos remos que parecieron en la playa, regresaron en demanda de las fustas, donde habían quedado un clérigo y otros enfermos. En el camino divisaron una vela de alta mar, y hasta aquel momento comprendieron que se hallaban en el Atlántico, porque los naturales de Nicaragua creían, y así lo afirmaban, que este océano era otro lago. Llegados al lugar donde estaban ancladas las fustas, el incansable capitán tomó la más pequeña y en compañía de diez hombres, la mayor parte de ellos enfermos como él, se fué á buscar comida, pero con tan mala suerte que habrían muerto de hambre, á no haber sido por dos lobos marinos y muchos pájaros que hallaron en una isla.

En el curso de este viaje Alonso Calero exploró muchos ríos y fué hasta el cabo Camarón. [1] Al regresar al punto donde había quedado la otra fusta, encontró que muchos eran muertos de miseria, y que los diez hombres enviados en pos de Machuca no habían vuelto. Hizo entonces que quitasen el mástil y las velas al bergantín pequeño y las pasasen al mayor, para tener repuestos en caso de necesidad, y reuniendo á los pocos desgraciados compañeros que le quedaban les habló de esta manera: «Hermanos, yo sé que estamos en el mar del Norte, y donde nosotros mejor podemos ir para nos salvar, irnos hemos al Nombre de Dios, porque yo hallo que no estamos á ochenta leguas de él; porque para volver por el río de Nicaragua no hay brazos que remen; para ir por tierra no hay pies que anden. Encomendémonos á Dios que nos lleve con sus vientos, que de otra manera á ninguna parte podremos arribar».

Así hablaban con romana sencillez aquellos hombres extraordinarios, á quienes la historia no siempre ha hecho la justicia que merecen y cuyas hazañas han permanecido á veces largos años ignoradas. [2]

---

1 PERALTA, *obra citada*, p. 740.

2 Los detalles del descubrimiento del río San Juan por Alonso Calero y Diego Machuca de Zuazo no se conocían antes de 1883, fecha de la pu-

Obtenido el consentimiento de sus compañeros, el capitán mandó izar las velas y en día y medio estuvieron el bergantín y la fragata en la boca del San Juan, donde se tomó agua, aunque por falta de vasijas casi ninguna pudo llevarse. Fué tanta la sed que dos españoles murieron de beber agua salada. Siguieron las embarcaciones su viaje dirigidas por Alonso Calero que hacía de piloto, y al cabo de dos días pudieron llegar á las islas de Zorobaró. En una de ellas encontraron los míseros viajeros muchos caracoles, pájaros y abundante pesca con que saciar el hambre. De la bahía del Almirante fueron á la isla del Escudo y de allí á Nombre de Dios, á donde fondearon en noviembre de 1539, siete meses después de su salida de Granada.

Además de Alonso Calero, sólo llegaron al puerto ocho españoles y veinticinco indios, únicos sobrevivientes de esta expedición admirable, que hoy nos parece inverosímil, como tantas otras cosas que hicieron los españoles en la conquista de América.

---

blicación del libro de don Manuel M. de Peralta, *Costa Rica, Nicaragua y Panamá en el siglo XVI.* A la laboriosidad é inteligencia de nuestro ilustre compatriota se debe que hechos de tanta importancia hayan pasado al dominio de la historia.

## CAPITULO VIII

**Energía de Alonso Calero. Aparece el nombre de Costa Rica. Conquista del valle de Coaza por Hernán Sánchez. La ciudad de Badajoz y la fortaleza de Marbella. Conflicto entre los gobernadores de Costa Rica y Nicaragua. Crueldad de Rodrigo de Contreras.**

---

Sin desanimarse el capitán Calero por la terrible lucha que acababa de sostener, ni siquera tomar un reposo bien ganado, no bien puso los pies en Nombre de Dios cuando volvió á la carga con esa indómita energía que desplegaban los conquistadores españoles. Para llevar adelante sus propósitos acudió al Dr. don Francisco Pérez de Robles, presidente de la audiencia de Panamá, le expuso su situación y pidió que le ayudase con recursos pecuniarios, conforme estaba mandado por el rey sobre el asunto.

Desgraciadamente no podía llamar á puerta menos hospitalaria. El Dr. Robles se hallaba en

aquel entonces personalmente interesado en una expedición que debía salir en breve para los mismos parajes á las órdenes de su yerno Hernán Sánchez de Badajoz, y los relatos ponderativos de Calero sobre las riquezas de los países explorados por él acabaron de dañar su causa en el ánimo del presidente de la audiencia, que le contestó que no tenía dineros que darle, aunque al mismo tiempo le propuso que se asociase con su yerno. Rechazó Calero esta componenda, y á falta de auxilio pecuniario pidió licencia para reclutar gente. Robles, creyendo sin duda que no lo conseguiría, dijo á esto que sí; mas contra lo que podía esperarse dadas las circunstancias, no faltaron hombres de corazón dispuestos á seguir la bandera del bizarro caudillo. Cuando ya tuvo algunos reunidos se apresuró á enviar un emisario á Rodrigo de Contreras gobernador de Nicaragua, para informarlo de su descubrimiento, ponerlo en guardia contra los proyectos de Robles y Hernán Sánchez y pedirle que le enviara refuerzos por el Desaguadero, mientras él llegaba allí por mar con toda la gente que pudiera conseguir.

El presidente tuvo aviso de la cosa, temió la intervención del gobernador de Nicaragua, y deseando parar el golpe con un abuso de poder hizo que un alguacil sacase al enviado de Calero del

navío en que ya estaba embarcado en Panamá y le quitara los pliegos. No contento aún con esta tropelía, resolvió cortar por lo sano mandando procesar de oficio al descubridor de San Juan con pretexto de que durante su expedición había hecho ahorcar á uno de sus soldados; confiscóle la fragata y la fusta, así como los indios de servicio que le quedaban, y por último dictó auto de prisión contra él. [1] Tal era en aquellos tiempos la justicia de los encargados de administrarla en América á nombre del rey de España. Calero pudo evitar la cárcel amparándose al convento de San Francisco en Nombre Dios.

Mientras se cometían estas arbitrariedades con un hombre que acababa de prestar tan importante servicio á la monarquía, los preparativos para la empresa de Hernán Sánchez continuaban á toda prisa. Había celebrado este capitán con fray Tomás de Berlanga, obispo de Panamá, debidamente autorizado por la virreina de las Indias, un contrato para conquistar y poblar el ducado de Veragua, y otro con su suegro el presidente de la audiencia, para hacer lo mismo en la parte que á la corona le quedaba en la tierra de Veragua, es decir, «desde los confines del ducado de Vera-

1 Por real cédula de 8 de junio de 1540 se ordenó la restitución de los bienes de Alonso Calero.

gua é Zorobaró hasta Guaymura é Honduras, de mar á mar». [1] El doctor Robles, en virtud de este convenio y sin consultar con el rey, otorgó á su yerno todas las mercedes de que había gozado Felipe Gutiérrez y algunas más, como las de adelantado y mariscal de Costa Rica, nombre popular con que se comenzó á designar este país en documentos oficiales el año 1539 en que sucedían estas cosas. [2]

Hernán Sánchez, natural de Badajoz [3] y veterano de la conquista de América, era hombre á la sazón de unos cincuenta años, pero todavía lleno de vigor y bríos. Habiendo llegado muy joven á Tierra Firme con Pedrarias Dávila en 1514, figuró en casi todas las empresas realizadas en aquella época, así como en la fundación de la villa de Acla, de las ciudades de Natá, Nombre de Dios y Panamá, y en el descubrimiento de las minas de Veragua, exploradas por don Bartolomé Colón durante el último viaje del gran almirante. Fué después con Pedrarias á Nicaragua en 1526 á castigar la rebeldía de Francisco Fernández de Córdoba y con Gonzalo de Badajoz á la repoblación de Bruselas, donde se hallaba cuando por se-

---

1 León Fernández, *Documentos*, t. IV, p. 70.

2 Véase *Introducción*.

3 Peralta, *obra citada*, p. 744.

gunda vez fué destruída esta villa por Andrés Garabito. En 1529 marchó con Martín Estete al Desaguadero y Suerre, [1] bregando en esta jornada á la par de tan valientes capitanes como Gabriel de Rojas, Diego de Castañeda y el bachiller Francisco Pérez de Guzmán. Más tarde regresó á Panamá, de donde se fué al Perú en 1532 con don Diego de Almagro que iba en socorro de Pizarro. Llegó á Cajamarca poco después de la prisión de Atahualpa, luego fué con el mismo Pizarro á Jauja, estuvo en la batalla que allí se libró y después en otra muy reñida que ganaron Hernando de Soto y Juan Ronquillo; peleó también en la de Vilicas, y en la toma del Cuzco se distinguió mucho, motivo por el cual obtuvo del rey privilegio de armas, que consistían en una fortaleza y una escala, por haber sostenido la que sirvió para dar el asalto.

A fines de 1538 regresó á Panamá cargado de riquezas, fruto de sus campañas en el Perú. Satisfecha así una parte de sus ambiciones, despertó en su alma la de los honores que lo llevó, con todo y que ya estaba bastante maduro, á cortejar á doña María de Robles, hija del presidente de la audiencia. De lo que éste escribe el 19 de julio de 1539 al cardenal de Sigüenza y á los señores

1 Véase esta obra, págs. 72 y 73.

del consejo de Indias, se desprende que los buenos reales traídos por Hernán Sánchez del Perú, contribuyeron eficazmente á que se le otorgara la blanca mano de doña María. «Ya he escrito á V. S. y mercedes cómo desposé una hija mía con un caballero conquistador de estas partes que vino del Perú y se llama Hernán Sánchez de Badajoz, de muy buenas partes, porque es hijodalgo de todas y limpio, y á vuelta de otras muchas calidades tiene muy bien de comer». [1]

El hombre á quien adornaban tantas calidades no sabía leer ni escribir. En el curso de un proceso él mismo declara que tan sólo era capaz de firmar; [2] pero en aquellos tiempos heroicos un hidalgo no estaba obligado á tanto, y bien podía sin tales requisitos conquistar un imperio para su rey, á semejanza de Pizarro.

Con sesenta soldados españoles y nueve esclavos negros salió Hernán Sánchez de Nombre de Dios el 15 de febrero de 1540, en un galeón y un bergantín muy bien provistos de municiones de guerra y boca. Antes de partir envió siete mil pesos á Cabo Verde para que le remitiesen más

---

1 PERALTA, *obra citada*, p. 741.

2 Probanza hecha por parte de Hernán Sánchez de Badajoz en el pleito que trata con Rodrigo de Contreras. *Archivo General de Indias*, E. 52, C. 6, L. 4/16.

negros, destinados al trabajo de las minas que esperaba hallar en Costa Rica y Veragua. El mal estado del mar le impidió arrimarse á la costa durante muchos días, y estas borrascas continuas causaron muchos daños á las naves. Logró por fin desembarcar en la isla del Escudo, donde estuvo aguardando que mejorase el tiempo hasta que le fué posible trasladarse á tierra firme y llegar á fines de abril á la boca del río Tarire ó Sixola, donde fundó la ciudad de Badajoz y puerto de San Marcos. [1]

Soldado curtido en el oficio, que se había criado en las guerras de Indias, Badajoz comprendió que con tan poca gente necesitaba crearse una sólida base de operaciones, y dispuso en el acto hacerse fuerte cercando la ciudad con grandes troncos de árboles, para lo cual hizo cortar más de quinientos. Los soldados, que no apreciaban la utilidad de la obra, se dieron á murmurar por el excesivo trabajo, que no se interrumpía ni durante los días de fiesta, tan abundantes en el calendario español y tan gratos á nuestra raza; pero como el capitán gastaba un puño de hierro y tenía, según parece, un arsenal de venablos en la lengua, no hubo más remedio que obedecer. Pa-

---

1 Probablemente el 25 de abril, dice don Manuel M. de Peralta, *obra citada*, p. 745.

ra meterse tierra adentro Hernán Sánchez sólo aguardaba que viniesen de Nicaragua dos bergantines que debía traerle un tal Francisco Gutiérrez, cargados de gente, caballos y provisiones. Con igual objeto despachó su galeón á la isla de Jamaica.

Mientras le llegaban estos importantes refuerzos, dispuso que saliese una expedición hacia el interior al mando del capitán Pablo Corzo, quien trajo á su regreso muy buenas muestras de oro; y tanto por este motivo como porque durante los dos meses que llevaba en la boca del Tarire se le habían enfermado muchos soldados por ser chapetones, [1] determinó trasladarse á un sitio menos malsano, dejando en la ciudad de Badajoz á los enfermos que eran unos quince. Partió con el resto de su gente hacia el valle de Coaza, descubierto por Pablo Corzo, y seducido por la posición tan pintoresca como estratégica de la loma de Corotapa, situada á dos leguas de dicho valle y doce de la mar, emprendió la fábrica de otra fortaleza que llamó Marbella, porque desde aquel punto dominaba la vista la hermosa bahía del Almirante. Durante su marcha los indios le dieron tres escaramuzas, pero no consiguieron matarle un solo hombre. Hernán Sánchez, siempre el primero

1 Peninsulares no aclimatados.

en el combate como en la fatiga, no se quitaba las armas de día ni de noche, siguiendo el ejemplo de Cortés en la conquista de Méjico. Si era preciso salvar un río ó una de las profundas ciénagas tan abundantes en la tierra, sin vacilar se desnudaba, ayudando á sus soldados á pasarlos. Con jefe tan esforzado y aguerrido la pequeña tropa avanzaba segura.

Sin embargo, el descontento reinaba en ella y las murmuraciones estallaron de nuevo con violencia cuando hubo que emprender la construcción de la fortaleza en Corotapa. Mandóla cercar el capitán con troncos de pejibayes [1] estrechamente unidos, cuya dureza y espinas la hacían inexpugnable para los indios y aun buena contra cristianos, según declaración de un testigo. En las puertas se colocaron piezas de artillería y en el centro se instaló Hernán Sánchez en una gran casa que servía de enterramiento á los indios. [2] Los demás se albergaron en ranchos construídos para el caso. Siempre previsor, el capitán mandó sembrar una huerta con hortalizas de Castilla.

Apenas llegó al fértil valle de Coaza, que tenía numerosa población, grandes plantíos de maíz, de caçao y muchos árboles de aguacate, de mamey

---

1 Gulielma útilis.

2 Véase p. 11

y de pejibay, Sánchez de Badajoz destacó parte de su gente en seguimiento de los indios que se habían retirado. Pudieron traer á muchos, pero como no vino el cacique, dispuso que un clérigo y otro individuo fuesen á llamarlo. Coaza los recibió muy bien y vino al fin á Marbella al cabo de un mes, en compañía de otros veinte señores. Badajoz, que sabía por experiencia que la principal dificultad con que había que luchar en aquellas partes era la falta de comida, detuvo á Coaza prisionero en la fortaleza, medio seguro de que los indios no dejasen de abastecerla de todo lo necesario; pero evitando á la vez caer en un error que á tantos otros caudillos había sido fatal, lo trató con mucho cariño, poniéndolo á comer en su mesa sin escatimarle el vino, atención á la que se mostraba particularmente grato el cacique, y le ofreció su alianza contra el señor de Tariaca con el cual estaba en guerra y le había matado un hermano. Estas hostilidades entre los indios fueron siempre los mejores auxiliares de los españoles en la conquista de América. Badajoz prendió también á Coxele y á otros principales, quienes le regalaron entre todos seis mil pesos en objetos de oro. Como lo había previsto el capitán, los súbditos de todos estos señores vinieron á servir á la fortaleza, proveyéndola en abundancia de maíz, frutas, aves, carne de dan-

ta y puercos de monte. La conquista iba por lo tanto viento en popa, y ya sólo esperaba Hernán Sánchez la llegada de los refuerzos de Nicaragua y de Jamaica para darle toda la amplitud que se proponía, cuando vino á atravesársele en el camino Rodrigo de Contreras.

Poco después de la salida de su yerno de Nombre de Dios, el Dr. Robles, considerando que ya nada tendría que temer de Alonso Calero, cesó de perseguir á éste, restituyéndole sus barcos y demás bienes. Por otra parte, Machuca de Zuazo, que era hombre de no menos empuje y audacia que su compañero, apenas llegó á Granada con los pocos hombres aniquilados y enfermos que le quedaron después de su marcha formidable hasta el río Yarí, se dispuso á volver en busca de su amigo cuyo paradero ignoraba. Reunió alguna gente y en catorce canoas bajó por el San Juan hasta la mar, explorando las costas vecinas con inmensas dificultades y peligros, hasta que logró saber que Alonso Calero se hallaba en Nombre de Dios. Regresó entonces aguas arriba por el río, empresa que todos sus compañeros juzgaron imposible, y llegando otra vez á Granada se encontró allí con la noticia de la expedición de Hernán Sánchez de Badajoz y de los preparativos que hacía el gobernador de Nicaragua con ánimo de ir á expulsarlo de aquellos territorios que, se-

gún él, le pertenecían. Pero no era esta la única causa que impulsaba á Rodrigo de Contreras. También quería vengarse del Dr. Robles en la persona de su yerno, por haberle mandado un juez de residencia desde Panamá. Tal es la humana condición; lo que Rodrigo de Contreras no había procurado hacer cuando se trataba de servir á su rey y de cumplir sus mandatos, iba á intentarlo ahora, impulsado por el odio y la codicia.

Machuca era un auxiliar demasiado útil para que el gobernador no procurase sacar provecho de él. No hubo promesa ni ofrecimiento que no le hiciese para interesarlo en la empresa, y el capitán se dejó seducir, contribuyendo largamente á organizarla. Entre otras cosas puso á la disposición de Rodrigo de Contreras los soldados que tenía y veinticuatro canoas de las treinta que llevaron. La flotilla salió de Granada, y contra la opinión de Machuca que aconsejaba que no se alejase de la costa, se fué al través del lago. Los sucesos se encargaron de probar que estaba en lo cierto. Una borrasca estuvo á punto de dar al traste con ella y se perdieron casi todos los bastimentos. Fué necesario regresar y el generoso Machuca reparó la pérdida de sus propios haberes. Puestas á bordo las nuevas provisiones, se emprendió por segunda vez el viaje con buen éxito. En la bajada del río la expedición se encontró de

pronto con Alonso Calero que venía subiéndolo en la fusta, mientras lo aguardaba en la desembocadura la fragata para continuar el descubrimiento con el socorro que este capitán iba á buscar al interior de Nicaragua.

Enterado Rodrigo Contreras de todo lo que necesitaba saber y aguijoneada su codicia por los informes de Calero, juzgó que la ocasión era buena para deshacerse de un solo golpe de todos los que pudieran estorbar sus proyectos. Con evidente mala fe suscitó disputas á los dos hombres que habían llevado á cabo la empresa del San Juan, hizo prender á Alonso Calero y lo remitió á Granada, donde lo tuvo tres años en la cárcel, sin darle por ello motivo plausible. Esta fué la recompensa de los grandes servicios prestados por tan esforzado capitán. Consumada esta hazaña, continuó su viaje el gobernador. En la boca del río fundó en un arenal la población de San Juan de la Cruz; de aquí se fué por Suerre, donde halló en un rancho abandonado seiscientos pesos de oro, que con otros tantos robados á los indios envió á su mujer con su cuñado Rodrigo de Peñalosa, para que le remitiese soldados y víveres de que ya estaba muy escaso.

El 15 de noviembre de 1540 llegó ante la fortaleza de Marbella con 90 soldados españoles, algunos esclavos negros y 400 indios chichimecas

de Nicaragua, entre los cuales iban algunas mujeres que hacían el oficio de vivanderas. Hernán Sánchez tuvo noticia de la aproximación de esta fuerza y mandó requerir con un escribano á Rodrigo de Contreras para que se devolviese, en virtud de la provisión de la audiencia de Panamá que le confería la gobernación de Costa Rica; pero el yerno de Pedrarias, que hacía tanto caso de estos papelitos como su difunto suegro, recibió muy mal al mensajero y lo puso de oro y azul. Badajoz se retrajo entonces á su fortaleza con los treintaicinco hombres que le quedaban; los demás habían pagado ya su tributo á las fiebres palúdicas. Contreras puso sitio á Marbella por cuatro partes, colocando guardias en los puntos donde la guarnición se proveía de agua, y á todos los que de ella salían con este objeto los tomaba presos.

Hernán Sánchez de Badajoz era un soldado valeroso y experto; Rodrigo Contreras ignoraba hasta los rudimentos de la guerra; además, la fortaleza era segura y su artillería bastante para haber arriesgado la lucha con buenas probabilidades de triunfo. Así hemos de dar crédito al capitán sitiado cuando asegura que no quiso derramar sangre española. Su conducta en el Perú, donde jamás tomó parte en las luchas fratricidas que sucedieron á la conquista, viene á corroborar su afirma-

ción. [1] Debe considerarse también que la dureza de su disciplina, la severidad con que sabía reprimir las exacciones de los soldados, le habían enajenado la voluntad de éstos; en cambio, gozaba del cariño de los indios con los cuales era afable y bondadoso. No es extraño por lo tanto que la deserción comenzara en Marbella desde la llegada de Contreras, que se aplicó á fomentarla con ofrecimientos y zalamerías. Reducida la guarnición á seis hombres, agotados los víveres y faltando completamente el agua, Hernán Sánchez tuvo que rendirse el 1º de diciembre de 1540. Rodrigo de Contreras lo redujo á prisión y le mandó echar grillos y cadena.

En estas reyertas entre caudillos españoles los procedimientos variaban poco. Cometido un atropello se procuraba justificarlo con un proceso. El mismo día de la rendición comenzó el de Hernán Sánchez, iniciado por Juan de Bastidas, su propio escribano, obedeciendo instigaciones de Contreras. Los cargos contenidos en el proceso resultan infundados, salvo en lo tocante á una infeliz india que se quemó viva en Corotapa sobre una barbacoa, según Badajoz de orden de Coaza de quien era esclava y por haber intentado fugarse. Probable es que así fuera, pero de todos

---

1 Peralta, *obra citada*, p. 744.

modos, al permitir Hernán Sánchez semejante atrocidad, se hizo cómplice de este horrible crimen.

Rodrigo de Contreras heredó del vencido capitán todos los caciques que estaban presos en Marbella; pero los indios no venían como antes á servir y los víveres iban escaseando más y más. Cuando llevaban algunos decían que eran para su amigo Hernán Sánchez, y Contreras al oirlo les daba de palos. Interpelado Coaza sobre lo que sucedía, se negó á escuchar al gobernador, llegando hasta iujuriarlo en su lengua. Contreras hízole echar cadenas amenazándolo para que obligase á los indios á que trajeran comida. Prometió el cacique hacerlo así; pero como pasaron días sin que llegasen las provisiones, el gobernador le dijo que era un mentiroso y un embustero, mandó encender una hoguera, y agarrando al cacique quiso echarlo en ella. Dió tales aullidos el infeliz que los soldados movidos á compasión impidieron que se perpetrase el crimen. Contreras les gritaba: «¡Dejadme quemar este perro; y pues no me lo dejáis quemar, yo lo echaré á los perros que lo coman!»; y efectivamente hizo traer uno muy grande y feroz, pero tampoco lo dejaron realizar su intento. Tratando de disculparse, Rodrigo de Contreras alegó más tarde que todo esto no fué más que una comedia.

La necesidad vino á obligarlo á cambiar de táctica, buscando la manera de conseguir provisiones por las buenas. Para lograrlo puso en libertad á Coxele y le rogó que hiciese venir á los indios; pero como no volviera este cacique, lo mandó á llamar pasados algunos días. Coxele preguntó al mensajero de parte de quien venía. Al saber que era de Rodrigo de Contreras le dió de palos, añadiendo que si Badajoz lo necesitaba iría en seguida. El gobernador dispuso entonces que fuera el capitán Pablo Corzo, á nombre de Hernán Sánchez. El cacique vino inmediatamente como lo había ofrecido; pero al encontrarse delante de Contreras se tapó los ojos para no verlo. Enfurecido éste por la actitud del indio, ordenó que le echasen una cadena al cuello y lo llevaran como perro con traílla al lugar donde tenía una plantación de yucas. Después de una jornada le preguntaron los que lo custodiaban si la yuca estaba lejos todavía; y como dijera Coxele que sí, le dieron crueles azotes. Por fin llegaron al plantío, pero á la noche siguiente, habiendo quedado el cacique sujeto á un árbol por la cadena, logró escaparse y sublevó la tierra, porque era señor muy principal.

Acosados por el hambre los chichimecas talaban los pejibayes para comerse los palmitos, con gran disgusto de los naturales que tenían en mu-

cho aprecio estos árboles, cuya fruta les servía de alimento y también para hacer chicha. Una expedición de doce hombres que salió en busca de maíz, fué atacada y derrotada por los indios encolerizados, que mataron á cuatro españoles, entre ellos al jefe Damián Rodríguez, el mismo que acompañó á Calero en el río de San Juan. Murieron también en esta ocasión muchos de los chichimecas que traían las cargas, siendo de notar que á dos soldados de Hernán Sánchez que cayeron heridos, no sólo no los ultimaron los indios, sino que les dieron de comer y remedios para sus llagas.

El hambre que se hacía sentir en el campo de Contreras no era obstáculo para que el proceso de Badajoz siguiera su curso, bien dirigido como estaba por Salvador de Medina, escribano que había salido huyendo de Méjico perseguido por falsario; tampoco faltaban testigos que por complacer al vencedor se prestasen á declarar contra su jefe en desgracia. Por supuesto, el oro, las joyas, la vajilla de plata, las ropas de seda, los esclavos y demás bienes del acusado, por valor de más de quince mil pesos, habían ido á parar á manos de Rodrigo de Contreras desde el primer día; y por mucho que el infeliz Hernán Sánchez gritaba en su prisión: ¡«Me roban en poblado! ¡No hay justicia para mí!», aquellas eran voces

en desierto. Y como si todas estas desventuras fueran pocas, el galeón enviado á Jamaica naufragó al regreso con la gente, los caballos y los bastimentos. Más todavía, los enfermos que habían quedado en la ciudad de Badajoz, al tener noticia de la rendición de Marbella, recuperaron la salud para fugarse, después de saquear los bienes que allí había dejado su capitán.

Así las cosas, los chichimecas, hastiados de comer palmitos, resolvieron buscar algo más sustancioso y lo encontraron en forma de un muchacho, hijo de un principal de Coaza, que se comieron después de asarlo á conciencia en una barbacoa, conforme á la buena costumbre de su raza. Los indios, que ya estaban muy irritados contra ellos por la tala de los pejibayes y otras depredaciones, se indignaron terriblemente y usando de represalias cayeron una noche de improviso sobre el campamento de los caníbales, mataron á cuarenta, más un esclavo negro, y pusieron en gran alarma el real de Contreras, quien pretendió echar la culpa del suceso á Hernán Sánchez, acusándolo de haber sublevado á los indios por medio de Pablo Corzo. Fuera ó no cierto, consta en procesos seguidos después que Coaza, el cual estaba muy enojado con el gobernador de Nicaragua por haberle quitado éste sus dos mujeres favoritas, entregándolas á los negros y á los

mozos de espuelas, incitaba á Badajoz para que matase aquellos cristianos, ofreciéndole juntar á sus súbditos para acabar con los chichimecas.

Viendo Rodrigo de Contreras que ya no le era posible sostenerse por más tiempo en Corotapa levantó el campo y se fué á Tariaca, donde ya tenía parte de su gente. Su idea era entenderse con el cacique de este nombre, gran enemigo de Coaza, creyendo que por este motivo sería bien recibido por él. Sin embargo, lo primero que hizo al llegar fué ponerlo preso y tratarlo mal. Asimismo hizo prender á casi todos los soldados de Hernán Sánchez, con grandes amenazas, porque reclamaban sus partes de los seis mil pesos que los caciques habían dado á su capitán. Al principio, cuando trataba de ganar sus voluntades, habíales ofrecido este dinero; después les prometió ropas y baratijas para traficar con los indios; pero al ver los soldados que el oro tomaba el camino de Nicaragua, comenzaron á dudar de las promesas del yerno de Pedrarias.

Entre los detenidos estaba el capitán Pablo Corzo quien, según chismes de los soldados, había enterrado en la noche anterior á la llegada de Contreras dos cargas de oro de su propiedad y otras cuatro de Badajoz. Con pretexto de sacar de este oro el quinto del rey, el gobernador hizo interrogar á Pablo Corzo acerca del lugar donde

estaba oculto, y habiendo contestado éste que nada sabía del asunto, urdió una trama indigna para llegar á sus fines. Mandó á un ballestero de apellido Moreno que propusiese al preso que lo haría escapar, á condición de que fuesen á partir del tesoro, para lo cual debían quedarse ambos en la tierra é irse después á Nombre de Dios, de donde podrían volver más tarde en un barco á llevárselo. Se dijo en el campo que Pablo Corzo aceptó la proposición del ballestero; es lo cierto que pudo escaparse ó lo dejaron hacerlo, y fué á esconderse por allí cerca, pues no podía ir muy lejos solo y en país enemigo. Con este motivo Contreras metió gran alboroto, diciendo que lo del oro era verdad y que ya verían cómo iba á volver Pablo Corzo. Así fué, á la noche siguiente el mismo Moreno y un Cerdán, que el gobernador había dejado en vela, lo hallaron escondido en el campamento, detrás de unas damajuanas. Atormentado confesó que tenía el oro y hasta hizo indicaciones del sitio en que se hallaba.

Quince días después se puso en marcha Rodrigo de Contreras con Pablo Corzo, cuarenta soldados y el tesorero de Nicaragua Pedro de los Ríos, para ir á buscar el escondite. Llegaron á orillas del río Tarire, á treinta leguas del real, cerca de Corotapa, que era el lugar señalado. Una vez allí, Corzo dijo que ignoraba totalmente lo del oro;

que lo que había declarado era por el temor que le causaba el tormento, y que aunque lo matasen no podía decir otra cosa. Al oír esto Contreras ordenó que le achicharrasen los pies. Loco de dolor, el infeliz gritó que no lo atormentasen más y que los iba á llevar al sitio donde estaba enterrado el oro. En seguida los condujo á la loma de Corotapa, donde vieron la fortaleza de Marbella quemada y destruída por los indios. Interrogado de nuevo, Pablo Corzo declaró entre gemidos que nada sabía y que por causa del tormento había dicho lo que no era cierto. El feroz Rodrigo de Contreras mandó entonces que lo ahorcasen; pero cuando ya estaba medio muerto cortó la soga é hizo que lo reanimaran; vuelto en sí, le preguntó por última vez donde estaba el oro. Pablo Corzo contestó que nada sabía y que por favor lo acabasen de matar, y así se hizo. Estas eran las obras de Rodrigo de Contreras, ilustre caballero de Segovia y noble por los cuatro costados. [1] Sin embargo, el historiador Fernández de Oviedo habla en términos laudatorios de este tira-

---

1 Rodrigo de Contreras descendía de Diego González de Contreras, corregidor de Segovia, y de Dª Angelina de Grecia, dama de la casa real de Hungría y esclava de Bayaceto I, que fué cautivada con el sultán su amo en la batalla de Ancira por Timur Leng. Este famoso conquistador la envió de presente al rey de Castilla D. Enrique III, quien á su vez la dió por esposa al corregidor de Segovia. CARTAS DE INDIAS, p. 742.

no; [1] Bancroft hace lo mismo y hasta lo califica de gobernante justo y humano. [2] Con apreciaciones más verdaderas D. José D. Gámez se muestra mucho menos favorable, cuando dice que era «execrado de todo el vecindario». [3] Asimismo don Tomás Ayón refiere que hubo «contra él quejas gravísimas».[4] «Fray Bartolomé de Las Casas lo acusa de ser la causa principal de todos los alborotos ocurridos en Nicaragua. [5]

---

1 «En tanto, desde que Rodrigo de Contreras fué á aquella tierra estuvo exercitando su officio, como buen gobernador, é tuvo en paz é buena justicia aquellas tierras é provincias, que por Su Magestad le fueron encomendadas, é procurando la conversión é buen tratamiento de los indios para que viniessen á conoscer á Dios». OVIEDO, lib. XLII, cap. XIV.

2 «His conduct is at least in strong relief with that of his two predecessors, and apart of certain accusations brought against him by the ecclesiastics, with whom he was ever at variance, the annals of his time portray him as a just and human ruler. He at once began the task of establishing law and order in his territory, thus gaining the confidence of the settlers; and all traces of evil wrought by the absconder Castañeda were speedily effaced». HUBERT HOWE BANCROFT, *History of Central America*. t. II, pág. 170.

3 José D. GÁMEZ, *Historia de Nicaragua*, págs. 169 y 179.

4 TOMÁS AYÓN, *Historia de Nicaragua*, t. I, p. 228.

5 «En verdad que espero en Nuestro Señor que a de servir mucho (el nuevo obispo de Nicaragua) a Dios y a S. M. en aquella provincia de Nicaragua, avnque está una de las desvergonzadas y perdidas, asi en lo que toca a Dios, commo a la justicia que ay en estas Indias; por questá llena de malhechores y tyranos y de grandes alborotos, y la causa de todo bullicio principal, avnque ay otros hartos malos christianos, se dize ser Contreras». CARTAS DE INDIAS. Fray Bartolomé de Las Casas al rey, de la ciudad de Gracias á Dios, á 9 de noviembre de 1545.

El hambre y las enfermedades obligaron al fin á Rodrigo de Contreras á pensar en la retirada. Antes de emprenderla condenó á Hernán Sánchez á ser deportado á España. La sentencia aparece firmada en Doybabarú de Tariaca, el 5 de marzo de 1541. Los indios atacaron la expedición durante la retirada, matando á muchos de los chichimecas é hiriendo á varios españoles, entre ellos al capitán Diego de Castañeda. Al llegar á Badajoz, tuvo que repeler el gobernador un segundo ataque, y en esta ciudad se embarcó, dejando en ella una pequeña guarnición al mando del mismo Castañeda. Pero no tardaron en amotinarse los soldados, fugándose en los bergantines que dejó Rodrigo de Contreras.

El cacique de Tariaca murió en la prisión; Coaza de tristeza en Badajoz, al ver que lo sacaban de su tierra; el infortunado Hernán Sánchez, que había logrado salvar de las uñas de Contreras algunas sartas de perlas y unas pocas barras de oro y de plata, ocultas en un portacartas, en medio de sus papeles, todo por valor de dos mil ducados, tuvo la pena de perder este supremo recurso durante la última marcha. Un indito de Nicaragua, único servidor que le quedaba, traía el famoso portacartas y se escapó con él en compañía de una de las mujeres de Coaza, de quien estaba enamorado.

En cumplimiento de la sentencia dictada contra él en Doybabarú, Hernán Sánchez fué embarcado en la boca de Taure, bajo la custodia de Diego de Contreras. Iba en tal estado de miseria y desnudez, que Rodrigo de Peñalosa, compadecido, le regaló una camisa y unos zapatos de terciopelo. Y como si todos los infortunios que había sufrido no fueran bastantes, se desataron sobre su cabeza las iras de la corona, que fulminó contra él nada menos que cinco reales cédulas.[1] El rey desaprobó en todos los tonos la conducta del Dr. Robles, que contra lo mandado expresamente había puesto en manos de su yerno la conquista de Costa Rica, y ordenó á Hernán Sánchez, bajo las penas más severas, que saliese de este país. También la virreina de las Indias protestó contra él, pero sin motivo alguno, porque no puso los pies en el ducado de Veragua. En abril de 1542[2] llegó á Valladolid Rodrigo de Contreras con el proceso seguido contra Badajoz, y el consejo de Indias mandó meter á éste en la cárcel, donde murió cuatro años después agobiado por la desgracia.

De los soldados de Hernán Sánchez sólo escaparon con vida siete ú ocho; de los de Contreras

---

1 León Fernández, *Documentos para la historia de Costa Rica*, t. iv, págs. 87, 88, 101, 104 y 105.

2 Manuel M. de Peralta, *Costa Rica, Nicaragua y Panamá*, p. 746.

treintaicinco, y de los famosos chichimecas murieron más de trescientos.

¡Cuántas vidas humanas sacrificadas en aras de la codicia!

## CAPITULO IX

**Diego Gutiérrez nombrado gobernador de la Veragua Real ó Cartago. Sus disputas con Rodrigo de Contreras. Expedición á Suerre. La villa de Santiago. El historiador Jerónimo Benzoni. La ciudad de San Francisco. Exacciones de Diego Gutiérrez. Los caciques Camaquire y Cocorí. Alzamiento y confederación de los indios. Derrota y muerte de Diego Gutiérrez en Tayutic.**

---

En tanto que por la posesión de Costa Rica se derramaba sangre y se cometían crímenes inicuos, el soberano disponía de la provincia en favor de un tercer competidor ajeno á la contienda, burlando así las ambiciones de Hernán Sánchez de Badajoz y de Rodrigo de Contreras.

Un hermano de Felipe Gutiérrez, llamado Diego, á quien la catástrofe del fundador de la desventurada colonia de la Concepción no había servido de escarmiento, quiso á su vez probar la fortuna lanzándose en el peligroso camino de las aventuras.

Se presentó al rey ofreciéndole conquistar y poblar á su propia costa la parte de territorio que á la corona le quedaba en Veragua, fuera de las veinticinco leguas del ducado. [1] El monarca aceptó sus proposiciones y el 29 de noviembre de 1540 fué nombrado Diego Gutiérrez gobernador y capitán general de una provincia cuyos límites, comenzando en los confines del ducado, debían correr de mar á mar, hasta el río Grande, [2] al oeste del cabo Camarón en Honduras, excepción hecha de los territorios encomendados á otros gobernadores. El nombramiento era vitalicio para él y un heredero y se le fijó un salario de 1,500 ducados anuales y otros 1,500 de ayuda de costa. La capitulación celebrada entre el rey y Diego Gutiérrez concedía á éste, además, el alguacilazgo mayor, la tenencia de una fortaleza y consignaba la promesa de un estado de cuatro leguas en cuadro y la de un título nobiliario. A esta nueva provincia que venía á sustituir á la antigua Veragua, se le puso el nombre de Cartago, aunque no de un modo expreso, pues sólo se la llama así incidentalmente en una de las cláusulas de la capitulación. [3]

---

1 Don Manuel M. de Peralta ha dado á este territorio el nombre de Veragua Real.

2 El río Román ó Aguán.

3 León Fernández, *Documentos*, t. IV, p. 93.

Diego Gutiérrez era pobre y padre de numerosa familia; sin embargo pudo conseguir los recursos necesarios para armar un hermoso navío, y en compañía «de caballeros é hidalgos é lucida gente, aunque de poco número»[1] arribó á la ciudad de Santo Domingo el 5 de julio de 1541. Conversando allí con el historiador Gonzalo Fernández de Oviedo, de quien era amigo, se manifestó animado de las mejores intenciones respecto de los indios, á los cuales se proponía tratar muy bien. El mismo autor dice que Gutiérrez era «hombre bien hablado y de buena crianza».

El 5 de agosto salió de Santo Domingo con doscientos hombres, muy bien equipados, en el navío traído de España, llevando además un bergantín que compró en la isla junto con una carabela que fué en su alcance, en el mes de octubre, con caballos y otras cosas necesarias para la conquista. En Jamaica se le amotinaron los soldados y tuvo que seguir en compañía de unos pocos fieles para Nombre de Dios donde enfermó de gravedad. La escasa gente que le quedaba aprovechó la coyuntura para irse al Perú.

Motivos bastantes había para desistir de una empresa que comenzaba tan mal, pero la famosa Veragua, que hartas vidas había consumido ya,

1 FERNÁNDEZ DE OVIEDO, lib. XXX, cap. I.

parece que ejerciera una extraña fascinación sobre todos los que con ella soñaban. Diego Gutiérrez no fué una excepción, y sin que la fuga desleal de sus gentes lograse desalentarlo resolvió ir adelante. Con sólo cuatro ó cinco hombres se embarcó para Nicaragua, cuya costa atlántica estaba comprendida en los límites de su gobernación. Subió en una fragata por el río San Juan, y una vez en aquella provincia hizo amistades con un Francisco Calado, portugués, y con Alonso de Baena, como él madrileño, que se había hecho rico en el Perú, y entre estos dos le prestaron algunos miles de pesos que necesitaba para emprender conquista y población.

Con no poco disgusto vió llegar Rodrigo de Contreras á este nuevo competidor, á quien no se atrevía á prender ni á despojar como á Calero y á Hernán Sánchez, no tanto por venir bien provisto de reales cédulas en buena y debida forma, como porque sabía que no le faltaban apoyos en la corte. [1] Con todo, le promovió disputas acerca de los límites de sus respectivas gobernaciones, alegando que sus derechos habían sido vulnerados en lo tocante á la posesión del río San Juan, descubierto hasta el

1 La real cédula de 11 de enero de 1541 (León Fernández, *Documentos*, t. IV, p. 103) manda respetar los límites de la gobernación de Diego Gutiérrez so pena de muerte, de pérdida de todos los bienes y de ser habidos por aleves y traidores los que intentasen entrar en ellos.

mar por los capitanes Machuca de Zuazo y Alonso Calero. Sobre este punto presentó una reclamación que tuvo por resultado la sentencia del consejo de Indias de 16 de marzo de 1541, modificada por la de 9 de abril del mismo año, [1] en la cual se declara que Diego Gutiérrez podía entrar en el río, poblar y hacer repartimientos en ambas márgenes, siempre que no fuera en los lugares donde ya lo hubiesen hecho Rodrigo de Contreras y sus capitanes; pero que en ningún caso le era lícito llegar á una distancia mayor de quince leguas del lago ni entrar en éste ni en las dichas quince leguas.

Estas discordias obligaron á Diego Gutiérrez á permaner en Nicaragua cerca de dos años, hasta que al fin hizo las paces con el gobernador de Nicaragua por intervención del obispo, lo que le permitió reunir algunos hombres y con ellos se dispuso á comenzar la conquista de sus futuros dominios. Viéndolo en esta disposición, Rodrigo de Contreras, que había podido juzgar de la eficacia del método empleado por Hernán Sánchez de Badajoz, le dió el consejo de que lo imitase, aunque en parte nada más. Después de pintarle con los colores más sombríos el terrible país á donde se encaminaba, recordándole los desastres que en él habían experimentado muchos capita-

---

1 Manuel M. de Peralta, *Costa Rica, Nicaragua y Panamá*, p. 113.

nes, de los cuales no era el menor el de su hermano Felipe Gutiérrez, le dijo que no se metiera en conquistarlo, porque no era posible andar en él á pie y menos á caballo, por la espesura de los bosques y la fragosidad de las montañas; que si quería lograr su objeto se situase con cien hombres en la costa y cada vez que lo permitieran las lluvias hiciese correrías á los pueblos de los indios para quitarles el oro que tenían en abundancia, y que él, por su parte, se comprometía á proveerlo de víveres y demás cosas necesarias, siempre que fueran á partir de utilidades.

La proposición era digna de Contreras, pero Gutiérrez no la aceptó y le dijo que el rey lo había mandado á poblar y no á robar, y que esperaba en Dios tendría mejor suerte que sus predecesores. Hermosas palabras, que por desgracia no fueron más que palabras, como adelante se verá; y razón tiene Oviedo cuando escribe que «este gobernador era mejor hablado que apercibido para el cargo que llevaba».

Salió Diego Gutiérrez de la ciudad de Granada á fines de 1543 en dos bergantines y con sesenta soldados. Fué á salir al mar por el Desaguadero, dirigiéndose luego al río Suerre, [1] en el cual pe-

---

1 El río de Suerre es el Pacuare actual. Algunos han querido identificarlo con el Reventazón; pero esto es un error, como lo demuestran nu-

netró; y habiendo hallado á seis millas aguas arriba unas chozas deshabitadas, dispuso alojarse en ellas con su gente y las bautizó con el nombre de villa de Santiago, dotando á ésta de un cabildo compuesto del capitán Pedro Ruiz, de Juan García Pacheco, García Osorio, Francisco Calado, Luis Carrillo de Figueroa y Alonso de Baena. En seguida escribió al rey, con fecha 22 de noviembre del mismo año de 1543, para informarlo de la fundación de la villa y pedirle que lo nombrase gobernador de Nicaragua. Una de sus primeras disposiciones fué la de hacer pregonar que, bajo pena de cien azotes, todos debían dar á su gobernación el nombre de Cartago y Costa Rica y no el de Veragua.

---

merosos documentos, entre ellos uno que es concluyente: la proposición de don Juan Fernández de Salinas y de la Cerda para conquistar la Talamanca, hecha en 1651 (León Fernández, *Documentos*, t. v, p. 336). Dice así: «.....aviendo tenido noticia quel puerto del rrío *Suerre*, que cae en la costa de la mar del norte, se avía perdido más avía de veynte y un años y ydose la mayor parte del agua por un paraxe que llaman la *Reventazón*». En 1707 el gobernador D. Lorenzo Antonio de Granda y Balbín nombra á D. Antonio López del Corral teniente de gobernador del «valle de *Matina*, *Suerre* y *Reventazón* (IBÍDEM, p. 443) y en un informe del gobernador D. Diego de la Haya, del año de 1719 (IBÍDEM, p. 476), se lee lo siguiente: «Este dicho valle (de Matina) es costa abierta y corre de norte sur, y por partes noroeste sudeste. Hállase en él un puerto pequeño que es el *Portete*, y cuatro barras de mar nombradas la boca de *Jiménez*, la de *Suerre*, la del río de *Matina* y la del río de *Moín*». Más terminante aún es un informe del ingeniero D. Luis Díez Navarro del año 1771, publicado por el señor Peralta (*Costa Rica y Colombia*, p. 163). Dice así: «Intermedian el río de la *Reventazón* ó *Ximénez* y el de *Sucrre* ó *Pacuare*».

Instalado Gutiérrez en la villa de Santiago, llegaron á visitarlo algunos señores indios, que sabiendo ya á lo que los españoles iban á sus tierras, le hicieron un obsequio de setecientos ducados en objetos de oro bajo. El gobernador, colmándolos de atenciones, quiso mostrarse también generoso, dando á cada uno de ellos una corona de cuentas de vidrio, cascabeles y otras baratijas; y después de decirles por señas que él no había ido allí con más objeto que el de enseñarles el camino de la salvación, preguntóles de dónde traían el oro. Los indios respondieron que de muy lejos y que lo sacaban de los ríos. Estos señores regresaron á sus pueblos de donde siguieron enviando algunos víveres á la villa.

Por muchos deseos que tenía el capitán de continuar su exploración, las fuertes lluvias no se lo permitieron, obligándolo á permanecer en Santiago largo tiempo. Los víveres traídos de Nicaragua se agotaron y el hambre asomó la cara, el hambre de Veragua, el hambre que había rendido á Colón, á Nicuesa y á Felipe Gutiérrez. El gobernador ocurrió entonces á sus amigos los caciques para que lo proveyesen de un poco de maíz, mientras le era posible internarse. Los indios, que estaban impacientes por verse libres de tan incómodos huéspedes, enviaron provisiones, pero en muy corta cantidad para obligarlos así á dejar

la tierra. Por otra parte, viendo los soldados el mal aspecto que tomaba el negocio y recordando la negra suerte de todos los conquistadores de Veragua, pusiéronse de acuerdo y se escaparon una noche hacia la mar. Llegaron por la costa á la boca del San Juan, donde los recogieron unos barcos que iban de Nombre de Dios para Nicaragua. Con el gobernador sólo quedaron un sobrino suyo llamado Alonso de Pisa, cuatro criados y un marinero.

Al verse abandonado por segunda vez, Diego Gutiérrez tomó igual resolución que la primera: la de irse á Nicaragua; pero como siempre conservaba la esperanza de volver, dejó enterradas en Santiago unas vasijas llenas de sal y de miel. Bajó el río en una fragata, y cuando ya iba á salir del puerto, recibió un socorro inesperado con la llegada de un bergantín cargado de gente, municiones y víveres, que le enviaban de Nicaragua á las órdenes del capitán Barrientos. Gutiérrez, lleno de alegría, acoge á los recién llegados con efusión, los colma de atenciones y promesas y resuelve quedarse en el puerto mientras volvía su sobrino Alonso de Pisa, al cual mandó á Nombre de Dios en el bergantín á buscar más gente, entregándole con este objeto el oro que le habían regalado los caciques y que iba á servir así de cuchillo para sus propias gargantas.

Alonso de Pisa pudo juntar veintisiete soldados en Nombre de Dios, entre ellos al milanés Jerónimo Benzoni, que nos ha legado un relato muy interesante de las aventuras de Diego Gutiérrez. [1] Habiendo salido en el bergantín para Suerre á mediados de 1544, llegó allí cuatro días después, pero como el mal estado de la barra no le permitió entrar en el río tuvo que devolverse y se fué á refugiar en la bahía del Almirante, en cuyas islas permaneció setenta y dos días esperando que abonanzase la mar. Estas islas no estaban ya habitadas, porque los indios las habían desamparado por huir de las frecuentes incursiones de los españoles, y no fué posible hallar comida. Dispuso entonces Alonso de Pisa acercarse á tierra firme para buscar á los indios. Después de ocho días de inútiles pesquisas por montañas y pantanos, determinó volverse á la costa y seguir á pie por la playa hasta Suerre, á donde pudo llegar con grandes penalidades. El bergantín no arribó sino veinte días después.

Recibido el refuerzo de Nombre de Dios, Diego Gutiérrez envió de nuevo á su sobrino á este lugar en el mismo barco á traer más soldados, para lo

---

1 Girolamo Benzoni, *Dell' Historie del Mondo Nuovo*, lib. II, fol. 83 y siguientes. Venetia, 1572. León Fernández, *Historia de Costa Rica*, páginas 77 á 94.

cual le dió otra cantidad de oro, que fundida en Panamá produjo mil quinientos castellanos. Sin aguardar su regreso y haciendo antes gran provisión de grasa y carne de tortuga, se metió río arriba con la fragata y cuatro canoas grandes, llegando el 4 de octubre á la comarca de Suerre, [1] situada á treinta millas de la costa, donde halló una gran casa ovalada, hecha de cañas y con techo de hojas de palma muy bien trenzadas, que servía de residencia al cacique cuando iba á pescar al río. En ella se alojó y le puso el nombre de ciudad de San Francisco. Llegaron á visitarlo el señor de Suerre, el de Cuyupa y otros principales, quienes le hicieron un obsequio de frutas. Gutiérrez los recibió muy bien, pero no pudo disimular la extrañeza que le causó el hecho de que las golosinas no vinieran acompañadas de oro, que era sin duda la más grata á su paladar. Aprovechó sin embargo la ocasión para decirles por medio de un soldado que hablaba un poco la lengua del país, que su venida tenía por objeto traerles un consuelo muy grande. Adelante se verá qué clase de consuelo era éste. En seguida, queriendo imitar tal vez á Hernán Sánchez de Badajoz, los invitó á comer á su mesa con el ca-

---

1 Véase p. 72, nota 1.

pellán de la expedición [1] y el intérprete. Es de creerse que los señores indios no supieron apreciar debidamente las gallinas y el puerco salado que aquel día sirvieron en la mesa del gobernador y capitán general, porque muy poco ó nada se dignaron comer, dando todo lo que les ponían delante á sus criados, que asistían al banquete sentados en el suelo en torno de la mesa; y éstos, menos discretos que sus amos, lo echaban á su vez á los perros, haciendo mofa de los manjares del ilustre enviado del monarca español.

Terminada la fiesta, Diego Gutiérrez creyó llegada la ocasión de echarles un discursito de sobremesa que Benzoni ha conservado para la posteridad: «He venido á vuestras tierras, queridos amigos míos—les dijo,—para sacaros de la idolatría á que hasta hoy, por artificio del demonio, habéis estado entregados, y me propongo enseñaros el verdadero camino de la salvación de vuestras almas, y cómo Jesucristo, hijo de Dios, nuestro Salvador, bajó del cielo y vino á la tierra á redimir el género humano». Añadió que el haber venido desde España aquel sacerdote allí presen-

---

1 Consta en documentos que este sacerdote se llama Francisco Bajo. Juan Vázquez de Coronado (PERALTA, *Costa Rica, Nicaragua y Panamá*, pág. 781) escribe al rey en 1563, que fray Martín de Bonilla «vino por capellán de la armada de Diego Gutiérrez»; pero no formó parte de la expedición á Suerre.

te, no tenía más fin que enseñarles las cosas de la fe y de la religión cristiana, y que se fuesen preparando para someterse á su divina ley y á dar la obediencia al emperador Carlos Quinto, rey de España y monarca del mundo. Los indios no contestaron una sola palabra, y no es arriesgado suponer que de aquel discurso no entendieran cosa alguna. Limitáronse á bajar la cabeza como diciendo amén á todo y se volvieron á sus casas.

Al día siguiente envió el gobernador un mensajero á llamar á los caciques Camaquire y Cocorí, los mismos que le habían regalado los setecientos ducados y lo proveyeron de víveres en la villa de Santiago, para que viniesen á verlo, bajo promesa de que no les haría ningún daño. Llegaron ambos, aunque de mala gana, y Diego Gutiérrez, violando la palabra empeñada, los hizo prender y echarles una cadena al cuello. Consumada esta villanía, les dijo que le devolviesen la sal y la miel que había dejado enterradas en Santiago. Contestáronle ellos que ignoraban el asunto y que ninguna necesidad tenían de lo que les sobraba. Prorrumpió entonces el gobernador en amenazas y denuestos contra sus prisioneros, que para mayor seguridad hizo liar á los pies de su cama, obligándolos á dormir en el suelo. Camaquire, el más joven, que tenía fama de ser muy rico, hizo

que le trajesen dos mil ducados en joyas de oro; pero esta suma no fué bastante para moderar la codicia del gobernador, que á diario amenazaba á los caciques con hacerles cortar la cabeza si no le daban más oro; y como no lo hacían, mandó encender una hoguera y que llevaran á Camaquire al sitio donde ardía. Una vez allí, le mostró un gran cesto y le dijo que si dentro de cuatro días no le daba oro suficiente para llenarlo seis veces, lo haría quemar vivo. Atemorizado el infeliz, despachó á sus esclavos con orden de que trajesen todo el que pudieran haber.

Estos caciques, como todos los indios, acostumbraban bañarse varias veces al día, y un criado fiel del gobernador era el encargado de llevarlos al agua. Sucedió que á la tarde del día siguiente al de la amenaza de la hoguera, el criado dejó mal cerrada la prisión después del baño, y durante la noche logró fugarse Camaquire. Fué tan grande la contrariedad de Diego Gutiérrez, al ver así evaporados los montones de oro con que soñaba, que enfermó de pesar, y cuando veía el famoso cesto exclamaba rabioso que se ensuciasen dentro. Pero le quedaba Cocorí y sobre él cayeron sus iras. Este cacique, más varonil que su compañero, no se dejaba amedrentar por sus amenazas, contestando siempre con firmeza que no daba oro porque no lo tenía.

Exasperado Diego Gutiérrez le dijo que si no le entregaba cierta suma lo haría despedazar por sus perros. Estas palabras fueron entendidas por el indio que le replicó con altivez que era un mentiroso y un embustero, porque muchas veces lo había amenazado ya con matarlo y sin embargo no lo hacía; que cuando vino á verlo fué bajo la fe de su palabra, confiado en que sería bien recibido y no ultrajado de aquella manera, y que no sabía de qué casta eran los cristianos que tantas maldades cometían por doquiera que pasaban. Lleno de sorpresa al oír estas palabras tan enérgicas, y avergonzado quizás de su iniquidad, Gutiérrez se limitó á contestarle que lo tenía preso porque era un ladrón que le había robado la sal y la miel.

Indignados por las crueldades y exacciones del gobernador, el cacique de Suerre, el de Cuyupa y varios más incendiaron los pueblos, cortaron los árboles frutales y se fueron á los montes llevándose las cosechas para quitar así á los españoles todo medio de subsistencia. Seis indios que envió Gutiérrez en una canoa al puerto de Suerre á traer armas y otras cosas que allí había dejado, huyeron con todo el cargamento al regreso. Por otra parte, Alonso de Pisa no parecía y los soldados, que de nuevo veían asomar el hambre, murmuraban tratando otra vez de fugarse. En

tan mala postura, Gutiérrez tomó la resolución desesperada de internarse por los bosques en seguimiento de los indios confederados. Repartió entre su gente los pocos víveres que le quedaban, reservando para sí los mejores, y envió los enfermos al puerto, con orden de que apenas llegase Alonso de Pisa saliese tras él, para lo cual tendría el cuidado de ir dejando señales en los árboles.

Levantó el campo y dispuso que los bagajes los llevasen á cuestas los indios de Cocorí. Al ver el cacique que á él también le destinaban una carga se echó á llorar como un niño, prometiendo al gobernador que si le devolvía la libertad, en término de cuatro días iba á traerle una buena suma de oro. Porque pudo más en el ánimo del cacique el temor de esta cruel afrenta, que la amenaza de la tortura y de la muerte, ante la cual no había temblado un solo instante. La noble conducta de este indio hace aún más odiosa la de los que así maltrataban á gentes que de seguro valían más que sus verdugos. Parece que el gobernador se mostró en un principio inclinado á dejar ir á Cocorí; pero á su lado había algunos que eran peores que él y le aconsejaron que no lo hiciese, diciendo que el cacique no era más que un embustero; que mientras lo mantuviera preso, sus gentes no dejarían de llevarles comida,

y que antes bien mandase á robar su pueblo para aumentar las provisiones y los indios de carga. No le faltaron á Gutiérrez deseos de seguir un consejo tan conforme con sus inclinaciones, pero no se atrevió á ordenar el saqueo por temor de que se fugasen los encargados de llevarlo á cabo.

Anduvo el gobernador cinco ó seis días por espesos bosques y atravesó una muy alta y áspera cordillera sin hallar una sola habitación, hasta que llegó á las márgenes de un río grande y torrentuoso, [1] donde había algunas chozas abandonadas, llenas de huesos de animales salvajes. Encontró también allí gran cantidad de árboles de zapote y plantaciones de yucas, que sirvieron eficazmente para matar el hambre de que sufría la expedición. Aquí se detuvo dos días para descansar. Continuó su marcha, y pasados tres más, llegó á un lugar de donde partían dos senderos en distintas direcciones. Gutiérrez preguntó á uno de los indios que cuál de los dos caminos debía seguirse para llegar á cualquier pueblo. El interpelado contestó que no lo sabía, y el gobernador le hizo cortar la cabeza en el instante por sus dos esclavos negros. Interrogado á su vez Cocorí dió la misma respuesta y Gutiérrez mandó que lo matasen también. Al oír su sentencia, el cacique

1 Probablemente el río Chirripó.

depuso la carga, y bajando la cabeza con admirable estoicismo, esperó el golpe sin pestañear. Conmovido al fin el bárbaro español por tanta grandeza de alma, detuvo el brazo de sus esclavos, perdonando á este indio valeroso una vida de que tan poco caso hacía.

No sabiendo qué camino tomar, pernoctó la expedición en aquel sitio, donde quedaron tres hombres rendidos de fatiga, que murieron después á manos de los indios. Diego Gutiérrez, egoísta y duro, siguiendo el ejemplo de su hermano Felipe, escatimaba á sus hambrientos soldados las provisiones que tenía para su gasto, obligándolos á buscar raíces para no perecer. [1] A este respecto Benzoni relata una anécdota muy graciosa. [2] En dos días de marcha llegó la expedición á la entrada de un bosque, donde se divisaron espías apostados que huyeron en el acto. A la mañana siguiente, gran número de indios pintados de negro y rojo, colores de la guerra, cayeron de pronto sobre los españoles con espantosa vocinglería y mucho ruído de trompetas y tambores. Diego Gutiérrez, que en aquel momento se había apartado del campo para satisfacer una necesidad corporal, fué el primero á quien mataron.

---

1 Véase p. 77.

2 León Fernández, *Historia de Costa Rica*, p. 88.

Los soldados se defendieron valerosamente como buenos españoles, haciendo retroceder á los indios y matando á muchos; pero á éstos les llegaron refuerzos, lo que les permitió tomar nuevamente la ofensiva, y ya esta vez no pudieron resistirles sus adversarios, debilitados por el hambre y la fatiga.

La batalla no duró diez minutos. De más de cuarenta soldados españoles que acompañaban á Diego Gutiérrez, murieron la mitad, así como los dos esclavos negros; los restantes escaparon con mucho trabajo por los montes. Unos pocos, entre éstos Benzoni, se devolvieron por el mismo camino que traían. En su retirada fueron á dar contra un grupo de veinticinco caciques y principales, armados de lanzas, que no llevaban pinturas y tenían un manto puesto sobre el hombro. Rompieron los fugitivos por entre estos señores, y á poco correr encontraron al P. Francisco Bajo que en unión de dos soldados había huído desde el comienzo del combate. Dos horas después se toparon con Alonso de Pisa que venía con un socorro de veinticuatro hombres. Enterándolo estaban del desastre y muerte de su tío, cuando de pronto se vieron rodeados por más de cien indios, portadores de espadas, rodelas y ballestas, trofeos de su victoria, que se pusieron á bailar de alegría, gritándoles algunos en lengua castella-

na: «¡Toma oro, cristiano; toma oro!»; pero no se atrevieron á atacarlos, al ver el refuerzo de Alonso de Pisa.

Diego Gutiérrez fué desbaratado y muerto en el mes de diciembre de 1544 en Tayutic ó Teotique, lugar situado en el valle de Tayut. [1] Veinte años después tuvo informes Juan Vázquez de Coronado de que el cacique de Suerre, uno de los confederados, conservaba aún los despojos de la expedición. [2] Los indios cortaron la cabeza, los pies y las manos al gobernador y á sus dos esclavos negros; los demás cadáveres fueron abandonados y los sobrevivientes del desastre, al cabo de grandes fatigas y crueles ham-

1 El señor obispo Thiel (*Revista de Costa Rica en el siglo XIX*, t. I, p. 14) sitúa el lugar de Tayutic ó Teotique, cerca de Tucurrique. Esto es un error fácil de rectificar con la lectura de los documentos históricos. En un informe de los misioneros del año 1705 (Fernández, *Documentos*, t. v, p. 430) se lee lo siguiente: «*Teotique* es otro paraje que estará de *Cartago* cuatro días de camino, donde río abajo de este paraje se puede poblar otros mil indios y tienen algunos platanares *Tuis* un día de camino acá de *Teotique* y dos días á la ciudad de *Cartago*». Conocida la situación de Tuis, que aun conserva su nombre, no es posible afirmar que Teotique se hallase cerca de Tucurrique. De la lectura de este y otros documentos resulta que el pueblo de Tayutic y valle del Tayut se hallaban en el camino que conducía de Cartago á Chirripó, entre este pueblo y el de Tuis, á dos jornadas de Chirripó y una de Tuis, lo que permite suponer que el valle del Tayut, Teyutid ó Tayutic es el actual valle de Platanillo y tal vez el de Moravia. Véase LEÓN FERNÁNDEZ, *Documentos*, t. II, p. 168 y siguientes, t. III, págs. 261 y 278, y t. v, págs. 433, 434 y 445.

2 MANUEL M. DE PERALTA, *Costa Rica, Nicaragua y Panamá*, p. 302.

bres, lograron llegar por la costa á la boca de Taure y de allí se fueron embarcados para el interior de Nicaragua.

Tal fué el terrible fin de este gobernador codicioso é inhumano.

# CAPITULO X

Diego Machuca de Zuazo y Alonso Calero solicitan la gobernación de Costa Rica. Juan Pérez de Cabrera nombrado gobernador de Cartago ó Veragua. Sumisión de los indios chomes y abangares. Comisión de Alonso Ortiz de Elgueta. El licenciado Juan de Cavallón y el P. Juan de Estrada Rávago. La audiencia de Guatemala nombra á Cavallón alcalde mayor de Nicaragua y lo faculta para entrar á poblar y descubrir la provincia de Nuevo Cartago y Costa Rica. El P. Estrada Rávago en la bahía del Almirante. La villa del Castillo de Austria. Fracaso de Estrada Rávago. Cavallón invade por el Pacífico. Funda la ciudad de Garci Muñoz y la villa de Los Reyes y puerto de Landecho. La conquista se extiende hasta las vertientes del Atlántico. Dureza de Cavallón. Bondad de Estrada Rávago. Viaje de Cavallón. El P. Estrada Rávago teniente de alcalde mayor.

---

El 30 de julio de 1545, [1] pocos meses después de la trágica muerte de Diego Gutiérrez, el capitán Machuca de Zuazo, por sí y en nombre de su ami-

---

1 M. M. DE PERALTA, *Costa Rica, Nicaragua y Panamá*, p. 752.

go Alonso Calero, se presentó ante la real audiencia de los Confines, residente en la ciudad de Gracias á Dios, solicitando la gobernación de Costa Rica, con los mismos salarios y capitulaciones de que había gozado Gutiérrez. La audiencia envió la solicitud á Madrid á los señores del consejo de Indias, ante quienes fué apoyada calurosamente por el obispo de Nicaragua fray Antonio de Valdivieso, [1] pero como la corona estaba ligada por un contrato con los herederos del siniestro gobernador de Cartago, se limitó á dar traslado de la solicitud á su hijo D. Pedro Gutiérrez de Ayala, con fecha 14 de septiembre de 1546.

Pasaron sin embargo tres años sin que éste tomara resolución alguna, hasta que exigiéndole el rey el cumplimiento de lo pactado con su padre, Gutiérrez de Ayala eligió para que lo reemplazase, como era su derecho, á Juan Pérez de Cabrera, «caballero, hijodalgo é mayorazgo caudaloso y emparentado en estos reynos», [2] al cual cedió casi todos sus privilegios, reservándose tan sólo una pequeña parte del sueldo y de las tierras que le correspondían conforme al contrato de 1540.

Aceptada la designación de Juan Pérez de Cabrera, hombre práctico en materia de conquistas

1 Ibídem, p. 754.
2 Ibídem, p. 159.

y reducciones de indios, que había sido ya gobernador y capitán general de Honduras durante los dos años que mediaron entre la muerte de D. Pedro de Alvarado y la llegada del adelantado Francisco de Montejo, [1] el rey le confirió el nombramiento de gobernador de Cartago ó Veragua el 22 de febrero de 1549, junto con el de corregidor de Trujillo en Honduras. Pérez de Cabrera salió de España poco después en dos navíos, llevando 500 hombres y todos los pertrechos necesarios, y fué á desembarcar á Honduras; pero cuando quiso poner manos á la obra, tropezó con graves dificultades en la audiencia de Guatemala, que le exigía llevase á cabo la conquista de manera humanitaria, como lo mandaba el rey, y no á sangre y fuego como él lo pretendía. Ante tamaña exigencia el sucesor de Diego Gutiérrez renunció á la empresa, y para indemnizarlo de sus gastos la audiencia le dió la gobernación de Honduras.

Los derechos de D. Pedro Gutiérrez de Ayala caducaron en virtud del desistimiento de Juan Pérez de Cabrera y corrieron años sin que se intentase hacer cosa alguna en territorio de Costa Rica, cuyas grandes riquezas, pregonadas desde los tiempos de

---

1 M. M. de Peralta, *Exposé des droits territoriaux de la République de Costa-Rica*, p. 50.

Colón, continuaban ocultas en el misterio de sus inmensos bosques y asperísimas montañas. En 1554 y con motivo de la rebeldía de Francisco Hernández Girón en el Perú, la audiencia de Guatemala nombró corregidor de Nicoya, puerto de Chira y Paro á Pedro Ordóñez de Villaquirán, para que estuviese en «guarda y defensa» de aquella comarca, considerada entonces como frontera del Perú, [1] y á la cual solían llegar en efecto muchos aventureros procedentes de aquel país. Villaquirán no tuvo necesidad de desenvainar la espada contra los rebeldes, pero durante los dos años que estuvo en Nicoya recibió la sumisión voluntaria de los indios chomes y abangares, á cambio de algunos ornamentos de iglesia que se les dieron. Con este motivo envió á la audiencia un informe entusiasta sobre «la gran riqueza de oro que la gente de Veragua alcanza». Este informe, trascrito á España, vino á llamar de nuevo la atención sobre un país que se decía muy rico, pero que se mostraba tan irreductible. El resultado fué la comisión dada el 13 de diciembre de 1559 al licenciado Alonso de Ortiz de Elgueta, nombrado alcalde mayor de Nicaragua, para que viniese á someter á muchos indios «sin lumbre ni fe», que se hallaban «entre esa provincia de Nicaragua y

1 León Fernández, *Documentos*, t. I, p. 138.

la de Honduras, á la parte de las ciudades de Nombre de Dios y Panamá, entre la mar del Sur y la del Norte». Pero luego Felipe II, por razones que no especifica, declaró que no convenía á su real servicio que Ortiz de Elgueta llevase á cabo la expedición proyectada.

Vivía por aquellos tiempos en la ciudad de Santiago de Guatemala un joven abogado [1] natural de Garci Muñoz, lugarejo de Castilla la Nueva, hombre de méritos, ambicioso y valiente, á quien sobraban deseos de emplear sus energías en algo de provecho. Llamábase Juan de Cavallón y estaba casado con una dama principal, Dª Leonor Barahona, hija de Sancho Barahona, veterano de las conquistas de Yucatán, Méjico y Guatemala. Había venido á América en la armada de Juan Pérez de Cabrera, bajo cuyas órdenes fué lugarteniente de la justicia en Trujillo el año de 1550, y más tarde, de 1553 á 1555, alcalde mayor de Nicaragua, empleo en que se distinguió mucho, especialmente durante la sublevación de Juan Gaitán, que después de saquear la villa de San Miguel en San Salvador, la de Jerez en Choluteca y las minas llamadas de Juan de Avila, acordó dirigirse

---

1 En 1559 Cavallón declara que tenía treintaicinco años poco más ó menos. CLETO GONZÁLEZ VÍQUEZ, *Apuntes sobre geografía antigua de Costa Rica, I.—Castillo de Garci Muñoz.*

á León para matar al alcalde mayor, del cual deseaba vengarse porque lo había castigado por un delito cometido en Nicaragua; pero éste, avisado á tiempo por un esclavo negro que pudo escaparse del campo de los rebeldes, se apercibió á la defensa, desbaratándolos en la plaza de la ciudad el último día de pascua de 1544 al amanecer. El lance fué muy reñido y el triunfo le costó á Cavallón una herida en la cabeza y una lanzada que que le pasó un muslo. Al punto hizo ahorcar á Gaitán, á su alférez y maestre de campo, á diez ó doce más de los cabecillas y cortar las manos á cuatro. Los demás fueron presos casi todos.

Los señores de la audiencia, que eran amigos del licenciado Cavallón y sabían que este colega manejaba con igual destreza los códigos y la espada, le propusieron que se hiciera cargo de la comisión de Ortiz de Elgueta, ya que no había querido aceptar una plaza en la audiencia de Nueva Galicia en Méjico. Pero si á Cavallón le sobraban deseos de meterse en aquella aventura, no así los dineros de que andaba muy escaso, [1] porque la conquista había de ser á sus expensas; mas hizo la casualidad que en aquella misma coyun-

1 Con fecha 10 de agosto de 1558, Cavallón escribe al rey desde Guatemala: «En lo que á mí toca digo que estoy pobre y adeudado». León Fernández, Ms.

tura anduviese también en aprietos, aunque de otro género, un buen amigo del licenciado.

El rey había dispuesto que todos los que hubieran sido frailes saliesen de las Indias, y el P. Juan de Estrada Rávago, en su calidad de ex religioso de San Francisco, estaba ya con el pie en el estribo para volverse á su tierra de Guadalajara, por orden del obispo de Guatemala D. Francisco Marroquín. El padre, que sin duda se encontraba bien en América y era de espíritu aventurero, renunciando á su viaje á España prefirió asociarse con su amigo Cavallón, por consejo del mismo obispo, y arriesgar en el negocio su peculio, que ascendía á unos seis ó siete mil pesos, fruto de sus curatos de San Juan de Puerto Caballos y Gracias á Dios en Honduras y varios otros en Guatemala.

Zanjada así la dificultad, la audiencia, sin esperar nuevas órdenes del rey, nombró por segunda vez á Cavallón alcalde mayor de Nicaragua, autorizándolo con fecha 30 de enero de 1560 para entrar á descubrir y poblar la provincia de Nuevo Cartago y Costa Rica. [1] Estas disposiciones fueron confirmadas por la corona el 5 de febrero de 1561.

---

1 Se le señalaron los mismos límites que á Ortiz de Elgueta, es decir, «cierta tierra que ay entre la provincia de Nicaragua y la de Honduras y el Desaguadero de la dicha provincia, á la parte de las cibdades de Nombre de Dios y Panamá». L. FERNÁNDEZ, *Documentos*, t. IV, p. 169.

Sin pérdida de tiempo salieron ambos socios de Guatemala á principios de 1560, llevando alguna gente y pertrechos para su empresa. Acompañáronlos, entre otros, Sancho y Juan Barahona, cuñados de Cavallón, Ignacio Cota, Alonso Guillén y Diego de Trejo. Apenas llegaron á Nicaragua dieron principio á sus preparativos y al reclutamiento de soldados en las ciudades de León y de Granada; y como de acuerdo con las instrucciones dadas por la audiencia debían procurar el establecimiento de poblaciones, así por el Atlántico como por el Pacífico, acordaron dividir la expedición en dos y que fuese el P. Estrada por agua á poblar en el puerto de San Jerónimo, [1] en tanto que el alcalde mayor invadiría por tierra, por la vía de Nicoya, internándose cada cual por su lado hasta llegar á reunirse donde fuera posible.

En octubre de 1560 se embarcó Estrada Rávago en Granada en dos fragatas y algunas canoas, muy bien provisto de armas, municiones y víveres, con setenta soldados españoles, algunos esclavos negros é indios de servicio, que formaban un total de trescientos hombres. Y aunque el padre era el verdadero jefe de la expedición, para salvar las apariencias Cavallón nombró á un fulano Mérida teniente de alcalde mayor y maestre de cam-

1 Bahía del Almirante.

po; Alonso de Anguciana de Gamboa, en su calidad de alférez mayor, recibió el estandarte real. En el lago tuvieron los expedicionarios el primer percance á causa de una borrasca en que casi se fué á pique una de las fragatas, perdiéndose casi todo el cargamento. Bajaron el río San Juan, y al salir al mar ocurrió el segundo. La otra fragata fué á encallar en la barra, la carga se perdió y estuvieron á punto de ahogarse los tripulantes. Como se ve, la aventura empezaba mal y no faltó quien atribuyese estos infortunios á la intervención del padre, que se consideraba de mal agüero. [1]

Lograron sin embargo salvar la fragata encallada y Estrada Rávago se hizo á la vela en una de ellas, que iba á sus órdenes y la otra al mando de Alonso de Anguciana. Sin nuevos contratiempos fueron á desembarcar en el mes de noviembre á la bahía del Almirante, donde el padre puso señales y mojones, hizo construir unos ranchos y declaró fundada la villa del Castillo de Austria, dotándola de todas las autoridades del caso. Hecho esto envió una de las fragatas á Nombre de Dios con dinero, esclavos negros y algunos objetos de su uso personal para que los vendieran allí y le trajesen con el producto los víveres que tan-

---

1 M. M. de Peralta, *Costa Rica, Nicaragua y Panamá*, p. 200.

to necesitaba la naciente población. Al mismo tiempo aprovechó la oportunidad para escribir al rey noticiándole que la corona española poseía una ciudad más en sus dominios de ultramar.

Entretanto llegaban á la corte las misivas de Estrada Rávago y del cabildo, el hambre, compañera inseparable de los españoles en Veragua, se hacía sentir cruelmente en la villa del Castillo de Austria y no hubo más remedio que internarse para saquear los pueblos de los indios, conforme á la costumbre de los conquistadores. Pero es de creerse que el P. Estrada tan sólo hiciera esto acosado por la necesidad, porque tenía muy buen corazón. Veinticinco hombres que salieron á buscar maíz fueron atacados por trescientos indios armados de flechas, varas y rodelas, que mataron un soldado é hirieron á siete, obligándolos á refugiarse en un rancho, desde el cual, pudiendo hacer uso de los arcabuces, lograron poner en fuga á los indios que se espantaron con las detonaciones. Se retiró la expedición á la villa con el poco maíz que había logrado reunir, y con refuerzos que le dió Estrada volvió á internarse, pero ya los indios habían huido, después de quemar los ranchos y las milpas.

Viendo que la fragata enviada á Nombre de Dios no volvía, que muchos de los indios de servicio eran muertos, que su gente se había comido

hasta los perros, estaba reducida á alimentarse de yerbas y sabandijas y que todos andaban desnudos bajo una lluvia incesante, el P. Estrada resolvió trasladar la ciudad al puerto de Suerre. Embarcóse en la fragata que le quedaba con todos los que en ella cupieron, y mandó á los demás que se fuesen por la playa; pero éstos, considerando lo mal que iban las cosas, aprovecharon la ocasión para desertar.

La colonia de Suerre no tuvo mejor éxito y el padre determinó volverse á Nicaragua. En el puerto de San Juan, donde se le murieron varios soldados que venían enfermos, fué socorrido por un barco que iba para Nombre de Dios. Desde allí envió una canoa por el río á pedir socorro al interior. Al recibir el obispo Carrasco en León la noticia de la grandísima neeesidad en que se hallaba el padre, se fué á Granada y de esta ciudad le remitió provisiones; pero llegaron tarde porque Estrada había salido ya de San Juan para Nueva Jaén, de donde se trasladó á Granada con unos treinta hombres enfermos y extenuados, de los cuales murieron algunos. Y por no poder continuar la empresa acometida determinó partirse en busca de su socio que andaba conquistando por su lado. El rey le dió las gracias por la fundación del Castillo de Austria en real cédula de 4 de agosto de 1561, cuando ya la famosa villa no era

más que un recuerdo y para sus vecinos una pesadilla.

El licenciado Cavallón, después de enviar alguna gente adelante, había salido á su vez en enero de 1561, por la vía de Nicoya, y desembarcado en Chomes cuyos indios estaban ya de paz desde los tiempos de Pedro Ordóñez de Villaquirán. Llevó noventa soldados españoles, varios esclavos negros que se ofrecieron á ir con él y gran cantidad de víveres, pertrechos de guerra, caballos, vacas, cabras, puercos y otros ganados. En Chomes se reunió con la gente que allí lo esperaba, dividió su fuerza en tres escuadras, una al mando del alférez mayor Ignacio Cota, otra al de Juan Gallego y la tercera de Miguel Sánchez de Guido. Hecho esto emprendió la marcha hacia el interior, abriendo caminos con mucha dificultad, porque no los había, hasta que llegó á un sitio donde asentó el campo, y puso el nombre de Real de la Ceniza, [1] De aquí salieron cuarenta soldados á las órdenes de Juan Gallego para el valle de Garabito, [2] los cuales llegaron hasta el de la Cruz. [3]

---

1 Según D. León Fernández (*Historia de Costa Rica*, p. 101) este real estuvo situado en la margen izquierda del río Machuca, antes de su confluencia con el Jesús María.

2 IBÍDEM. A la margen derecha del río Grande, al este del Cuarros.

3 El valle de la Santa Cruz, en la costa, cerca del río Cuarros. Doctor D. BERNARDO AUGUSTO THIEL, *Datos cronológicos para la historia eclesiástica de Costa Rica*.

En éste hallaron tanta gente que resolvieron devolverse para llamar á Cavallón que venía con el resto de la fuerza. Llegado el alcalde mayor al valle de la Cruz, envió al sargento mayor portugués Antonio Alvarez Pereyra á buscar el de Coyoche. [1] Pereyra lo halló y trajo preso al cacique de este nombre, cuyos súbditos acudieron al campo á prestar sus servicios. Cavallón dió el nombre de Landecho á este valle de Coyoche, y con el auxilio que le prestaron los indios pudo continuar su marcha y fundó la ciudad del Castillo de Garci Muñoz en el llano de Turrúcares, á orillas del río Ciruelas, en los últimos días de marzo de 1561. [2]

Algún tiempo después de poblada la villa de Garci Muñoz fundó la de Los Reyes en las llanuras de Esparza, y el puerto de Landecho [3] en la bahía llamada golfo de San Vicente y descubierta en 1519 por Juan de Castañeda y Hernán Ponce de León, que hoy se conoce con el nombre de Caldera. [4]

---

1 Las llanuras de Esparza ó Esparta. B. A. THIEL, *obra citada*.

2 CLETO GONZÁLEZ VÍQUEZ, *Apuntes sobre geografía antigua de Costa Rica.*—PERALTA, *Costa Rica, Nicaragua y Panamá*, p. 790. El primer cabildo de Garci Muñoz lo formaron Juan de Illanes de Castro, Francisco Juárez de Grado, Diego Caro de Mesa, Alonso de Anguciana de Gamboa, Miguel Sánchez de Guido, Ignacio Cota, Juan González de Badajoz y Pedro Mejía.

3 En honor del presidente de la audiencia de Guatemala D. Juan Martínez Landecho.

4 Véase p. 41.

Hasta hoy todos los que han escrito sobre historia de Costa Rica [1] hacen aparecer la fundación de la villa de Los Reyes y puerto de Landecho como anterior á la de Garci Muñoz. Es un error que me ha sido permitido rectificar. [2] Seguramente Cavallón continuó sirviéndose de Chomes para comunicarse con Nicaragua, hasta que la conveniencia de tener un camino más corto entre Garci Muñoz y la costa lo hizo adoptar el puerto de Caldera. En todo caso consta que no fué sino después de haber reducido las provincias de Coyoche, Garabito, Pacaca, Currirabá, Tiribí y Yurustí que Cavallón echó los fundamentos de la villa de Los Reyes y del puerto de Landecho, situado á cuatro leguas de la primera.

Teniendo necesidad de víveres la nueva población de Garci Muñoz, se mandaron expediciones á distintos pueblos para conseguirlos. Los indios,

---

1 PERALTA, *Costa Rica, Nicaragua y Panamá*, p. 790; *Exposé des droits territoriaux de la République de Costa-Rica*, p. 66.—LEÓN FERNÁNDEZ, *Historia de Costa Rica*, p. 101. —CLETO GONZÁLEZ VÍQUEZ, *Apuntes sobre geografía antigua de Costa Rica*.—FRANCISCO MONTERO BARRANTES, *Elementos de historia de Costa Rica*, t. I, p. 35. — BERNARDO AUGUSTO THIEL, *Datos cronológicos para la historia eclesiástica de Costa Rica*.

2 Uno de los documentos publicados por D. León Fernández aclara perfectamente el punto: la «Provanza hecha ad perpétuam rey memóriam á pedimento desta dicha ciudad de Cartago, provincias de Costa Rica, ante el señor Gobernador dellas, sobre el estado y necesidad en que las halló», año de 1568, (*Documentos*, t. IV, p. 461). El testigo Alonso Hernández de Guido declara lo siguiente (p. 487):

como es natural, procuraban defender lo suyo, y Cavallón que tenía la mano dura, quiso imponerles por medio del terror. Antonio Pereyra fué á Pacaca [1] donde prendió á muchos, inclusive á

---

«A la segunda pregunta dixo ques verdad quel dicho licenciado Joán de Cavallón, ya difunto, fué el primero alcalde é justicia mayor en estas provincias, y el que las comenzó á descubrir, y pobló dos pueblos, que fueron la villa de los *Reyes* é puerto de *Landecho* y la ciudad del *Castillo de Garci Muñoz*; y cuando este testigo llegó á estas provincias AUN NO ESTABA POBLADA la villa de los *Reyes* MÁS DE LA CIUDAD de *Garci Muñoz*; y en ella halló al dicho licenciado Joán de Cavallón entendiendo en las pacificaciones de la tierra, y halló que tenía consigo el cacique del Guarco; y ansí mismo por cosa muy cierta cómo avía traydo de paz y á la obediencia de su magestad á *Coyoche* é á la provincia de *Garavito* é *Pacaca* é *Corriravá*; y tomó posesión en nombre de su magestad de los dichos pueblos, é vido que servían yndios; y después queste testigo allegó, desde á ciertos días, dieron á su magestad la obediencia los pueblos de *Yorusti*; y esto save desta pregunta».

Pero hay á este respecto un documento más categórico, que no ha sido publicado aún: la información de servicios de Juan Barahona, seguida en Guatemala en abril de 1574. La cuarta pregunta del interrogatorio dice así: «Item si saben que el dicho Juan Baraona fué á la conquista de la provincia de Costarrica con el licenciado Cavallón, su cuñado, que fué ha hacer la dicha conquista por capitán general, y trabajó el dicho Juan Baraona y sirvió mucho en ello y fué uno de los primeros conquistadores y pobladores de la villa del Castillo de Garci Muñoz, QUE FUÉ LA PRIMERA QUE SE FUNDÓ EN LA DICHA PROVINCIA, ques la que agora se llama la ciudad de Cartago....» Los testigos Alonso Guillén, Ignacio Cota y Miguel Pérez de Oyarzú declaran de conformidad. Este documento se halla en el *Archivo de Indias de Sevilla. Patronato.* E. 1, C. 3. L. 20/11.

A primera vista parece extraño que D. León Fernández haya incurrido en el error apuntado, siendo él mismo quien publica uno de los documentos que lo aclaran; pero la explicación es fácil. El señor Fernández escribió su obra en una época anterior á la publicación de los tomos IV y V de sus *Documentos*, y murió antes de haber podido reverla.

1 El antiguo Pacaca, hoy Tabarcia. B. A. THIEL, *obra citada.*

un hermano del cacique principal Coquiba, llamado Quizarco. El alcalde mayor lo mandó azotar y echarle una cadena. Más tarde se dirigió Ignacio Cota al valle de Guarco [1] y fueron descubiertos los pueblos de Co, Ujarrací, Orosí y Bujebuj. Esta expedición pasó grandes trabajos.

Antonio Pereyra salió de nuevo de Garci Muñoz con la intención de ir á buscar á Garabito, cacique viejo, levantisco y mañoso, que era el alma de la resistencia. Este Garabito, llamado así por el teniente de Pedrarias que había explorado sus dominios unos treinta años antes, [2] no debía de tener muy buenos recuerdos de los españoles cuando se mostraba tan rebelde. Lleno de experiencia se hizo representar por un Garabito falso, que fué hecho prisionero junto con muchos hombres, mujeres y niños. Entre los cautivos estaba una mujer predilecta del cacique, circunstancia que le causó profunda pena, y para evitar que fuese víctima de malos tratamientos envió luego á muchos de sus súbditos á servir á la villa de Garci Muñoz.

El viernes santo de 1564 [3] Cavallón mandó á Miguel Sánchez de Guido con veinticinco soldados al pueblo de Orosí á buscar maíz. El cacique le

---

1 El valle de Cartago.

2 El capitán Andrés de Garabito. V. p. 71.

3 18 de abril. CLETO GONZÁLEZ VÍQUEZ, *Apuntes*.

dispensó muy buena acogida, obsequiándolo con gran cantidad de grano sin querer tomar nada en cambio. Durante los veinte días que la expedición estuvo allí, Guido envió á la villa muchas cargas de maíz, y pasado este tiempo dispuso regresar á Garci Muñoz con el resto; pero en la mañana del día señalado para la marcha, estando todavía la mayor parte de los soldados en la cama, oyeron voces de alarma de un negro eeclavo que había ido temprano por agua. Eran los indios que creyendo sorprender á los españoles dormidos venían sobre ellos. Gracias á la diligencia y arrojo del caudillo, que saltó sobre un caballo y los contuvo á lanzadas mientras se armaban los soldados, pudieron librarse de la muerte. Lograron sin embargo retirarse con el maíz, pero varios españoles estuvieron á punto de ser presos por los indios que mataron algunos caballos.

Por su lado los caciques, y en particular Garabito, hostilizaban á los españoles como podían. Luis Díaz Trejo, que venía de Nicaragua con su mujer y sus hijos, fué asaltado y robado en el camino por gentes de Garabito. Ignacio Cota salió con veinticinco hombres á castigar el desafuero. Llegó al sitio del asalto y de allí se fué al valle de la Cruz, donde pudo capturar dos indias que le informaron que los agresores se habían ido á matar á los soldados que estaban en el puerto

de Landecho. Cota se fué á socorrerlos á marchas forzadas; después regresó hacia el valle de Coyoche y al cabo de tres días de marcha incesante encontró allí á Juan de Illanes de Castro con soldados que estaban cogiendo maíz. Descansó, y continuando su viaje fué á dar contra unos trescientos indios que se habían juntado para atacar á Castro. Consiguió derrotarlos, pero varios soldados salieron heridos en la refriega.

Estas exacciones y la poca humanidad de Cavallón le enajenaron completamente la voluntad de los indios. Sucedió también que Quizarco y el falso Garabito lograron escaparse de Garci Muñoz y esto acabó de sublevar los pueblos. La situación se hizo difícil porque todo escaseaba. Así las cosas recibió el alcalde mayor cartas de Guatemala en que le noticiaban que el rey lo había nombrado fiscal de la audiencia, y desengañado sin duda de las riquezas tan afamadas de Costa Rica, sin medios para continuar la conquista, prefirió abandonarla y volver al lado de su familia. Como era hombre muy esforzado pretendió irse solo á Nicaragua; pero el capitán Diego Caro de Mesa pudo persuadirlo de que le dejase acompañarlo con tres soldados escogidos. Esta circunstancia le salvó la vida, porque en un mal paso fué atacado por Garabito, al frente de muchos indios, y apenas

logró escapar con grandes dificultades. [1] A Guatemala llegó lleno de deudas y poco tiempo después fué trasladado con el mismo empleo á Méjico, donde murió pocos años después. El 9 de marzo de 1562 el cabildo de Garci Muñoz escribió al rey pidiendo la gobernación y adelantamiento de la provincia para Cavallón y la mitra para Estrada Rávago.

Cavallón salió de Costa Rica en enero de 1562, dejando por su teniente de alcalde mayor al P. Estrada Rávago, que había llegado á Garci Muñoz con Alonso de Anguciana de Gamboa y algunos más, trayendo caballos y ganados, provisiones y ropas que repartió generosamente entre los vecinos. Estrada, con la bondad que era natural en él, se dedicó á reparar los males causados por Cavallón y pronto supo ganarse el afecto de los indios, que por amor al padre fueron á servir voluntariamente á la ciudad. Construyó iglesias, proveyéndolas de cálices, ornamentos, altares, campanas y demás cosas necesarias, todo de su propio peculio. Fué en persona dos veces á Nicoya á comprar víveres y ropas para los vecinos de Garci Muñoz y Los Reyes, y en ambas ocasiones es-

---

1 PERALTA, *Costa Rica, Nicaragua y Panamá*, págs. 372 y 763.—SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES, *Nobiliario de Conquistadores de Indias*, p. 66.

tuvo en gran riesgo de perder la vida, á causa de tormentas en el golfo; especialmente la segunda, en que habiéndosele volcado la canoa, permaneció cuatro horas en el agua asido de la débil embarcación. Su vida ejemplar, su generosidad, el entusiasmo con que predicaba el Evangelio le captaron todas las voluntades y llegó á ser tan querido de los indios como de los españoles. [1] Estos lo eligieron vicario general de la provincia y el cabildo de Garci Muñoz lo nombró procurador para que fuese á la corte á dar informe de lo que se había hecho en la conquista y población.

Cavallón tuvo en verdad mejor éxito que Estrada Rávago, porque logró establecer de una

1 El convento de San Francisco escribe á fray Diego Guillén el 28 de enero de 1572: «Ansimesmo por la de V. R. y por otra que tuvo este convento del licenciado Juan Estrada y Rávago, entendimos de cómo se había retirado á su tierra mohino de que no se negociaba nada. Hanlo sentido tanto todas estas provincias quanto Dios lo sabe, porque como V. R. sabe le tenían todos por padre, ansí españoles como indios, y claramente dicen en la provincia y en la del Guarco y Garabito, que si su padre el vicario Juan Estrada no vuelve, que nunca estarán en paz ni servirán á Dios ni tributarán; y dicen también que porque los indios lo querían tanto, los españoles lo hicimos ir de la tierra». Esta carta la firman fray Lorenzo de Bienvenida, fray Juan Pizarro, fray Diego de Silva, fray Juan Méndez y fray Alonso de Móstoles. PERALTA, *Costa Rica, Nicaragua y Panamá*, p. 456. En otra carta del mismo mes y año dicen los mismos, refiriéndose á Estrada Rávago: «Los indios le dejan de querer y le adoran y mueren por él. Ansí después que faltó se han rebelado dos provincias de las más ricas». ARCHIVO DE INDIAS, *Simancas. Nuevo Reino de Granada. Descripciones y poblaciones pertenecientes á este nuevo reino. Años de 1526 á 1591.*

manera sólida y permanente la conquista de Costa Rica, sometiendo la parte más poblada del país, desde las márgenes del golfo de Nicoya hasta el pueblo de Corrosí, cerca de Tucurrique; pero también hay que tomar en cuenta que las circunstancias le fueron mucho más favorables. En las vertientes del Pacífico había mayor población, los víveres eran menos escasos, el clima más benigno y los habitantes no tan belicosos como los de la costa atlántica. Asimismo debe considerarse que el padre Estrada tuvo que luchar desde el principio con la mala suerte, que le hizo perder sus bastimentos y pertrechos en los naufragios del lago de Granada y barra del San Juan.

Al lado de Cavallón, hombre duro y frío, la figura de Estrada Rávago resulta muy simpática: amalgama curiosa de fraile aventurero y conquistador, pero compasivo, generoso y lleno de imaginación, como lo revela la carta que desde Guadalajara escribe en 1572 á Fray Diego Guillén, á la sazón en Madrid. [1] Hablando en ella de las riquezas de Costa Rica dice que había tenido en su poder un grano de oro de veintidós quilates y medio que pesaba seiscientos pesos y que un indio cortaba leña con un hacha de oro. Sin em-

---

1 León Fernández, *Documentos*, t. III, p. I.

bargo, de lo que escribe el cabildo de Cartago al rey en enero de 1571, se desprende que Estrada Rávago llevó en efecto ricas muestras de oro á la corte. [1]

En enero de 1563 Estrada Rávago, que estaba en malos términos con Juan Vázquez de Coronado, sucesor de Cavallón, se retiró á Nicaragua. En la correspondencia de ambos se encuentran huellas de estas rencillas. En carta de Vázquez de Coronado á Landecho se lee lo siguiente: «El P. Juan Estrada va conmigo bien desabrido y tiene razón por no haber yo informado á V. S. de su desasosiego y poco asiento. Hasta que él salió de la tierra estuvo bien alterada». [2] Por su lado Estrada Rávago se expresa así en la carta á fray Diego Guillén: [3] «Asimismo la primera relación que S. M. y su consejo tuvo de aquella provincia fué la mía; y S. M. me respondió mandaba prosiguiese lo comenzado y que se tendría cuenta con mis servicios, y así lo hice como me fué mandado, hasta que D. Juan Vázquez de Co-

1 «....y desto estamos espantados, llevando las muestras que llevó el dicho licenciado (Estrada Rávago), no aver dado cuenta á V. M. y á su consejo». PERALTA, *Costa Rica, Nicaragua y Panamá*, p. 799.

2 ARCHIVO DE INDIAS. *Nuevo Reino de Granada. Descubrimientos, descripciones y poblaciones pertenecientes á este nuevo reino. Años 1526 á 1591.* La carta es de fecha 20 de enero de 1563.

3 Carta citada.

ronado vino y le dieron el adelantamiento. Si fué con verdadera relación ó no, nuestro Dios lo sabe, y él habrá dado ya cuenta; al cual Dios por su misericordia tenga en su gloria, amén». [1]

La rivalidad se explica y es natural que Estrada Rávago, después de haber sido el jefe de la provincia y de haber gastado en ella sus haberes, no mirara con buenos ojos á quien lo había venido á supeditar. En 1565 fué á Madrid, pero no pudo conseguir el obispado que ambicionaba. Regresó al año siguiente á Costa Rica con Anguciana de Gamboa. Volvió de nuevo á la corte en 1570 como procurador de la provincia, sin que tampoco lograse obtener nada; y por fin, aburrido y decepcionado, se retiró á vivir á Guadalajara, su ciudad natal.

Los documentos sobre Cavallón y Estrada Rávago son sumamente raros. No se conoce una sola carta de relación ni informaciones de sus méritos y servicios. Faltan, por consiguiente, la mayor parte de los detalles de sus conquistas.

1 León Fernández, *Documentos*, t. III, págs. 7 y 8.

## CAPITULO XI

La audiencia confiere la alcaldía mayor de Nicaragua á Juan Vázquez de Coronado. Sucede á Cavallón en la de Nuevo Cartago y Costa Rica. Se prepara para la conquista. Garabito condenado á muerte. Los caciques güetares se amistan con Vázquez de Coronado. Expedición á Quepo. Derrota de Marmolejo en Coto. Toma de un fuerte. Carácter y costumbres de los cotos. Regreso á Garci Muñoz. Sumisión de los caciques del Guarco. Conspiración contra el alcalde mayor. Antonio Pereyra sale para Coto y Turucaca. Reconocimiento del valle del Guarco. Vázquez de Coronado elige el asiento de la futura ciudad de Cartago. Los vecinos de Garci Muñoz piden que se traslade esta villa al Guarco. Regreso de Vázquez de Coronado á Nicaragua. Juan de Illanes de Castro teniente de alcalde mayor.

---

No pudiendo el licenciado Cavallón atender al gobierno de Nicaragua por hallarse empeñado en la conquista de Costa Rica, la audiencia acordó reemplazarlo el 30 de abril de 1561 con un caballero vecino de la ciudad de Santiago de Guate-

mala, donde había tomado por esposa á Dª Isabel, hija de Gaspar Arias Dávila, compañero de Cortés en la conquista de Méjico, de Pedro de Alvarado en la de Guatemala y primo carnal de Pedrarias. Llamábase Juan Vázquez de Coronado y era hermano de Francisco, el mismo que había sido en Méjico gobernador de Nueva Galicia y jefe de la famosa expedición á las siete ciudades de Cíbola. [1]

Nació en Salamanca hacia 1525 [2] y sus padres fueron D. Gonzalo Vázquez de Coronado, alguacil mayor de la real chancillería de Granada, y Dª Catalina de Anaya. Un hermano suyo, también llamado Juan, era criado de Felipe II [3] á quien acompañó á Inglaterra cuando fué á casarse con la reina María Tudor. A la edad próximamente de quince años, en 1540, se vino Juan Vázquez á Méjico, trasladándose en 1550 á Guatemala provisto de una real cédula en que se recomendaba al presidente de la audiencia que lo favoreciera. Este funcionario lo hizo alcalde mayor de la provincia de San Salvador y en el desempeño de

---

1 Posiblemente el territorio de Kansas. H. H. BANCROFT, *History of Mexico*, t. II, p. 470.

2 PERALTA, *Costa Rica, Nicaragua y Panamá*, p. 788.

3 En aquellos tiempos el servicio no acarreaba desdoro alguno y los más grandes señores desempeñaban en el palacio del rey oficios reservados hoy para domesticidad.

este cargo tuvo ocasión de reprimir los conatos de rebeldía de algunos soldados procedentes del Perú y de tomar medidas enérgicas para oponerse á Hernando y Pedro de Contreras, hijos de Rodrigo, que se habían sublevado en Nicaragua, después de asesinar villanamente al obispo fray Antonio de Valdivieso. Antes había sido alcalde ordinario y de la santa hermandad y procurador de la ciudad de Guatemala. Como alcalde mayor de Honduras trabajó mucho para poner orden en la provincia, favoreciendo á los indios, y fué uno de los que concurrieron á la jornada de Lacandón, Pochutla y Zuchiltepequez, á las órdenes del licenciado Pedro Ramírez de Quiñones.

Vázquez de Coronado tomó posesión de la alcaldía mayor de Nicaragua el 2 de julio de 1561, y con esa actividad febril que era ingénita en él, apenas hubo arreglado las disensiones que surgieron entre el obispo electo D. Lázaro Carrasco y el arcediano Juan Alvarez, salió de Granada en un bergantín á someter á los naturales de las islas de Solentiname, rebelados hacía más de catorce años, lo que realizó con la prudencia y dulzura propias de su carácter, haciendo lo mismo con los de Cotán y Bagaces. En seguida puso toda la provincia en armas para rechazar al rebelde Lope de Aguirre que, según noticias que le llegaron, pretendía pasar por el Desaguadero para irse al

Perú. Al propio tiempo hacía todo lo posible por favorecer á Cavallón enviándole soldados á Costa Rica.

Considerando la audiencia que ninguno mejor que Vázquez de Coronado podría llevar á buen fin la interrumpida conquista, le confirió también la alcaldía mayor de Nuevo Cartago y Costa Rica el 2 de abril de 1562, con los mismos límites que á su predecesor. La situación de los habitantes de Garci Muñoz y de Los Reyes era muy precaria, tanto por la gran escasez de víveres y ropas, como por la hostilidad de la mayor parte de los caciques huètares. De manera que la colonia se iba despoblando de prisa, volviéndose los soldados á Nicaragua uno tras otro, á pesar de los esfuerzos y buena voluntad del P. Estrada Rávago. Vázquez de Coronado, para contener la deserción, mandó á su teniente de alcalde mayor Juan de Ovalle en un navío con cincuenta hombres y bastimentos, despachando tras éste otro grande con más víveres. Remediada así la mayor necesidad, se puso á comprar ropas y calzado, armas, sillas de montar y otras cosas necesarias para la caballería. A la vez se ocupaba activamente en la recluta, lo que no era difícil tratándose de tan rumboso capitán, que mantenía mesa abierta para sus gentes; y no es extraño por lo tanto que «algunos caballeros hijosdalgo que en los puertos de la

dicha provincia de Nicaragua estaban para hacer viaje á diversas partes», [1] seducidos por su generosidad, resolvieran acompañarlo á Costa Rica, así como otros vecinos principales de la provincia.

El 18 de agosto de 1562 salió Juan Vázquez de la ciudad de León con ochenta hombres y muchos ganados y caballos. Hasta el 6 de septiembre no llegó á Nicoya por motivo de las grandes lluvias y de los ríos y ciénagas que hubo que pasar. Desde este pueblo llamó á los caciques de Bagaces, Cotán y Zapandí, que ya había dejado de paz cuando su expedición á las islas de Solentiname, les hizo muchos agasajos, recomendó á Juan Romo, corregidor de Nicoya, que los tratase bien, y al vicario fray Martín de Bonilla que no dejara de adoctrinarlos. Los caciques se volvieron á sus pueblos muy satisfechos.

De Nicoya envió por tierra á la villa de Los Reyes el ganado vacuno y los caballos con hombres ágiles y buenos nadadores, mientras él, por evitar los ríos y la excesiva lluvia, intentaba seguir por agua en el navío pequeño; pero habiendo encallado éste en la boca del Tempisque, fué necesario esperar el grande que había quedado en el Realejo. Este barco echó antes un viaje á Landecho para llevar las mercaderías compradas en

---

1 PERALTA, *obra citada*, p. 248.

Nicaragua y después otro con un gran cargamento de maíz, de modo que tardó en llegar á Nicoya hasta el 7 de noviembre. Al siguiente día partió el capitán y fué á desembarcar á Caldera ó Landecho. El 10 entró en la villa de Los Reyes, hallando en ella sólo cuatro soldados, cuyo mayor deseo era abandonarla. Contentólos con dádivas y ofrecimientos para que no lo hiciesen y el navío fué enviado á Panamá á traer las cosas que no había sido posible hallar en Nicaragua.

Apenas llegaron los caballos continuó su viaje hacia el interior del país, dejando en Los Reyes una guarnición de diez hombres á las órdenes de un teniente, de los cuales algunos casados. En tres jornadas llegó á Garci Muñoz, donde fué recibido con entusiasmo y grandes festejos, y el 20 tomó posesión de su empleo de alcalde mayor ante el cabildo, que le entregó el estandarte real con las solemnidades de costumbre.[1] Los infelices vecinos, desnudos y hambrientos, fueron socorridos con toda largueza por el capitán. Hecho esto, comenzaron en el acto los trabajos de la conquista.

Lo que parecía más urgente para la pacificación del país era castigar al famoso Garabito, que continuaba atizando la revuelta. Según era fama, este cacique taimado había ido á refugiarse á las

---

1 Este estandarte era rojo con una imagen del apóstol Santiago.

tierras de los votos, tributarios suyos. Vázquez de Coronado lo mandó procesar por sus muchas culpas, entre otras el asalto á Cavallón durante su viaje de regreso á Nicaragua y la muerte de un soldado que le había prendido. Garabito fué condenado á la pena capital y se le declaró la guerra. Dictada la sentencia salió contra él una fuerza de noventa hombres al mando de Juan de Ovalle y de Francisco de Marmolejo. Este último llegó con cuarenta soldados hasta los votos y fué bien recibido por la cacica, señora del lugar, que le dió maíz, carne de danta y puercos de monte. Marmolejo se vino á Garci Muñoz al cabo de un mes, sin haber podido encontrar al cacique rebelde.

Juan de Ovalle con los cincuenta soldados restantes fué á las provincias de Garabito y Coyoche, y regresó veinte días después con un principal llamado Taque[1] que dió la obediencia á nombre de Garabito, prometiendo que enviaría gente á servir á la villa. Pero como no cumplió su ofrecimiento, fué á los mismos lugares el capitán Antonio Pereyra con cuarenta hombres y se le presentó de nuevo Taque, diciendo que él era Garabito en cuerpo y alma; más tarde llegó otro

---

1 En lengua güetar *Taque* ó *Taquetaque* significaba hijo de señor ó de cacique.

principal diciendo lo mismo. Como estas eran conocidas astucias del cacique, que solía mandar á los más viejos de sus principales por ver si los mataban, Pereyra no creyó nada y se los trajo presos á Garci Muñoz, donde llegaron el 5 de enero de 1563. Vázquez de Coronado, que era muy bondadoso y conciliador, se dió por satisfecho, los perdonó y puso en libertad. Vinieron entonces treinta indios á servir. Teniendo después noticias de que cuatro principales de Garabito se habían retirado al pie de una montaña, Juan Dávila fué á buscarlos con guías y los halló en dos casas donde estaban con veinte hombres, treinta mujeres y unos quince niños. Pidióles el caudillo que lo llevasen al sitio donde se ocultaba su señor y ellos le contestaron que no era posible dar con él, porque Garabito andaba á salto de mata con unos pocos hombres.

A la vez que se hacían estas correrías, Vázquez de Coronado envió mensajeros á los caciques huetares para que lo viniesen á visitar. El primero que llegó á Garci Muñoz, el 12 de diciembre de 1562, fué Accerrí. El capitán lo recibió con gran cordialidad, hízolo comer en su mesa y le regaló vestidos, bonetes, camisas, tijeras, agujas y otras cosas, hasta por valor de doscientos pesos. Tan espléndido recibimiento fué muy sonado entre los indios y no tardaron en acudir otros

señores á la villa. El 16 llegó Abaruca, cacique de Orosí, el 1º de enero de 1563 Coquiba de Pacaca, y luego Yurucí de Cobux, Tuxustí de Ujarrací, Teviste del Guarco, Atao de Corrosí, Biltalia de Turriarba, Corrirabá del Abra, Yurustí de Toyopán, Abite, Tuarco, Co y Oticara. Todos ellos fueron igualmente bien tratados, y en pago de la buena acogida mandaron servidores á la ciudad. Cuando estuvo Accerrí pidió á Vázquez de Coronado que lo ayudase contra los indios de Quepo y Turucaca que le hacían continua guerra. El capitán se lo prometió como á súbdito del rey de España, pero le dijo que antes quería ir á la provincia de Suerre, para lo cual esperaba que le facilitase indios cargadores. Preguntóle el cacique cuantos necesitaba y Vázquez le dió cuatrocientos granos de maíz, que era la manera de contar de los indios. Accerrí se asustó mucho y le dijo que el mismo Garabito con todo su poder no podía disponer de tantos. El capitán le contestó que no se hablase más del asunto y que se fuese á su pueblo á reunir la gente.

El deseo que tenía Vázquez de Coronado de ir á Suerre era por la gran fama de riqueza de que gozaba esta provincia en Nicaragua, desde los tiempos de Rodrigo de Contreras y Diego Gutiérrez, y también por lo mucho que la ponderaban los indios.

Pocos días después mandó decir á los caciques amigos que quería ir á visitarlos á sus casas, y dejando la ciudad bajo la custodia de Juan de Illanes de Castro y unos pocos hombres, se puso en marcha con el P. fray Martín de Bonilla, capellán de la expedición, setenta soldados españoles y cien indios de las provincias de Garabito, Guarco, Pacaca, Abra, [1] Tices [2] y Votos. [3] Salió de Garci Muñoz el 27 de enero y en tres jornadas llegó á Aserrí, pasando muy serias dificultades á causa de los caballos que llevaban los bagajes. Los caciques del Abra, Toyopán y Aserrí lo recibieron con grandes festejos, cantos y bailes, y los soldados vieron con sorpresa que ni las mujeres ni los niños habían huído, como era su costumbre al acercarse los españoles.

El capitán se hospedó en la casa de Aserrí, quien le dijo que todo estaba listo para emprender la expedición. Vázquez lo abrazó dándole las gracias por lo bien que había cumplido su promesa; pero á la hora de salir sólo llegaron unos ochenta indios. El cacique le dijo que no tenía más y que dispusiese de su persona y de su gente para la jornada. Irritado el capitán, porque

1 Curridabat.

2 Santa Bárbara.

3 Al norte del volcán de Poás.

supuso que Aserrí trataba de engañarlo, mandó que lo apresasen y le hizo decir que si no le daba los cuatrocientos indios lo haría matar. En tan grave apuro, Aserrí acudió á sus amigos los caciques del Abra para que lo favoreciesen, y acudieron á su llamamiento Yurustí y Turrubara, hermano de Currirabá, con treinta hombres más. Convencido Vázquez de Coronado de que no era posible obtener mayor número de cargadores, dijo á Aserrí que puesto que él no los tenía lo llevase donde los hubiera. El cacique, como era natural, le contestó que en Quepo, país enemigo. El capitán acordó por este motivo aplazar la expedición á Suerre y dirigirse á Quepo. [1]

Opinaban todos en el campo que debían dejarse los caballos por los grandes trabajos que se habían pasado en el último viaje; pero el capitán insistió en llevarlos para obligar así á los soldados á que abriesen un camino hasta Quepo. Partió la expedición el 2 de febrero, [2] compuesta de

1 Los llanos de Pirrís hasta el río del mismo nombre. B. A. Thiel, *obra citada*.

2 Vázquez de Coronado dice en una carta dirigida al licenciado Landecho (Peralta, *obra citada*, p. 231), que salió de Aserrí el 7 de febrero; pero esto es una falta de memoria, porque el 13 se hallaba ya en Quepo (L. Fernández, *Documentos*, t. IV, p. 211) y él mismo refiere (Peralta, *obra citada*, p. 232) que tardó diez días en llegar á este pueblo desde el real de la Candelaria. Este nombre me hace suponer que salió el 2 de febrero, día en que se celebra la fiesta de Nuestra Señora de Candelaria.

sesenta españoles, ciento diez indios y los tres caciques dichos. El de Aserrí iba custodiado para evitar que se fugase y con él los cargadores. En una jornada llegó la expedición al valle de la Candelaria, donde pidió Aserrí á Vázquez de Coronado que hiciera traer á Tuarco, principal suyo rebelado, que andaba por aquellas vecindades. Fueron nueve hombres á buscarlo con guías y lo hallaron entre unas breñas en medio de una gran borrachera, acabando de sacrificar cuatro muchachos á los manes de un hermano suyo, cuyo cadáver estaba sobre una barbacoa, envuelto en mantas de algodón y adornado con joyas de oro y otras cosas. Tuarco se sometió, ofreciendo que nunca volvería á cometer semejante barbaridad.

Diez días tardó Vázquez de Coronado en llegar á Quepo desde el valle de la Candelaria, aunque la distancia era sólo de veinte leguas, porque las dificultades del camino fueron enormes, siempre por entre bosques espesísimos y muy altas y ásperas montañas, teniendo á menudo que tajar peñas para que pudieran pasar los cuarenta caballos que llevaban, de los que sólo llegaron á Quepo veinte. El hambre y la sed causaron también muchos padecimientos; y como al regreso se encontró mejor camino, creyeron los españoles que los indios los habían llevado por allí para que

pereciesen todos. Al llegar á seis leguas de Quepo mandó Vázquez de Coronado á Ignacio Cota, alférez general, que se adelantara con cuarenta hombres y requiriese á los naturales para que dejaran predicar el Evangelio y dieran la obediencia al rey. En un río cercano al pueblo pudo apresar este caudillo algunos muchachos y les mandó que dijesen á los caciques lo que le estaba encargado. A la mañana siguiente se presentó un principal en el campo con unos indios que portaban provisiones y Cota le participó la próxima llegada del capitán. El mensajero dijo que cuando viniera éste harían lo que les mandase.

Llegado Juan Vázquez fueron á saludarlo ocho principales de parte del cacique y le llevaron regalos de puercos de monte, maíz, frutas y pinol. Al siguiente día se presentó Corrohore, señor de Quepo, «el más lindo indio que he visto en Indias», escribe el conquistador á Felipe II.[1] Acompañábanlo sesenta hombres cargados de vituallas y dió el vasallaje que se le pedía. Volvió después con más gente y mayor cantidad de víveres, obsequiando al capitán con diez piezas de oro labradas que éste repartió entre los soldados que estaban impacientes por saquear aquel rico pueblo en que había gran abundancia de maíz, frijoles,

1 Peralta, *obra citada*, p. 771.

ayotes, yucas, plátanos, algodón, zapotes y otras muchas frutas.

Los quepos no acostumbraban emborracharse, tenían mucho oro que adquirían de las tribus situadas en las vertientes del Atlántico y gran cantidad de ropas de algodón. Eran «gente bien agestada, belicosa, muy guerrera, habilísima en su manera. Trata verdad, cosa pocas veces vista en ellos.»[1] En este pueblo se encontró un árbol de especie que los indios llamaban *chirob* y parecía pimienta y clavo. Según Vázquez de Coronado era muy eficaz contra el dolor de cabeza.

Desde Quepo fué Bartolomé Alvarez de Coy á buscar un puerto y lo halló á cuatro leguas de allí.[2] Hechas las paces entre los quepos y huetares que acompañaban la expedición, Corrohore pidió al capitán que lo favoreciera contra los indios de Coto que lo hostilizaban mucho y le habían robado una hermana llamada Dulcehe y algunos de sus súbditos, ofreciéndole contribuir á la empresa con cien hombres. El alcalde mayor accedió á los deseos del cacique y despidiéndose de Aserrí, que se fué con su gente para su pueblo, salió de Quepo el 27 de febrero. En jornada y media llegó al Pacífico, por cuyas costas hizo dos más. Luego

---

1 IBÍDEM.

2 Probablemente la boca del río Grande de Pirrís.

se metió de nuevo tierra adentro y anduvo dos días, parte por la ribera de un río y parte por montañas, hasta llegar á unas sabanas muy grandes,[1] por las cuales fué en tres días á Coto. Antes de llegar á este pueblo se adelantó Francisco de Marmolejo hacia un fuerte, donde habitaban los cotos, con ánimo de tomarlo por sorpresa y prender á los caciques; pero se metió en él al amanecer con tal descuido y confianza, que los soldados entraron casi todos sin armas ni rodelas, porque las traían los indios de carga que estaban detrás.

No habían andado diez pasos dentro del fuerte los primeros veinticinco hombres, cuando los cotos arremetieron contra ellos con tanto denuedo y presteza que los hicieron huir en desbandada, obligándolos á saltar por encima de las palizadas á causa de la estrechez de la puerta. Fueron heridos veintidós españoles, entre ellos el jefe, «de las más bravas heridas que se han visto en Indias.»[2] El combate siguió durante dos horas, mostrando los cotos un arrojo extraordinario. Desde fuera les tiraban los españoles con arcabuces y mataron veintisiete hombres y cinco mujeres que se habían subido sobre las casas á dar gritos. De los siete caciques que había en el fuerte murieron

1 Las llanuras de Térraba.

2 PERALTA. *obra citada*, p. 234.

dos, pero Marmolejo tuvo al fin que abandonar el campo y despachó dos soldados buenos corredores para que fuesen á pedir socorro al capitán, á quien hallaron á dos leguas de distancia. Al saber el descalabro de su vanguardia Vázquez de Coronado se adelantó á toda prisa con veinte hombres, fué á reunirse con Marmolejo, y consolando de paso á los heridos, que casi todos tenían los hombros, piernas y brazos atravesados de parte á parte, siguió hasta el fuerte con su gente y los pocos hombres válidos que habían asistido á la batalla.

El fuerte estaba situado en la cuchilla de una sierra, en medio de dos quebradas profundas al norte y al sur. Su forma era la de un óvalo; rodeábanlo dos palizadas y fosos. Al este y al oeste tenía pequeñas puertas levadizas, defendidas por tres estacadas. Adentro había ochenta y cinco casas grandes y altas, en forma de pabellón coronado por una especie de capitel, y en cada una podían caber cuatrocientas personas. Estas casas estaban colocadas de la manera siguiente: frente á la puerta había una, detrás de la primera dos, luego tres y por último cuatro, continuando así en hileras de tres y de cuatro, hasta terminar en la otra puerta en la misma forma. Estaban construidas sobre postes á cierta altura del suelo y separadas sus hileras por callejones. Todas tenían troneras para herir á man-

salva. Cerca de este fuerte estaba otro pequeño, hecho del mismo modo, con doce casas. Habitaban en ambos más de mil y seiscientos guerreros.

Vázquez de Coronado, acercándose á la fortaleza, mandó á requerir á sus defensores por medio de un escribano y de un intérprete indio llamado Cristóbal, para que diesen la obediencia al rey, dejaran predicar el Evangelio y restituyesen la hermana de Corrohore. Los cotos soltaron entonces por una de las puerta dos puercos de monte y respondieron que se fuesen los españoles por donde habían venido. Al ser requeridos por segunda vez contestaron con evasivas para ganar tiempo, mientras ponían en salvo por la otra puerta sus mujeres, hijos y bienes. Se les hizo entonces el tercer requerimiento. Interpretándolo estaba el indio Cristóbal cuando gritó de pronto dirigiéndose al capitán: «¡Señor, mire vuestra merced que me tiran!» Sin esperar más los soldados se lanzaron al asalto, adueñándose del fuerte sin derramamiento de sangre, porque los cotos lo desampararon pegándole fuego.

Después de la victoria fueron curados los heridos y al día siguiente sorprendieron unos soldados á dos principales en una milpa, donde estaban escondidos, sin duda para espiar al enemigo. El capitán, después de agasajarlos, soltó á uno de ellos para que fuese á llamar á los indios que se

habían retirado á la sierra. Este mensajero regresó con otros dos parlamentarios para tratar de la paz. Vázquez de Coronado supo inspirarles confianza y á los tres días llegaron todos los cotos con sus caciques, que dieron la obediencia. Selláronse las paces con mutuos regalos; los caciques obsequiaron al capitán con objetos de oro y recibieron en cambio tijeras, peines, hachas y otras cosas.

Los cotos habitaban frente al golfo Dulce y eran muy ricos. Tenían oro bastante, que regalaban con la mayor facilidad, ropas de algodón muy bien tejidas, grandes sementeras de maíz, frijoles y toda clase de árboles frutales; las dantas, los venados y puercos de monte abundaban en su tierra y en los ríos los peces, especialmente truchas y sábalos. Dormían en hamacas, usaban asientos rústicos y loza muy fina. Eran sumamente belicosos y andaban todos cubiertos de cicatrices, huellas de las continuas hostilidades que hacían á sus vecinos para quitarles el oro. Mataban á los prisioneros y de las cabezas hacían trofeos; á las mujeres y á los niños los reducían á esclavitud, sacrificándolos á la muerte de su amo. Los viejos hilaban y las mujeres eran las encargadas de labrar la tierra, pero también iban con sus maridos á la guerra y les daban varas y lanzas durante el combate y tiraban pie-

dras al enemigo. Por esta razón los güetares las reputaban *biritecas*, que era lo mismo que amazonas. En cada casa habitaba una familia de veinte á veinticinco individuos. Junto á las hamacas tenían astilleros con lanzas, varas y otras armas, y rodelas fortísimas de cuero de danta. No comían carne humana, pero eran entre ellos tan frecuentes las matanzas, que cuando había una grita se juntaban tantos zopilotes que oscurecían el sol. Eran «gente de mucha pulicía», francos y leales.

Los caciques de Coto restituyeron la hermana de Corrohore y demás esclavos que de su gente tenían, y éste se volvió con ellos para su tierra muy satisfecho. Antes de partir le dijo el capitán que mandara á llamar á su amigo Jiriara cacique de Turucaca y Borucaca, el cual vino con diez principales y dió la obediencia.

Preguntados los cotos acerca del sitio de donde traían el oro dijeron que con jícaras sacaban granos muy grandes de los ríos y que cada pueblo tenía el suyo; pero tan sólo quisieron indicar uno á cuatro jornadas de allí, perteneciente á Ucacara, pueblo que habían destruído en la guerra. Fué á buscarlo una expedición de quince hombres que se volvió sin haber llegado al río por falta de intérpretes. En Coto lo mismo que en Quepo los soldados pretendieron que su jefe se mostrara más enérgico

en esto del oro y que les diera rienda suelta para saquear á los indios;[1] pero Vázquez de Coronado, siempre honrado y humanitario, no permitía exacciones. De aquí nació el descontento que tuvo más tarde las consecuencias que se dirán.

En este lugar tuvo noticias el capitán de muchos pueblos ricos, situados tanto en las vertientes del Pacífico como del Atlántico, mas no le era posible en aquel momento proseguir la conquista como lo deseaba, por los muchos heridos que tenía, la falta de municiones de guerra y la proximidad de la estación lluviosa. Así fué que resolvió regresar á Garci Muñoz para rehacerse. Emprendió la marcha el 20 de marzo en compañía de indios de Coto y Turucaca que llevaban los heridos en hamacas, entre ellos á uno de los Barahonas, cuñado de Cavallón; pero como los cotos se fugaron en seguida, hubo que transportarlos á hombros y padecieron mucho por esta causa. Regresó la expedición á Quepo y el cacique se adelantó á recibirla con víveres y gente. De Quepo partió Vázquez de Coronado con cien hombres, prestados por Corrohore para que llevasen los heridos, y fué á salir al

1 «Algunos soldados se le desvergonzaron á decir que no hacía la guerra como ellos deseaban, que era á fuego y sangre». Relación de Juan Dávila á Felipe II. León Fernández, *Documentos*, t. III, p. 33.—Peralta, *Costa Rica, Nicaragua y Panamá*, p. 395.—*Colección de documentos inéditos del Archivo de Indias*, t. XVI, p. 323.

pueblo de Pacaca que halló sublevado. Allí supo que el cacique Coquiba tenía una tribu de veintidós indios mangues esclavos, que también le servían para los sacrificios. Hízolos venir á su presencia y les dió libertad, mandándoles que se volviesen á la Chorotega, que era su tierra, y se poblaran cerca del puerto de Landecho. Estos infelices eran todos los que quedaban de seis ó siete mil chorotegas, habitantes de la costa oriental del golfo de Nicoya, exterminados por los güetares. Coquiba dijo que no iba á presentarse en persona, pero envió mensajeros á Vázquez de Coronado y una patena de oro, con muchas buenas razones, conforme á la diplomacia habitual de los huetares.

El 18 de abril hizo su entrada á Garci Muñoz, donde halló al famoso franciscano fray Pedro de Betanzos, que había venido desde Guatemala á cooperar en su labor. Con satisfacción supo la llegada del navío enviado por él á Panamá, que había venido con pólvora, plomo, ropas y otras cosas, y que el alcalde ordinario Francisco Gallegos de Villavicencio lo había despachado de nuevo á Nicoya á traer víveres, mandando en él, conforme á las instrucciones que tenía, la vajilla de plata del capitán para pagarlos. Con estos nuevos elementos ya pudo pensar en la continuación de la conquista y determinó establecer una colonia en

Turucaca. Entretanto se hacían los preparativos necesarios envió al sargento mayor Juan de Illanes de Castro con sesenta hombres al valle del Guarco que se había rebelado. Quitao, cacique principal, [1] vino á encontrar la gente al camino con doce más y manifestó que quería ver á Vázquez de Coronado para celebrar la paz, ofreciendo llevar consigo á los caciques de Atirro y Turriarva. Veinte días después de su partida volvió Illanes de Castro á Garci Muñoz con todos estos señores, que fueron muy bien tratados por el alcalde mayor, quien, como de costumbre, les dijo que debían dar la obediencia al rey de España y convertirse á la religión católica.

Quitao se dirigió entonces á los demás caciques con estas palabras: «Bien habéis entendido lo que este capitán nos ha dicho en nombre de su rey y señor, y cómo nos pide nueva ley y nuevo amo. Respondedle todos, pues que estáis en vuestra libertad». [2] Contestaron los indios á una voz que obrase él como mejor le pareciera y que lo que hiciese estaría bien hecho. Agregó entonces Quitao que ya estaba harto de andar huyendo por los montes y quería someterse; pero que les ad-

---

1 Este cacique era enviado de Correque, príncipe de los güetares de oriente que vivía en el valle de Ujarraz.

2 PERALTA, *obra citada*, p. 778.

vertía que en este caso estaban obligados á servir al rey y al alcalde mayor, y que al que no lo hiciera así lo castigaría con toda severidad. La cordura y excelentes razonamientos de este indio causaron á los españoles mucha admiración. Los caciques que acompañaron á Quitao fueron Don Juanillo, los de Atirro, Turriarva, Orosí, Puririsí, Quircó, Abux y Guarco. Mandaron entre todos ciento cincuenta indios de servicio. Continuaban alzados Garabito—aunque éste tenía siempre quien lo representara—y Quizarco, el hermano de Coquiba azotado por Cavallón.

Se ha dicho ya que existía entre algunos soldados gran descontento contra Vázquez de Coronado porque este caudillo no les permitía robar á los indios como lo deseaban. El alférez mayor Ignacio Cota se había ido á Guatemala muy disgustado, después de haber pretendido alborotar á los soldados, y en Garci Muñoz circuló un libelo infamatorio contra el alcalde mayor. Estos fueron los orígenes de una conspiración fraguada por un tal Fajardo, autor del libelo, que propuso á varios de sus compañeros que se pasasen á Alonso Vázquez, gobernador de Veragua. Francisco de Marmolejo y Juan Dávila participaron en la trama, que fué descubierta por fray Pedro de Betanzos. Vázquez de Coronado se limitó á poner preso al Fajardo, ce-

rrando los ojos sobre los demás culpables por la necesidad que tenía de gente.

El 12 de junio de 1563 salió el capitán Antonio Pereyra para Coto y Turucaca con sesenta hombres muy bien equipados, de los cuales cuarenta arcabuceros, llevando doscientos ochenta caballos. En seguida, por las muchas alabanzas que hacía Juan de Illanes de Castro de la belleza y buen clima del valle del Guarco, «el mejor de Indias para poblar una cibdad», [1] resolvió Vázquez de Coronado ir á reconocerlo, y después de enviar un soldado adelante para que diese aviso de su llegada á los caciques, se puso en camino con sesenta hombres y los padres fray Martín de Bonilla y fray Pedro de Betanzos. Seis días permaneció el alcalde mayor en el valle, que le pareció excelente por su clima fresco, semejante al de Valladolid, y la fertilidad de sus tierras, y escogió un lugar para establecer una población, cerca de la confluencia de los ríos Purires y Taras, como á trescientas varas del primero y doscientas del segundo. [2] Dió á la futura ciudad el nombre de Cartago, por ser el de la provincia.

---

1 PERALTA, *obra citada*, p. 778.

2 CLETO GONZÁLEZ VÍQUEZ, *Apuntes sobre geografía antigua de Costa Rica*, II, Ciudad del Lodo.

Desde el Guarco hizo llamar á Sabaca, cacique de Tayutic, con el objeto de interrogarlo sobre la muerte de Diego Gutiérrez, para enviar un informe al rey acerca de este acontecimiento memorable. El cacique se excusó por el momento, ofreciendo ir á verle á Garci Muñoz. De regreso en esta ciudad, los vecinos instaron mucho á Vázquez de Coronado para que los autorizara á trasladarse al valle del Guarco de que tantas excelencias se decían. Además, Garci Muñoz tenía graves inconvenientes: estaba lejos de las partes pobladas de indios, las tierras vecinas eran muy estériles y durante seis meses del año la azotaba el viento. Por estos motivos el alcalde mayor consintió en la traslación, siempre que los vecinos sembrasen antes milpas para su sostenimiento.

En el mes de julio Vázquez de Coronado se fué á Nicaragua á entender en los asuntos de la provincia y la preparación de todo lo necesario para continuar su empresa de Costa Rica, dejando por su teniente al sargento mayor Juan de Illanes de Castro.

# CAPITULO XII

Preparativos para una nueva expedición. Salida del alcalde mayor. Hace escala en Landecho y desembarca en la bahía de Coronado. Se reune con Diego Caro de Mesa y Antonio Pereyra. Reveses de este capitán. La ciudad de Nueva Cartago en Cía. Vázquez de Coronado atraviesa la cordillera central. Desde las cumbres ve los dos océanos. Llega á la provincia de Ara. Sumisión de los caciques. El río de la Estrella. Repartimiento de los lavaderos de oro. La expedición llega cerca de la bahía del Almirante. Los mejicanos del valle de Coaza. Toma de posesión de las provincias de Tariaca, Pococí, Auyaque y otras. El alcalde mayor en Tayutic. Sublevación de Atirro, Turrialba y Ujarraz. Vázquez de Coronado entra á Cartago. Traslación de Garci Muñoz á esta ciudad. Castigo de los rebeldes. Fray Lorenzo de Bienvenida. Humanidad y honradez de Vázquez de Coronado. Su viaje á la corte. Mercedes que le hace el rey. Su muerte en el mar.

---

De Nicaragua envió Juan Vázquez ganado vacuno y caballos á Costa Rica, junto con un refuerzo de treinta hombres, de los cuales quince para el capitán Pereyra. Con febril actividad reu-

nió gente, víveres, armas, municiones, ropas y demás cosas necesarias para la nueva expedición que proyectaba é hizo preparar un navío en el Realejo, hasta que por fin le faltaron las fuerzas y cayó enfermo de fatiga. Los médicos y sus amigos le aconsejaban que pusiera la empresa en manos de una persona de confianza mientras se restablecía; pero el valiente caudillo insistió en partir y se vino á Nicoya con sesenta soldados. En este lugar acabó de proveerse, especialmente de maíz y alpargatas fabricadas allí. Mandó treinta hombres á Garci Muñoz y con otros tantos se hizo á la vela el 3 de diciembre de 1563, para ir á reunirse con Pereyra y Diego Caro de Mesa, alguacil mayor de la provincia, á quien había escrito que fuese á esperarlo al puerto de Coronado [1] con gente y caballos. Se fué navegando cerca de tierra para explorar la costa, la cual reconoció toda, acercándose á menudo en un bote con grave riesgo de su persona. Hizo escala en el puerto de Landecho, socorriendo de paso á los pocos moradores que halló desnudos y en mucha miseria; por último fué á desembarcar en el río y puerto de Coronado.

Como Diego Caro de Mesa no había llegado aún, temió que le hubiera ocurrido alguna des-

---

1 Una de las bocas del río Grande de Térraba ó Diquís.

gracia y se fué en su busca con parte de la gente; á la vez envió dos soldados á Pereyra para noticiarle su arribo. Fué hasta Quepo donde halló á Caro de Mesa en el río de los Mangues. Recibiéronlo muy bien los caciques amigos y él los obsequió con los objetos de costumbre. Los mensajeros que fueron en busca de Pereyra hallaron á este caudillo en el real de la Cruz, á dos jornadas del puerto. Venía marchando hacia Garci Muñoz porque ya no le era posible sostenerse más tiempo. A la ida había pasado terribles trabajos por motivo de las lluvias torrenciales y de los ríos crecidos, perdiendo todos los bagajes y los caballos. Al llegar á Coto se le huyeron los guías de Quepo que llevaba, pero al fin pudo llegar á la provincia de Cía [1] y de aquí fué Diego de Trejo hasta Yabo y Xarixaba, pueblo situado á 30 ó 40 leguas de la ciudad de Natá. Los indios de estos lugares dieron la obediencia. En Cía fundo Pereyra una ciudad á la cual puso el nombre de Nueva Cartago. Al cabo de un mes, por falta de víveres, se volvió á Coto; pero como este pueblo estaba rebelado se trasladó á Boruca, donde no pudo sostenerse tampoco por falta de comida y resolvió regresar á Garci Muñoz. Estando Pereyra en Nueva Cartago llegó á Yabo y Xarixaba un

1 Las llanuras de Buenos Aires. B. A. THIEL, *obra citada*.

capitán de Alonso de Vázquez gobernador de Veragua. Los indios le enseñaron las varas de justicia que les había dejado Diego de Trejo y al verlas se devolvió.

Los soldados de Pereyra estaban en un estado lamentable y muy descontentos. Habían sufrido mucho de la desnudez y del hambre, porque como se ha dicho todas las ropas y provisiones se perdieron en el paso de los ríos. Vázquez de Coronado los proveyó de cuanto habían menester y á fuerza de ruegos y promesas consiguió que se quedaran con él porque estaban dispuestos á marcharse. El regreso del alcalde mayor causó gran satisfacción á los indios. Muchos que estaban escondidos vinieron á visitarlo y á darle quejas de los malos tratamientos que les habían hecho Pereyra y sus gentes.

Descargado el navío dispuso Vázquez de Coronado que fuese en seguida á traer nuevos elementos para la empresa; pero á la salida del puerto se fué á pique en la barra por un descuido del piloto, lo que fué una verdadera desgracia porque no había manera de reponerlo.

El mayor empeño del alcalde mayor era ir á la provincia de Ara [1] y otras situadas en las vertientes del mar del Norte, «en cuya demanda se ha-

---

1 Talamanca.

bían perdido muchos capitanes y gentes», [1] permaneciendo aún ignorado su secreto y «encantamiento». Emprendió la marcha hacia el Atlántico y atravesó la cordillera venciendo dificultades inauditas. Todos los caballos quedaron en el camino con la mayor parte de las cargas, y hubo día en que se pudo hallar agua en aquellas montañas tan altas y fragosas; pero desde la cima de la cordillera los conquistadores presenciaron un espectáculo grandioso y único: los dos océanos; y aquellos hombres rudos se quedaron pasmados de «verse tan juntos al cielo». [2]

En seis jornadas llegó á la provincia de Ara, en el valle de Guaymí, [3] cuyos caciques, que ya tenían noticia de su bondad por los de Quepo y Coto, lo recibieron muy cordialmente y le regalaron muchas provisiones y objetos de oro muy bien labrados. Dióles en cambio herramientas de agricultura, bonetes, camisas y bujerías. El 24 de enero de 1564 tomó posesión del pueblo de Ara y

---

1 León Fernández, *Documentos*, t. IV, p. 358.

2 Ibídem, p. 387.

3 Por la gran fama de riqueza que tenía el valle del Guaymí y el deseo que había de encontrarlo, Vázquez de Coronado, desde su primera entrada á Quepo y Coto, pretendía hallarse en él. Asimismo dice que la provincia de Ara estaba en el Guaymí, pero este valle se hallaba situado al este del río Chiricamola y se extendía hasta el Calobébora (Peralta, *Geographie istorique et droits territoriaux de Costa-Rica*, p. 75).

dieron la obediencia los caciques Yaranaba, Duyba y Duy.

Escogido el pueblo de Ara como centro de operaciones y de descanso, fué Diego Caro de Mesa con veinticinco hombres al de Terbi, donde descubrió el famoso río de la Estrella, [1] del cual hizo la leyenda andando los tiempos otro Eldorado.

Los caciques Cabeaza, Zurinza y Meza, confinantes con la provincia de Ara, acudieron á dar la obediencia y á servir al real. El alcalde mayor los halagó como de costumbre, pero ahora con mayor razón, porque tuvo noticias de que Alonso Vázquez venía por el lado de Veragua haciendo mucho destrozo. El alcalde mayor hizo que su cirujano curase al cacique Yaranaba que llegó gravemente herido en la cabeza y en las piernas y á otro llamado Iztolín, que lo estaba en una mano. Ambos sanaron de prisa con gran asombro de los naturales que vinieron en gran número á pedir remedios para sus enfermedades. En esta ocasión el arte de Hipócrates fué auxiliar poderoso del conquistador.

Convalecidos los enfermos y habiendo regresado Caro de Mesa con la gran noticia del río aurífero descubierto por él, se trasladó el campo á mediados de febrero á Cutcurú en el valle del Duy y se

---

1 Río Changuinola y Tilorio.

tomó posesión de este pueblo el 17. Todos los caciques comarcanos vinieron á someterse y á servir con buena voluntad, entre ellos Quaquinque y Zorobarú, [1] y como los demás trajeron regalos de oro que les fueron pagados con objetos de Castilla, procurando siempre no mostrar codicia por este metal que había causado la perdición de tantos capitanes españoles en aquellas tierras. Vázquez de Coronado hizo catear los ríos y quebradas del Duy por sus esclavos negros, que sacaron en varios de ellos muy buenas muestras de oro con jícaras, particularmente en el río descubierto por Caro de Mesa y que él llamó de la Estrella por su gran riqueza. En marzo fueron repartidos los lavaderos de este río entre los conquistadores. [2] El mejor se reservó para el rey en una distancia de un cuarto de legua. No fué echado en olvido D. Juan Martínez de Landecho, presidente de la audiencia de Guatemala, ni tampoco el P. Estrada Rávago, lo cual era muy justo.

De Cutcurú pasó la expedición á Quequexque y Taranca, lugares situados en la vecindad de la bahía del Almirante, y se tomó posesión de Cevérín, último pueblo del valle del Duy. Bartolomé

---

1 Zorobaró fué el nombre primitivo de la bahía del Almirante.

2 Véanse los detalles de este repartimiento en LEÓN FERNÁNDEZ, *Documentos*, t. IV, p. 324.

Alvarez fué desde Quequexque con algunos hombres hasta una distancia de seis ó siete leguas por el río de la Estrella abajo en busca de la mar, pero se detuvo en Cojerín ó Cojerán, á una legua de la costa, por motivo de las ciénagas. Cuando estuvo de regreso, Vázquez de Coronado levantó el campo para dirigirse al río Tarire. [1] Llegó al pueblo de Quepza en el valle de Coaza, que los naturales llamaban valle de los Cicuas ó de los Extranjeros, [2] porque en él habitaba una colonia de mejicanos chichimecas, mezclados con otras tribus. [3] Estos indios trataron al principio de ocultarse por todos los medios, pero al fin fueron descubiertos y dieron la obediencia. Resultó que su cacique era aquel mismo Iztolín á quien el cirujano había curado una herida en Ara. Vázquez de Coronado que conocía el nahuatl lo exhortó en su lengua para que se convirtiese á la religión

---

1 Río Sixola.

2 En lengua bribri *sigua* significa extranjero. DR. WM. M. GABB, *Tribus y lenguas indígenas de Costa Rica.*—LEÓN FERNÁNDEZ, *Documentos*, t. III, p. 427.

3 L. FERNÁNDEZ, *obra citada*, t. IV, p. 498. No faltan motivos para suponer que estos chichimecas fuesen restos de los 400 que trajo Rodrigo de Contreras en 1540 para combatir á Hernán Sánchez de Badajoz. Su empeño en ocultarse de los españoles llama desde luego la atención y es de notarse también que ocupaban el valle de Coaza, donde estuvo Contreras. Si en 1540 hubiese habido ya gentes de su raza en dicho valle, es probable que los indios que lo habitaban no habrían mostrado contra ellos tanta inquina.

católica. Fué después á Ciruro, en la ribera del río Flazquita, que también resultó aurífero. Llegó el 28 de marzo á Tariaca, [1] que dió la obediencia, así como todos los pueblos vecinos situados en las lomas de Corotapa donde estuvo en 1540 la fortaleza de Marbella, construída por Hernán Sánchez de Badajoz. [2] De Tariaca pasó á la provincia de Pococí [3] llegando el 3 de abril al pueblo de Querria, donde prometieron el vasallaje Yabicara, cacique del lugar, Maruz de Auyaque y Bijcara, Cocosí de Zequepa y varios otros. Fué después á Buca, pueblo de la misma provincia de Pococí, situado en el río Matina, de que tomó posesión el 9 de abril. Daraico y Cuxurit se sometieron y asimismo Diruamo, cacique de Parragua. [4] Un principal llamado Biarquira dió la obediencia á nombre de Birior, cacique del pueblo de Xuana, que tenía su asiento en el río de Matina abajo. Vinieron también Cabeara y Coragua, caciques de Babagua, Pupuca de Chirripó y algunos más.

Vázquez de Coronado, prosiguiendo su marcha, llegó el 20 de abril á Tayutic, llamado después

---

1 La costa desde Bocas del Toro hasta el Portete. B. A. Thiel, *obra citada*.

2 Véase p. 102.

3 La costa desde el Portete ú Old Harbour hasta la boca de Matina. B. A. Thiel, *obra citada*.

4 En los llanos de Siquirres. B. A. Thiel, *obra citada*.

Teotique. [1] El cacique Sabaca le dijo que había ido á verlo á Garci Muñoz, pero que llegó al siguiente día de su partida para Nicaragua, repitiéndole lo que había referido ya á Juan de Illanes de Castro: que el cacique de Suerre conservaba aún los despojos de la expedición de Diego Gutiérrez, muerto hacía veintitrés años en aquel lugar. Sabaca renovó la obediencia que había dado en Garci Muñoz.

De Tayutic vino marchando la expedición hasta el pueblo de Atirro que Vázquez de Coronado tuvo la pena de encontrar en plena rebelión, habiéndolo dejado de paz cuando se fué á Nicaragua. Turrialba y Ujarraz estaban también en armas. En Corrosí, lugar situado muy cerca del pueblo actual de Tucurrique, vió los cadáveres mutilados de dos españoles que habían ido á buscar maíz con destino á la nueva ciudad de Cartago, poblada en ausencia de Vázquez de Coronado. También encontró ollas puestas en el camino.

Los indios cayeron sobre la retaguardia, pero Vázquez de Coronado que iba adelante regresó con gran celeridad, rechazando vigorosamente el ataque. En un mal paso, á la entrada del valle del Guarco, [2] se descubrió una emboscada peli-

---

1 Véase pág. 140.

2 Valle de Ujarraz.

grosa; sin embargo, el alcalde mayor, protegiendo sus flancos con arcabuceros, pudo hacer pasar la gente sin que los indios se atreviesen á atacarla. Se limitaron á dar muchos gritos desde la cumbre de un cerro vecino. Con todo, el desaliento cundió en las filas. Decían los soldados que al haberse atrevido los indios á matar aquellos dos hombres era porque seguramente estaba ya destruída la ciudad y que después de tantas fatigas no iban á tener donde reposarse.

Para devolverles el ánimo perdido el jefe los reunió y les dijo: «Sois españoles, hijos de nobles padres, y debéis mostrar vuestra virtud en este momento. No desmayéis, pues es propio de la nación española acometer hechos que excedan á todo género de grandeza». Y añadió que como él debía ser el primero en los trabajos, escogieran entre ellos á dos personas de confianza y que les daría poderes snficientes para que fuesen á Nicaragua y á Guatemala á vender, no sólo sus bienes y hacienda y hasta las joyas y aderezos de su mujer, sino también, si fuere necesario, á empeñar sus hijos; que no dudaba de que el presidente de la audiencia y las autoridades de Nicaragua, que hasta aquel momento no había querido proveerlos de cosa alguna, les darían socorro al saber la aflictiva situación en que se hallaban. Alentados por tan varoniles y generosas pala-

bras los soldados juraron seguir á su jefe hasta el fin y no desamparar su bandera.

En el mes de mayo llegó la expedición á Cartago con gran sorpresa de los vecinos que daban por muerto á Vázquez de Coronado y suponían que esta era la causa de la sublevación de los indios. Siguiendo sus instrucciones Juan de Illanes de Castro había hecho que los vecinos de Garci Muñoz se trasladasen al Guarco, donde fué trazada y construída la ciudad de Cartago en tres meses por el alcalde ordinario Alonso de Anguciana de Gamboa, con ayuda de los indios del valle. La traslación se hizo en el mes de marzo de 1564. [1] Pero la vida de la naciente ciudad estuvo muy lejos de ser tranquila en ausencia del alcalde mayor. Los indios se fueron sublevando unos tras otros. Los de Co se fortificaron en lo alto del volcán [2] y el capitán Fajardo fué con veinte hombres á combatirlos y pudo vencerlos, aunque con mucho trabajo, porque la subida á la montaña fué harto difícil. Pedro Alonso Cano hizo una entrada á Currirabá; Agustín de Hinojosa otra á Ujarrací, Orosí y Corrosí; pero como los rebeldes se hicieron fuer-

---

1 CLETO GONZÁLEZ VÍQUEZ, *Apuntes*. Formáron el primer cabildo de Cartago Alonso de Aguciana de Gamboa, Pedro Alonso Cano, Diego Caro de Mesa, Miguel de Góngora, Luis de Parada, Bartolomé Alvarez de Coy y Jerónimo de Barros.

2 El volcán de Co llamado hoy volcán de Irazú.

tes á la otra margen del Reventazón, tuvo necesidad de construir una red de bejucos para pasar el río y desbaratarlos. El capitán Fajardo castigó después una nueva rebelión de Pacaca.

El motivo de estas sublevaciones de los indios era el maíz de que se les despojaba continuamente para alimentar la ciudad. Las cosechas de los últimos años habían sido muy malas y los víveres escaseaban en todo el país; de manera que los pobres indios luchaban por la vida, lo mismo que los españoles, con la diferencia de que los primeros defendían el fruto legítimo de su trabajo. La última rebelión fué con mucho la más seria. Los indios de Orosí mataron á ocho españoles que habían ido á quitarles el maíz y los caballos que llevaron para cargarlo. Inmediatamente salieron contra ellos por distintos caminos dos expediciones, una al mando de Illanes de Castro y otra á las órdenes de Pedro Alonso Cano. Anduvieron toda la noche para sorprender el pueblo al amanecer, pero ya los indios se habían retirado á la sierra y sólo encontraron algunos cadáveres de sus compañeros con las manos y los pies cortados. Después Anguciana de Gamboa recibió el encargo de ir á castigarlos, lo que hizo cumplidamente, según él mismo lo asegura;[1] sin embargo, es lo

---

[1] PERALTA, *obra citada*, p 360.

cierto que las hostilidades continuaban á la llegada del alcalde mayor y que la situación de los vecinos de Cartago era tan crítica en aquel momento, que ya se disponían á abandonar la ciudad.

Vázquez de Coronado halló presos á los caciques Aserrí, Currirabá, Yurustí, Quircó y Puririsí, pero de las averiguaciones practicadas por él resultó que todos eran inocentes y los hizo poner en libertad, recomendándoles que enviasen gente para el servicio de la población. Hecho esto ordenó á Alonso de Anguciana que saliese de nuevo con cincuenta hombres á someter á los rebeldes y él mismo fué con un piquete de caballería al valle bajo del Guarco [1] á llamar á los indios. Estos se negaron á venir vociferando desde lo alto de unos cerros. Anguciana sólo pudo coger á uno que mataron por orden suya. Después, según parece, Vázquez de Coronado mandó descuartizar á uno ó dos más. [2]

Si esto fuera cierto sería el único acto de rigor de Vázquez de Coronado en Costa Rica, porque debe decirse en honor suyo que no hay quizás en toda la historia de la conquista de América me-

---

1 El valle de Ujarraz.

2 «Y después acá el dicho Joán Vázquez, á lo que se quiere acordar, hizo quartos de uno ó dos». Declaración del licenciado Antonio de Olivera, alcalde de la santa hermandad. FERNÁNDEZ, *Documentos*, t. VI págs. 498 y 499.

moria de un capitán más humanitario y menos codicioso. Entre multitud de hechos puede citarse el de haber mandado enterrar la única cadena que llevaban sus soldados para prisión de los caciques; y no es menos elocuente el testimonio de un ilustre franciscano, que no puede tacharse de parcial, porque es bien conocida la severidad de los miembros de esta orden para con los conquistadores. Fray Pedro de Betanzos escribe al rey desde Garci Muñoz el 30 de junio de 1563: [1] «Y para la pacificación desta tierra tornó vuestra real audiencia á proveer á un caballero de Guatemala que se dice Johán Vázquez de Coronado, natural de Salamanca. Pensé que el modo de conquistar que él con sus soldados tenía era como las pasadas, que era de matar y robar á estas pobres gentes; y por eso aceleré mi venida para les ir á las manos y hallé que su celo y modo de conquistar es tan bueno como el religioso que más celo tiene del bien y pro destos naturales. Sepa V. M., que dando gloria Nuestro Señor, que no ha habido en las Indias todas conquista más sin perjuicio y sin cargo de la real conciencia de V. M. que es ésta».

A su llegada el alcalde mayor encontró en Cartago á otro franciscano, cuyo nombre goza hoy de

---

1 ARCHIVO DE INDIAS. *Simancas. Nuevo Reino de Granada. Descripciones y poblaciones pertenecientez á este nuevo reino. Años de 1526 á 1591.*

fama universal: fray Lorenzo de Bienvenida, el cual, en unión de fray Diego de Salinas y fray Melchor de Salazar, venía de Guatemala.

La obra realizada por Vázquez de Coronado es digna de todo encomio, no sólo por la audacia y energía desplegadas por este caudillo que supo vencer obstáculos que aun hoy, con mayores facilidades, parecen insuperables, sino por la manera como supo llevarla á cabo. Su conducta, siempre bondadosa y prudente, fué su mejor auxiliar y así pudo recorrer inmensos territorios, poblados de tribus belicosas y acostumbradas á triunfar de los españoles, sin perder un solo hombre. Prueba evidente de que los indios las más de las veces no tomaban las armas sino para defender sus vidas y haciendas, y que para someterlos eran más eficaces la dulzura y la justicia que las espadas y las lanzas. La fidelidad y el amor que mostraron á Hernán Sánchez cuando este caudillo se hallaba preso y en desgracia, demuestran cuán gratos y sensibles eran á los buenos tratamientos.

Pero las conquistas honradas y cristianas lejos de enriquecer á sus autores los llevaban á la miseria. Juan Vázquez de Coronado gastó en la de Costa Rica más de veinte mil pesos, y como la recompensa la esperada este probo capitán de los ricos lavaderos de oro de la Estrella y no de los despojos de los indios, no pudo rehacerse de sus

gastos y llegó el momento en que se le agotaron los recursos. Había pues que acudir á la generosidad del monarca, pero la experiencia había demostrado que para obtener el favor del rey era preciso ir á solicitarlo á la corte, á semejanza de Pedro de Alvarado, Hernán Cortés y otros capitanes. Por esta razón el cabildo y vecinos de Cartago, que deseaban algo más sólido que una real cédula de gracias, acordaron que debía ir á España Vázquez de Coronado y éste partió acompañado del alguacil mayor Diego de Caro de Mesa y de los alcaldes ordinarios Alonso de Anguciana de Gamboa y Pedro Alonso Cano. Los frailes de San Francisco resolvieron á su vez que fuera con él á la corte fray Lorenzo de Bienvenida, para que informase acerca de lo que se había hecho en Costa Rica y pidiese auxilios para la obra de la catequización.

Y es muy probable que el testimonio favorable de este virtuoso sacerdote contribuyera en mucho á la excelente acogida que el humanitario conquistador encontró en Felipe II. Con fecha 4 de abril de 1565 le dió este monarca el título de adelantado de la provincia de Costa Rica para él y sus descendientes, con un salario anual de mil pesos, y el 8 del mismo mes lo nombró gobernador con otro de dos mil de oro de minas. Diego Caro de Mesa obtuvo un acrecentamiento de su

blasón [1] y el alguacilazgo mayor vitalicio del cabildo de Cartago. A esta ciudad envió el rey, con fecha 7 de agosto de 1565, una cédula de gracias por los servicios prestados por sus vecinos en el descubrimiento, conquista y población [2] y el 17 le concedió privilegio de armas á solicitud de Diego Caro de Mesa. [3] En cambio, el P. Estrada Rávago, que bien merecía una recompensa, no pudo obtener la mitra, objeto de sus ambiciones, sin duda por sus desavenencias con Vázquez de Coronado; y Felipe II, por cédula del mismo año, [4] dirigida al padre D. Luis de Fuentes, obispo de Nicaragua, confirmó la de 9 de mayo de 1545, en la cual se mandaba que el prelado de esta provincia atendiese las necesidades espirituales de Costa Rica.

El rey no echó en olvido á fray Lorenzo de Bienvenida, mandándole dar de su real caja quinientos ducados para compra de cálices, orna-

---

1 PERALTA, *Costa Rica, Nicaragua y Panamá*, p. 376.—SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES, *Nobiliario de conquistadores de Indias*, p. 66.

2 PERALTA, *obra citada*, p. 392.

3 IBÍDEM, p. 393.—SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES, *obra citada*, p. 281. «Un escudo partido en dos partes: que en la primera parte alta esté un león rapante, puesto en salto, en campo colorado, con una corona en la cabeza y con tres barras de sangre; y en la otra parte baja esté un castillo de oro en campo azul; y por orla del dicho escudo seis águilas negras en campo de plata; y por divisa una corona grande de oro con un letrero que diga *Fide et Pace*».

4 PERALTA, *obra citada*, p. 382.

mentos de iglesia y campanas, y todo el vino y el aceite que hubieran menester durante seis años los conventos que se proponía fundar en Costa Rica, [1] para lo cual había reunido trece religiosos de buena voluntad. A principios de 1566 llegó fray Lorenzo á Cartago con sólo dos frailes, porque los once restantes se le quedaron de camino, parte en la Española y parte en la Gran Canaria. [2]

Satisfecho Juan Vázquez de Coronado por las mercedes que le había otorgado el rey se preparó á volver á Costa Rica con renovados bríos. Cincuenta y dos personas se ofrecieron á ir con él, entre ellas numerosos caballeros distinguidos de Salamanca. Pidió licencia á Felipe II para llevar treinta labradores, pero de éstos sólo llegaron ocho á Sanlúcar de Barrameda donde debían embarcarse todos en la armada de D. Cristóbal de Eraso que se dirigía á Tierra Firme. El 4 de octubre de 1565 Juan Vázquez de Coronado escribe al rey desde el puerto que las naves estaban á punto de hacerse á la vela. [3] La salida debe de haberse efectuado poco después, porque el

---

1 PERALTA, *obra citada*, p. 387.

2 ARCHIVO DE INDIAS, E. 69, C. 4, L. 35. Carta de fray Lorenzo de Bienvenida al real consejo de las Indias. De Panamá, á 15 de marzo de 1566.

3 PERALTA, *obra citada*, p. 387.

día 22 la armada fué á refugiarse á Cádiz perseguida por una borrasca. La nao *San Josepe* en que venían el adelantado y sus compañeros desapareció en la tormenta [1] sin que se salvara ninguno. [2]

Es legítimo suponer que si Vázquez de Coronado hubiera podido regresar á Costa Rica, otra muy distinta habría sido la suerte de la provincia. Debe decirse, sin embargo, que la opinión de muchos en aquellos tiempos fué que los informes dados por él á Felipe II acerca del número de indios que había en Costa Rica y de la riqueza del río de la Estrella eran muy exagerados y que por lo mismo le esperaba un fracaso. [3]

---

1 Ibídem, p. 789.

2 Alonso de Anguciana de Gamboa no se hallaba en la nao.

3 Así opina Juan Dávila en la relación que envía á Felipe II en 1566: «Volviendo segunda vez Juan Vázquez de Coronado, dixo aber descubierto un río muy caudaloso, al qual llamó río del Estrella, donde dixo aber sacado cantidad de oro, lo cual descubierto, luego se embarcó y fué á dar noticia á Vuestra Alteza; y según yo e sabido de personas que de vuestra real corte an venido, el dicho Juan Vázquez ynformó á Vuestra Alteza en grandísima cantidad más de lo que ella es; de donde pudiera redundar á lo que á mí me parece, si él llegara á Costarrica con tanto caballero é hijodalgo como traya, fuera causa de que vístose perdidos y que los abía engañado, le mataran ó hizieran algún desatino, de los que en estas partes contra vuestro real servicio se han hecho».

# CAPITULO XIII

**Gobierno interino de Miguel Sánchez de Guido. El alcalde mayor Pedro Venegas de los Ríos. Confederación de los indios del Guarco, Turrialba, Ujarraz, Corrosí y Atirro. Intentan matar al alcalde mayor. La ciudad de Cartago en estado de sitio. Llegada de Perafán de Ribera nombrado para suceder á Vázquez de Coronado. Castigo de la rebeldía. Expedición de D. Diego López de Ribera á los pueblos de Auyaque. Repartimiento de los indios. Perafán sale por el río de la Estrella. Juan Solano llega hasta el valle del Guaymí. Motines en el real de Perafán. Vicente del Castillo condenado á muerte. La expedición atraviesa la cordillera central y va á salir á las sabanas de Chiriquí. La ciudad del Nombre de Jesús. La audiencia nombra á Hortún Velasco para reponer á Perafán. Regreso del gobernador á Cartago. Abandona la provincia obligado por la miseria.**

---

Después de la partida de Vázquez de Coronado, cuya gran actividad mantenía la incipiente colonia en constante movimiento, los vecinos de Cartago aspiraban al descanso bajo el gobierno interino

de Miguel Sánchez de Guido y mientras regresaba de la corte el alcalde mayor con las mercedes que el rey no podría menos de hacer á tan buenos servidores. Pero si el clima de Guarco era fresco y benigno, el valle pintoresco y fértil, faltaban en cambio muchos elementos para la vida tranquila. Los víveres eran siempre muy escasos y seguían las revueltas de los indios, hartos de tener que servir y alimentar á los intrusos que habían venido á despojarlos de su libertad y del fruto de su trabajo. Muchos de los conquistadores, aburridos de una lucha tenaz, perdieron la paciencia y se fueron á otras partes; y la provincia habría concluido por despoblarse del todo, á no haber sido por la llegada de Pedro Venegas de los Ríos, tesorero de Nicaragua, nombrado alcalde mayor de Costa Rica en ausencia de Vázquez de Coronado. Ríos trajo alguna gente para repoblar la ciudad y auxilios para los vecinos.

La noticia de la muerte del adelantado vino á destruir las esperanzas que fundaban todos en la capacidad de este jefe inteligente y bondadoso, y no es extraño que contribuyera también á exacerbar el descontento de los indios que veían en él un amparo contra la codicia y crueldad de los invasores. La mayor parte huyeron á las montañas para sustraerse de la servidumbre á que se hallaban sometidos y por último se confederaron secre-

tamente los del Guarco, Turrialba, Ujarraz, Corrosí y Atirro para exterminarlos de una vez y recuperar su independencia. Un cacique llamado Turichiquí, que vivía en el valle de Ujarraz, fué el cabecilla principal de esta conspiración.

Urdida la trama, Turichiquí envió á llamar á fines de febrero de 1568 á Pedro Venegas de los Ríos, con pretexto de que fuese á su pueblo á señalar tierras donde se poblasen los indios del valle que andaban rebelados en los montes y ahora querían someterse de nuevo. Sin tener sospecha de la celada el alcalde mayor partió con diez hombres y algunos indios de servicio y fué muy bien recibido por el cacique, que lo hospedó en su casa y lo invitó á comer. Pasada la comida, los indios se pusieron á ejecutar una danza guerrera en honor de Venegas de los Ríos, armados de hachas según su costumbre. Los españoles se hallaban divertidos con el baile, cuando de pronto un principal dijo algunas palabras. Al oirlas lanzaron los indios un alarido y á esta señal salieron otros muchos que estaban emboscados á la orilla de un río vecino en unos cañaverales y todos juntos cayeron sobre los españoles. Estos echaron mano á las espadas y se defendieron bravamente, pero los conjurados lograron matar á dos mestizos, á varios criados indios é hirieron de gravedad á dos soldados. El alcalde mayor pudo retirarse á Cartago con los heridos.

La rebeldía se hizo general y la situación de la ciudad de Cartago muy crítica, porque sus vecinos eran muy pocos y los confederados se proponían atacarla. Para defenderse mejor se recogieron todos á la iglesia, que era el edificio más sólido, fortificándose en ella; y como ya se tenían noticias de la próxima llegada de un nuevo gobernador, le enviaron mensajeros para que apresurase su venida.

Muerto Juan Vázquez de Coronado, Felipe II había nombrado gobernador de Costa Rica, el 19 de julio de 1566, á Pero Afán de Ribera, del linaje del duque de Alcalá, adelantado mayor de Andalucía. [1] Hombre de setenta y cinco años, Perafán había nacido en Castilla y se hallaba en Honduras desde 1527. A las órdenes de Andrés de Cereceda, compañero que fué de Gil González Dávila, había asistido á la conquista de Naco, figurando después en cargos públicos de importancia, como el de teniente de gobernador de Trujillo, donde se avecindó. Saqueada esta ciudad en 1559 por corsarios franceses, Perafán quedó arruinado y el rey para recompensar sus servicios lo hizo gobernador de Costa Rica.

Vino de Honduras por tierra con su familia y algunos soldados, trayendo más de cuatrocientas

---

1 PERALTA, *Costa Rica, Nicaragua y Panamá*, p. 208.

cabezas de ganado vacuno desde Choluteca. Entró por Nicoya y Chomes y de paso fundó la ciudad de Aranjuez [1] y puerto de Ribera. [2] Al saber la situación precaria en que se hallaba la ciudad de Cártago continuó su marcha y pudo llegar á tiempo para socorrerla con treinta ó cuarenta hombres, en marzo de 1568. Este refuerzo permitió á los españoles tomar la ofensiva y salir á buscar provisiones de que la ciudad estaba sumamente necesitada. Antonio Pereyra hizo una correría á los pueblos de Atirro, Turrialba, Corrosí y Cuquerrique [3] y los redujo de nuevo. Después este mismo capitán entró á la provincia del Abra ó Currirabá, [4] á Barba, Ujarraz y Toyopán. Situó el campo en el valle de la Cruz y pudo sacar una gran cantidad de maíz. Asimismo se hicieron otras correrías á diversos pueblos, que volvieron á dar la obediencia.

La sublevación cundió hasta las provincias de Pococí y Auyaque, descubiertas y sometidas por Vázquez de Coronado. Perafán resolvió que fuese

---

1 Probablemente á orillas del río Aranjuez y cerca del asiento de la antigua villa de Bruselas.

2 Tal vez en el punto llamado la Chacarita.

3 Tucurrique.

4 Esta provincia del Abra ó Currirabá, llamada también Porrosquirís, ocupaba el valle de Curridabat, y confinaba al oeste con Aserrí, al este con Ujarraz (Porroscrís) y al noroeste con los Tices y Barba.

á pacificarlas su hijo D. Diego López de Ribera, nombrado por él teniente de gobernador, [1] el cual fué con cincuenta hombres, entre éstos el famoso capitán Juan Solano y Alvaro de Acuña, que durante muchos años pasaron por los primeros conquistadores de Costa Rica, hasta que las investigaciones de D. León Fernández y D. Manuel M. de Peralta vinieron á desvanecer este error, propagado por el historiador guatemalteco Domingo Juarros y otros centroamericanos que lo repitieron después. [2] Don Diego López de Ribera cumplió su cometido sin grandes tropiezos.

Pacificada la provincia tuvo que vencer Perafán una dificultad más seria para llevar adelante su proyecto de fundar una población en el río de la Estrella. Los soldados, ansiosos de obtener el

---

1 Este nombramiento fué desaprobado por real cédula de 29 de octubre de 1569.

2 Juarros, *Historia de la ciudad de Guatemala*, t. II, p. 197.—Felipe Molina, *Bosquejo de Costa Rica*, págs. 10 y 81.—Montúfar, *Reseña histórica*, t. I, p. 300.

Juan Solano vino á Costa Rica con el licenciado Cavallón en 1560, y Alvaro Acuña hacia 1564. El nombre de este último aparece en la lista de los que se mandaron prender en 1562 por haber jurado á los tiranos Hernando de Guzmán y Lope de Aguirre en el Perú.

Es curioso que á pesar de las publicaciones concluyentes de los señores Fernández y Peralta los historiadores centroamericanos continúen reproduciendo este error de Juarros, así como otro no menos grave que consiste en decir que D. Jorge de Alvarado, hermano de D. Pedro, vino á la conquista de Turrialba y Suerre en 1530.

anhelado premio de sus trabajos, amenazaban con desamparar la tierra si no se les repartían los indios. Desde los principios de la conquista todos reclamaban las encomiendas y los cabildos de Garci Muñoz y Cartago habían dirigido peticiones para conseguirlas. El obispo de Nicaragua don Lázaro Carrasco escribió al rey en 1562 [1] exponiéndole la necesidad de hacerlo y el licenciado Landecho, presidente de la audiencia, dirigió dos cartas á Felipe II á principios de 1563 en el mismo sentido; [2] pero el sistema de repartimientos imaginado por Colón había dado tan malos resultados, el P. Las Casas y otros virtuosos varones protestaron con tal energía contra esta forma de esclavitud que se prestaba á tan grandes abusos, que la corona española, apiadada al fin, resolvió ponerles coto por medio de leyes protectoras de los indígenas.

Estas leyes humanitarias vinieron á ser un freno para los aventureros que asolaban el suelo americano con pretexto de difundir las luces del cristianismo, pero las más de las veces sin más fin que enriquecerse con los despojos y el sudor de los infelices indios. Tanto Cavallón como Vázquez de Coronado tuvieron el mérito de hacerse

---

1 PERALTA, *obra citada*, p. 210.
2 LEÓN FERNÁNDEZ, Mss.

cargo de la conquista con las restricciones nuevamente impuestas por el rey; no así Juan Pérez de Cabrera que prefirió renunciar á la suya, porque no se le permitía realizarla á sangre y fuego. [1]

Pero al prohibir el rey las encomiendas de indios, que eran el premio ordinario de las capitanes y soldados, debió para ser justo tomar á su cargo las futuras empresas y pagar un salario á los que la emprendían bajo sus banderas y que de otro modo se arruinaban como había sucedido á los conquistadores de Costa Rica, á quienes halló Perafán en suma pobreza. Este gobernador tam poco estaba facultado para encomendar los indios y pretendió contener la deserción dictando gravísimas penas contra los que intentasen salir de la provincia. Sin embargo, el clamor era tan general y grande, que al fin se decidió á complacer á los vecinos á sabiendas de que cometía un abuso que podía acarrearle un severo castigo, y en enero de 1569 repartió los indios, es decir, dió á cada español cierto número de esclavos. El repartimiento abarcó todos los pueblos conocidos hasta aquel entonces. [1]

---

1 Véase p. 144.

1 Véanse los detalles de este repartimiento en LEÓN FERNÁNDEZ, *Documentos*, t. v, p. 3 y siguientes. Véase también B. A. THIEL, *Datos cronológicos para la historia eclesiástica de Costa Rica.*

Para cubrir hasta donde fuera posible la responsabilidad del gobernador y dar cierta forma legal al asunto, se reunió el cabildo de Cartago [1] el 4 de enero y se acordó requerir á Perafán para que gratificase los servicios de los conquistadores y les encomendara los pueblos de los naturales, en consideración á que «los vecinos estantes y habitantes en esta ciudad y provincias vinieron al descubrimiento, población y pacificación dellas á su costa y minsión, en lo cual se han ocupado término y espacio de ocho años; y han traído á la obediencia de S. M. muchas provincias y descubierto otras, y no se les ha fecho gratificación alguna en nombre de S. M., según se les prometió en nombre de S. M. y según se ha hecho en todas las Indias; y en ninguna parte se ha trabajado tanto ni ha habido tanta dilación en la remuneración de sus servicios y méritos; y de presente están todos alcanzados y no se pueden sustentar, á cuya causa se trata de desamparar esta ciudad y provincia». [2]

Esteban de Mena y Juan Solano fueron comisionados para ir á suplicar al gobernador que vi-

---

1 Este cabildo lo componían Pero Afán de Ribera, hijo del gobernador, y Esteban de Mena, alcaldes ordinarios; Jerónimo de Barros, tesorero real; el capitán Juan Solano, factor y veedor; Juan Mejía de Valladares y Juan Aznar de la Guarda, regidores, y Juan de Zárate, procurador

2 León Fernández, *Documentos*, t. v, p.

niese al cabildo. Perafán acudió á la invitación en compañía de varios vecinos principales. El procurador Juan de Zárate le hizo el requerimiento en nombre del cabildo y del vecindario, exponiéndole que todos los caballeros y soldados estaban desnudos, descalzos y hambrientos, y lo mucho que todos ellos habían trabajado en servicio del rey, y le mostró además varios documentos en que se les prometía una recompensa. Respondió Perafán que iba á consultar sus instrucciones y que en breve resolvería lo que fuese más conveniente para el servicio de Dios y del rey. Al día siguiente pidió al cabildo que le enviase una relación circunstanciada de todos los pueblos de indios que habían dado la obediencia, para «conforme á la provisión de S. M. los poner en la real corona y los tasar, y de los réditos de ellos dar una competente cantidad á cada uno, conforme á la calidad de su persona y méritos de sus trabajos».

Esto era lo mandado por el rey y lo que Perafán debió haber hecho; pero es evidente que en el fondo estaba de acuerdo con los vecinos, los cuales no querían conformarse con esta disposición que les impediría aprovecharse de los indios con toda libertad. Reunido de nuevo el cabildo el día 8 del mismo mes declaró que en estas condiciones la provincia se iba á despoblar, porque no

era suficiente recompensa. Por segunda vez llamó al gobernador, le expuso los inconvenientes de su resolución y para terminar el asunto se representó una comedia, según parece con la venia del gobernador y tal vez á instigaciones suyas. [1] El 10 de enero en la madrugada se juntaron en la plaza muchos soldados con sus armas y caballos, amenazando con irse si no se acordaba el repartimiento.

El gobernador tomó medidas para detenerlos y en vista de la gravedad de la situación convocó el mismo día al tesorero Jerónimo de Barros, al capitán Juan Solano y á fray Juan Pizarro, guardián del convento de San Francisco. Expúsoles el estado crítico de la provincia y les manifestó que en virtud de lo pedido por el cabildo estaba dispuesto á gratificar los méritos y servicios de los vecinos, pero siempre que fuera de conformidad con sus instrucciones. Barros y Solano declararon que el remedio era insuficiente y que los soldados se irían porque ya todos estaban á caballo. Consultado la opinión del guardián dijo que «menos inconveniente era repartir la tierra, que no quede desamparada y despoblada, porque de lo uno no se le sigue á Dios nuestro señor ni á S. M. ningún servicio, antes deservicio en la continua-

1 PERALTA, *obra citada*, p. 434.

ción de las abominaciones que cada día los naturales cometen con sus ídolos, muertes é sacrificios; y de lo otro se les sigue conocidamente gran servicio con la salvación de las ánimas destos infieles, porque, según dice san Gregorio, ningún servicio mayor se puede hacer á Dios nuestro señor que traer las ánimas que andan descarriadas á su santo conocimiento». [1]

Oído el parecer de san Gregorio no cabían más vacilaciones y el 12 de enero el gobernador decretó el repartimiento; no obstante los verdaderos conquistadores se consideraron burlados, porque Perafán dió las mejores encomiendas á sus deudos y á las gentes que con él vinieron de Honduras, entre las cuales no habían pocos mestizos y mulatos. Los antiguos vecinos escribieron á Felipe II quejándose, pero las cartas las hizo detener el gobernador en los puertos, y el cabildo comisionó á Jerónimo de Villegas para que fuese á Panamá á querellarse ante la audiencia. De esta ciudad Villegas escribió al rey acusando á Perafán, en junio de 1569. [2] Todavía en 1577 fray Lorenzo de Bienvenida protesta contra su falta de equidad: «Pasó Perafán de Ribera, que fué gobernador de V. M. en estas provincias, y repar-

---

1 León Fernández, *Documentos*, t. v, p. 19.

2 Peralta, *obra citada*, p. 433.

tió toda la tierra á poco más de cuarenta españoles y los más eran mestizos y negros y otras gentes bajas, y los hombres honrados se salieron viendo cuán sin orden se repartió; y los montes y los ríos y las piedras encomendó; y en niños sin edad dió indios, y no se podría esto apaciguar si de nuevo no se reparte á los beneméritos». [1]

La esperanza de enriquecerse contribuyó sin duda á calmar el descontento de los soldados que se dispusieron á seguir al gobernador empeñado en ir á fundar una población á orillas del famoso río de la Estrella, sin que lo arredrasen las grandes dificultades de semejante empresa, ni su edad avanzada ni sus achaques. Hechos los preparativos necesarios dejó treinta soldados y un fraile en la ciudad, á las órdenes de Antonio Alvarez Pereyra, y con sesenta y ocho españoles y bastantes indios é indias de servicio se fué hacia la mar del Norte, á principios de enero de 1570. Formaban parte de la expedición los oficiales de la real hacienda, los padres fray Martín de Bonilla y fray Juan Pizarro, la mujer y los hijos de Perafán. Don Diego López de Ribera fué nombrado capitán general y Juan Solano alférez mayor. Además de gran cantidad de víveres y ro-

---

1 Ibídem, p. 550.

pas, llevó el gobernador ganados mayores y menores, puercos y gallinas.

La expedición, siguiendo á la inversa el itinerario de Vázquez de Coronado, pasó por Corrosí, Atirro, Teotique, Chirripó, Pacocí, Auyaque, Moyagua, Tariaca, Ciruro y los Mejicanos ó Cicuas, dejando todas estas provincias de paz; pero al llegar al río de la Estrella se encontraron los palenques quemados, porque los indios al saber que se aproximaban los españoles talaron los árboles frutales, destruyeron las sementeras y se retiraron á los montes. Tan sólo pudieron ser habidos dos caciques que se negaron á dar indios de servicio. Perafán hizo construir algunos ranchos á la margen del río y mandó á Juan Solano que fuese á Terbi y Quequexque á traer víveres. La falta de comida y el deseo de buscar el valle del Guaymí, que tenía mucha fama de riqueza, lo decidió á proseguir su viaje contra la voluntad de muchos de los soldados y llegó á Cojerán, llamado también Cojerinducagua. En esta jornada se pasaron grandes trabajos, porque fué necesario abrir caminos y llevar la impedimenta á cuestas por la falta de cargadores; pero en cambio hallaron bastante maíz en el pueblo, y el real permaneció allí algún tiempo mientras se hacían numerosas correrías con objeto de apresar indios, sin que fuera posible coger á ninguno.

Refiere fray Agustín de Ceballos [1] que el sargento mayor Muñoz [2] fué á las lomas de Corotapa y allí sacó de unas huacas «tanta cantidad de oro, que hinchió dos caxones de los que traen clavazón y herrage de Castilla», y que codicioso de mayor presa quiso meterse tierra adentro, dejando enterrado el oro al pie de una ceiba; pero que apenas anduvo una legua cayeron sobre él tantos indios que se vió obligado á retirarse perdiendo algunos soldados y «dexando el corazón al pie de la ceiba donde dexaba sus dos caxones de oro».

Con las mismas dificultades que se pasaron para llegar á Cojerán y teniendo además que luchar contra tribus belicosas siguió el gobernador hasta el real que llamaron de los Caballos, porque allí hubo que comerse los que llevaba la expedición. El hambre llegó á ser tanta que fué preciso echar mano de yerbas desconocidas y raíces y hasta de perros y sabandijas. El gobernador, que á pesar de sus muchos años no rehuía la fatiga, salió en persona con treinta hombres á explorar la comarca para socorrer el real. De camino lo abandonaron dieciocho soldados, pero él siguió adelante

---

1 Memorial para el rey nuestro señor de la descripción y calidades de la provincia de Costa Rica. Año de 1610. LEÓN FERNÁNDEZ, *Documentos* t, v. p. 156.

2 Alude probablemente al contador Francisco Muñoz Chacón.

con los otros doce y tuvo la suerte de hallar milpas en el pueblo de Arariba. En el acto envió un mensajero á su gente para que se viniese allí.

Entretanto habían ocurrido graves trastornos en el real. El descontento que produjo en algunos el abandono de la población de la Estrella fué aumentando cada día. La mayor indisciplina reinaba entre los soldados que se negaban á obedecer las órdenes de sus jefes diciendo que no tenían paga del rey y que su compromiso era tan sólo llegar á la Estrella, no faltando quienes hablaran de pasarse al gobernador de Veragua. Las murmuraciones eran, á falta de otro, el pan cotidiano, y desde el principio un soldado llamado Vicente del Castillo había dicho en la sabaneta de Corrosí, que «si acertase no haber oro en el río de la Estrella, veríades cuchilladas hasta en el real». [1]

Este mismo soldado fué uno de los que abandonaron á Perafán en el camino de Arariba. No contento con esto, al volver al real de los Caballos fraguó un plan de evasión junto con otros. El designio que tenían era fugarse de noche con algunos criados indios para que les llevasen los víveres que habían quedado en Cojerán y se proponían recoger de paso. Alonso de Guido tuvo

1 León Fernández, *Documentos*, t. III, p. 203.

noticia del proyecto y corrió á despertar al maestre de campo Alonso Rodríguez Franco, quien se fué inmediatamente de rancho en rancho á sosegar á los amotinados, rogándoles que esperasen el regreso del gobernador. Contestáronle éstos con insolencia y altanería, pero el maestre de campo no se atrevió á proceder contra ellos ni á quitarles las armas porque todo el campo estaba muy alborotado. Un gran aguacero que cayó aquella noche vino á punto para impedir la fuga y luego la noticia del pueblo y de los víveres hallados por el gobernador acabó de contener el motín.

Trasladóse el campo á Arariba, quedando en el real de los Caballos los bagajes que se hallaron podridos cuando más tarde fueron á buscarlos. Al llegar al pueblo, los indios, que se habían retirado, volvieron de pronto y atacaron la expedición, trabándose un combate muy reñido que terminó con la victoria de los españoles y la muerte de muchos indios. Esto sucedía á principios de junio de 1570. De Arariba fué el capitán Juan Solano hasta las sabanas y valle del Guaymí. [1] Se pasaron en esta jornada grandes penalidades, distinguiéndose Alvaro de Acuña que estuvo muy cerca de perder la vida en el rio Baxca. Fué arrastrado por una creciente repentina mientras fabricaba un puente.

---

1 Véase p. 194, nota 3.

Siete meses habían transcurridos ya desde la salida de Cartago, siete meses de rudísimos trabajos, de hambres, de luchas con los naturales, y los soldados no veían llegar el término de sus fatigas y menos aún las anheladas riquezas que les prometieran. Antes bien se internaban más cada día en aquellas selvas enormes, cortadas por ciénagas profundas y ríos caudalosos; y á todo esto se añadía lo mortífero del clima, las grandes lluvias y la falta de indios auxiliares. En tales condiciones no es extraño que las ideas de deserción continuaran en el campo de Perafán. Los conatos de fuga de la Estrella y el real de los Caballos, la traición en el camino de Arariba habían quedado impunes, y esta tolerancia obligada ó voluntaria del gobernador tan sólo sirvió para alentar á los descontentos. En Arariba concibieron un nuevo plan para escaparse y hubo un principio de ejecución. El campo estaba situado á la margen de un río que era necesario pasar para volver á Cartago; pero este río era grande y no había como vadearlo. El 2 de agosto diez ó doce soldados comenzaron en secreto á construir un puente que les permitiera pasar con las cargas, pero los denunció un compañero. Perafán los hizo prender en flagrante delito é instruirles un proceso por traición.

Para disculparse dijeron que su propósito había sido ir á buscar pejibayes, ayotes y chile á la ori-

lla opuesta, donde efectivamente los había. El gobernador, que estaba resuelto á hacer un ejemplo para concluir de una vez con la insubordinación, nombró juez al maestre de campo, y al día siguiente, 3 de agosto, Martín de Bujedo, Pedro Ramírez y Jorge de Colmenares fueron condenados á muerte. Luis González de Estrada y Esteban Ramos, procuradores de los reos, apelaron de la sentencia para ante el rey y el consejo de las Indias. Perafán, según parece, por indicaciones del escribano Francisco Muñoz Chacón, cometió el conocimiento de la causa en segunda instancia al alférez general Juan Solano, para que mediante esta ilegalidad le tocase á él fallarla en tercera. De nuevo apelaron los procuradores, suplicándole retuviese la causa; el gobernador confirmó su auto y el capitán Juan Solano la sentencia de muerte el 16 de agosto, aunque sólo por la forma, comc adelante se verá.

En el curso del proceso las cosas habían cambiado de aspecto. Dictada la primera sentencia por el maestre de campo, los tres condenados se pusieron á lamentarse diciendo qne ellos no eran los principales culpables, y Martín de Bujedo le confió á Dª Petronila, mujer de Perafán, que el inventor del motín había sido un Diego López Nieto. La señora le refirió el caso á su hijo don Diego López de Ribera y éste se fué á ver á los

presos y les dijo que por qué no descubrían á los cabecillas para que no se quedasen riendo después de su muerte; que haciéndolo así tal vez podrían salvar la vida. Esperanzados con estas palabras, Bujedo, Ramírez y Colmenares declararon cuanto sabían. De sus confesiones resultó que los jefes del motín habían sido Diego López y Vicente del Castillo. Este fué el motivo por el cual Perafán, modificó la sentencia de muerte en tercera instancia, el 17 de agosto, condenando á los tres delincuentes á que sirviesen al rey durante tres años en la gobernación de Costa Rica.

Diego López y Melchor de Salazar, que también resultó comprometido, lograron fugarse, aunque más tarde volvieron al campo, porque el primero aparece entre los fundadores de la ciudad del Nombre de Jesús y el segundo en la lista de los muertos por los indios. [1] Tan sólo fué preso Vicente del Castillo. Presentó su defensa Pedro de la Torre; pero no obstante sus muchos esfuerzos el gobernador condenó á muerte al acusado el 14 de agosto, sin querer admitir apelación ante el rey ni la audiencia de Panamá. El mismo día fué ejecutada la sentencia. Castillo, que había dado pruebas de gran serenidad en la prisión, negó hasta el último instante el delito que se le impu-

---

1 LEÓN FERNÁNDEZ, *Documentos*, t. V, p. 42.

taba. Lleváronlo al patíbulo con una soga al cuello, en tanto que un pregonero decía: «Esta es la justicia que manda hacer S. M. y el muy ilustre señor gobernador, en su real nombre, deste hombre por amotinador, mandándole ahorcar por ello: quien tal hace que tal pague». [1] En la escalera de la horca el reo hizo nuevas protestas de inocencia y dijo ante fray Martín de Bonilla y fray Juan Pizarro que «para el caso en que está, é ansí Nuestro Señor le perdone ó no le perdone, que no es á cargo nada de lo que le es imputado ni le han dado parte de este motín, y que muere injustamente é no saber por qué». [2]

El campo permaneció varios meses en Arariba. Durante este tiempo D. Ruy López de Ribera y el capitán Juan Solano exploraron el país. En busca siempre de mejor tierra donde fundar una ciudad, siguió Perafán al palenque de Corayca y allí determinó atravesar la cordillera hacia el Pacífico. Las penalidades fueron terribles, el hambre hizo estragos y los expedicionarios llegaron hasta comer culebras y zopilotes. [3] En las cumbres de la serranía hubo grandes huracanes y lluvias y varios indios murieron de frío. El gobernador y su

---

1 *Ibidem*, t. III, p. 211.

2 *Ibidem*, p. 213.

3 PERALTA, *obra citada*, p. 665.

mujer casi se hielan y hubo que sacarlos á cuestas. La expedición fué á salir á las sabanas de Chiriquí, y pasando por los pueblos de Duarca y Tarirama se detuvo en el de Tabiquirí, [1] cuyos indios pertenecían á la encomienda de un tal Abrego, vecino de Cartago.

Al llegar á este pueblo se notó que faltaban los ornamentos que traía fray Juan Pizarro para decir misa. El indio que los cargaba se había helado en el paso de la cordillera. Este hecho causó inmensa aflicción á los conquistadores, pero Matías de Palacios, soldado valeroso, se ofreció á ir á traerlos con un indio. Hallólos en medio de los cadáveres, regresando al cabo de tres días cuando ya lo daban por muerto. Desde Tabiquirí envió Perafán á D. Diego Lopez de Ribera á buscar víveres y lugar cómodo para el asiento de una ciudad. El teniente general fué hasta unos palenques situados en las *Biritecas*, [2] junto á Nara, donde pudo conseguir gran cantidad de maíz y otras provisiones de que había mucha necesidad en el real.

Con los bastimentos hallados en las Biritecas ya fué posible seguir adelante y el gobernador se

---

1 Cerca de la ciudad panameña de David. PERALTA. *Exposé des droits territoriaux*, p. 85.

2 Coto. Véase p. 183.

vino á Coto y Boruca, donde fundó el 6 de marzo de 1571 la ciudad del Nombre de Jesús en la vega del río Coto, hoy río Grande de Térraba ó Diquís, «como á cinco leguas del pueblo de Coto, ocho de Ara y diez de la bahía de Coronado y de Golfo Dulce.» [1] Señaló por límites de esta ciudad, «hazia la de Cartago, hasta Quepo y su tierra, é incluyó debaxo de estos límites y términos Pococí é Aoyaque é Tariaca, Moyagua, Morore y Cirore, Mohoruboru y Cabeaza, y toda la provincia de Ara y Cicues y Teribí é Quequexque, Cuxerindicagua, Arariba, Zeburín, Baxca y Bioro, y toda aquella provincia que avemos agora descubierto; y por la costa de la mar del Sur, hazia Natá, hasta donde llegan los límites desta gobernación, en que se comprenden Cobto y Boruca, Cía, Uriaba, Xarixaba, Yabo, Duarca, Tarima, Tabiquirí, Cabra y su tierra, Bericala, Orexuxa y otros muchos pueblos descubiertos y por descubrir». [1]

Al fundar la ciudad se hizo el recuento de la expedición. De los 69 españoles que salieron de Cartago, incluyendo al gobernador, faltaban trece: siete habían muerto á manos de los indios y cuatro de enfermedades, uno ahogado y otro ajusticiado. Los principales fundadores fueron Pera-

---

1 León Fernández, *Historia de Costa Rica*, p. 112.

1 Ibídem, *Documentos*, t. v, p. 40.

fán, el teniente general D. Diego López de Ribera, el maestre de campo Alonso Rodríguez Franco, el alférez general Juan Solano, el contador Francisco Muñoz Chacón, el factor y veedor Esteban Ramos Cervantes y D. Ruy López de Ribera, alguacil mayor de gobernación.

Espectáculo curioso y triste á la vez debía presentar la ciudad del Nombre de Jesús, en donde todos andaban desnudos, porque las ropas se les habían podrido sobre el cuerpo, después de una peregrinación de más de dos años por entre selvas vírgenes, luchando sin cesar con el hambre, los obstáculos de una naturaleza terrible y la oposición de los indios. ¿Y todo para qué? Para llegar al fin de la jornada á la miseria extrema. Porque el valiente esfuerzo de Perafán no fué de provecho para nadie. Su obra fué estéril y no dejó más huellas que crueles padecimientos y vidas sacrificadas inútilmente.

Una vez trazada la ciudad y repartidos los solares, el gobernador ordenó á D. Diego López de Ribera que fuese á las poblaciones de españoles á pedir socorro, y éste halló que habían ocurrido grandes novedades en la provincia. Como desde su salida de Cartago no se habían tenido noticias de la expedición y entre los indios circulaba el rumor de su pérdida, los vecinos se lo hicieron saber así á la audiencia, quejándose al propio tiempo

del mal gobierno de Pereyra y pidiéndole que remediase la mucha necesidad en que estaban. La audiencia, para evitar que se despoblase la provincia, comisionó á Hortún de Velasco para que viniese á Costa Rica y trajera algunos socorros. El teniente general regresó al Nombre de Jesús con estas nuevas importantes y Perafán resolvió mandarlo á Guatemala para que diese cuenta á los señores oidores de todo lo ocurrido y les manifestara el horrible estado de pobreza en que quedaban el gobernador y todos los vecinos; y la audiencia, que no solía ser generosa, resolvió sin embargo, en vista de la gravedad de las circunstancias, conceder á Perafán el corregimiento de Nicoya, que tenía asignado un salario de doscientos pesos anuales, con facultad de poderlo servir por medio de un teniente, y dar á los soldados otros quinientos, librándolos sobre algunas encomiendas de indios de Nicaragua, á condición de que los pagasen dentro de tres años.

A principios de 1572 el gobernador regresó á Cartago y en este mismo año hizo la traslación de esta ciudad al sitio de la Mata Redonda, llamado hoy la Sabana, al oeste de San José. [1] Los

---

1 LEÓN FERNÁNDEZ, *Historia de Costa Rica*, p. 116.—CLETO GONZÁLEZ VÍQUEZ, *Apuntes sobre geografía antigua de Costa Rica*. III. Cartago: sus otros asientos.

vecinos, que tanto habían suspirado por el valle del Guarco, no se encontraban bien allí. La población, fundada sobre un suelo arcilloso, se convertía durante la época de las lluvias en un fangal y de aquí el mote de ciudad de Lodo que le pusieron. No obstante, algunos años después Cartago debía volver al valle del Guarco, aunque no á su primitivo asientó.

Obligado por la miseria Perafán renunció al fin á la gobernación y abandonó la provincia en 1573, yéndose á Guatemala donde no pudo conseguir que le pagasen su sueldo de dos mil pesos anuales de 450 maravedís. En Costa Rica perdió á su mujer y á un hijo. La audiencia le dió una reprimenda en 1572 por no haber admitido las apelaciones interpuestas por los procuradores en el proceso de Arariba; y en cuanto á los repartimientos ilegales hechos por él en enero de 1569, la misma audiencia tuvo que confirmarlos el 20 de julio de 1592.

De cualquier manera que se juzgue á este gobernador, no se puede menos que admirar la energía extraordinaria que desplegó en su famosa expedición á una edad en que los hombres ya sólo aspiran al reposo; y no se comprende cómo pudo resistir tan horribles fatigas y privaciones un viejo de cerca de ochenta años y lleno de enfermedades. Sin embargo, es más digna de admiración todavía

su anciana mujer, que sin querer separarse de él lo acompañó en todas sus penalidades.

Con Perafán de Ribera puede considerarse terminada la conquista de Costa Rica, porque si bien es verdad que la época de la colonia fué una lucha constante contra los indios, que á cada instante se sublevaban y sacudían valerosamente el yugo de los invasores, la jornada de Perafán fué la última de esas grandes expediciones en que un puñado de hombres se lanzaban á recorrer el país de mar á mar, sin más escudo que ese valor temerario y esa energía indómita de los españoles del siglo XVI.

A la salida del gobernador no quedaron en Costa Rica más que dos poblaciones: Cartago con cuarenta soldados y Aranjuez con quince. Las grandes riquezas de oro que habían despertado tantas esperanzas no fueron descubiertas nunca ni lo han sido todavía; pero en cambio varios siglos de miseria y de trabajo rudo han dado nacimiento á un pueblo laborioso y que sabe por experiencia que la mejor de las minas es la madre tierra.

FIN

# INDICE

Página

Este libro
acabóse de imprimir
el día 5 de agosto de 1905
en los talleres de
Avelino Alsina



